

LOS NACIONALISMOS CONTRA EL PROLETARIADO

Carlos Marx

Federico Engels



EDICIONES ESPARTACO INTERNACIONAL

Carlos Marx Federico Engels

**LOS NACIONALISMOS
CONTRA
EL PROLETARIADO**



EDICIONES ESPARTACO INTERNACIONAL

Selección de textos de C. Marx y F. Engels

Editor: Emilio Madrid Expósito

Introducción: Emilio Madrid Expósito

Primera edición: Abril de 2008

Ediciones Espartaco Internacional

I.S.B.N.: 978-84-612-3848-4

Depósito legal:

Printed by Publidisa

El presente título y los demás de esta colección se encuentran en

<http://www.edicionesespartaco.com>

Correspondencia: espartacointernacional@yahoo.es

INTRODUCCIÓN

Si hay algo característico del marxismo y que lo distingue de cualquier otra teoría, ese algo es la concepción materialista de la Historia. El propio Marx nos explica en qué consiste esta concepción: “Mi primer trabajo, emprendido para resolver las dudas que me asaltaban, fue una revisión crítica de la filosofía hegeliana del derecho, trabajo cuya introducción vio la luz en 1844 en los *Deutsch-Französische Jahrbücher*, que se publicaban en París. Mi investigación desembocaba en el resultado de que, tanto las relaciones jurídicas como las formas de Estado no pueden comprenderse por sí mismas ni por la llamada evolución general del espíritu humano, sino que radican, por el contrario, en las condiciones materiales de vida cuyo conjunto resume Hegel, siguiendo el precedente de los ingleses y franceses del siglo XVIII, bajo el nombre de “sociedad civil”, y que la anatomía de la sociedad civil hay que buscarla en la Economía Política... El resultado general a que llegué y que, una vez obtenido, sirvió de hilo conductor a mis estudios, puede resumirse así: en la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia.”¹

¹ Carlos Marx y Federico Engels, *Obras escogidas*, tomo I, pp. 517-8: *Contribución a la crítica de la Economía Política*, Editorial Progreso, Moscú, 1981.

Y a continuación: “Mientras en Alemania... salió a la palestra el partido proletario alemán. Todo el contenido de la teoría de este partido emanaba del estudio de la Economía Política (subrayado por E. M.), y del instante de su advenimiento data también la *Economía Política alemana* como ciencia con existencia propia. Esta Economía Política alemana se basa sustancialmente en la *concepción materialista de la historia*.”²

Así, pues, cuando al abordar una cuestión cualquiera, se parte del “derecho”, como hacen todos los defensores del “derecho a la autodeterminación” de todos los pueblos, ya se está partiendo de una base falsa y su resultado sólo puede ser un error.

Por el contrario, toda la producción teórica de Marx y Engels estará inspirada, a lo largo de toda su vida, por esta concepción materialista. Y siguiendo esta pauta, Engels nos ofrece en el primer artículo reproducido en este libro, “La decadencia del feudalismo y el desarrollo de la burguesía”, un análisis de la formación de los modernos Estados capitalistas. Engels nos muestra, en primer lugar, cómo, tras la caída del Imperio Romano, la producción material ha sufrido un retroceso; casi ha desaparecido el comercio y, por tanto, la producción de mercancías, y la economía es básicamente una economía natural, una economía agraria autosuficiente en que dentro de las posesiones de los señores feudales se produce y se consume casi todo lo necesario para vivir. Pero a medida que transcurre el tiempo, van cobrando nueva vida las pocas ciudades supervivientes de la época de los romanos y van surgiendo otras nuevas. En ellas va adquiriendo cada vez más impulso la producción artesanal y el comercio hasta que, finalmente, la burguesía de estas ciudades se ve obligada a luchar contra el orden establecido, contra las relaciones sociales y económicas existentes para poder seguir desarrollando la naciente producción mercantil y capitalista. Este es el origen de las luchas por el derrocamiento del feudalismo y para la creación de los nuevos Estados capitalistas, y no ningún “derecho”, ni divino ni humano.

² *Op. cit.*, pp. 522-3.

Ahora bien, el terreno requerido por estos nuevos Estados capitalistas para poder desarrollarse sin obstáculos es un gran territorio en el que se pueda producir y comerciar sin trabas y así poder desarrollar los medios materiales de producción, lo cual requiere, a su vez, una legislación común para todo el territorio y, por tanto, un Estado moderno que es la negación de los pequeños Estados feudales con sus trabas locales infinitas para la circulación de mercancías y personas. No es, por tanto, una casualidad que al estallar la revolución en Alemania en 1848, Marx y Engels afirmen en el manifiesto publicado bajo el título de “Reivindicaciones del partido comunista”: “1. Todo el territorio formará una república, una e indivisible.” Y hasta tal punto defienden la necesidad de un gran Estado para poder realizar el cometido ya mencionado, el desarrollo de los medios materiales de producción, que cuando esta tarea no es llevada a término por la burguesía por el miedo de ésta al creciente peligro proletario, ellos no dejan de considerar la realización de esta obra por Bismarck como positiva, como una revolución por arriba. Y, en efecto, es la creación de este gran Estado el que posibilitó el gran desarrollo del proletariado alemán y su unificación, pues no hay que olvidar que, a fin de cuentas, el proletariado es un producto del capitalismo aunque, al final del proceso, sea este mismo proletariado el que acabe con el capitalismo que lo engendró. ¿Se imagina alguien a Marx y Engels lloriqueando por los pobrecitos pequeños Estados alemanes cuyos derechos a la “autodeterminación” han sido pisoteados sin piedad por el recién creado Estado alemán, aunque éste esté bajo la égida de Bismarck?

Conviene recordar que toda esta palabrería que tanto nos calienta los oídos acerca de la “autodeterminación”, del federalismo u otras vacuidades no es más que los disfraces que adopta la vieja aspiración reaccionaria de mantener dividido el territorio y su población, para mejor conservar los privilegios reaccionarios. Pero en su artículo del 14 de febrero de 1849 en la *Nueva Gaceta Renana*, “Panславismo democrático”, Engels nos recuerda que “Ahora, sin embargo, la centralización política es una necesidad más grande que en los siglos XV y XVI, por

los adelantos formidables de la industria, el comercio y las comunicaciones. Se está centralizando lo que falta. Y los paneslavistas llegan ahora a exigir que ‘liberemos’ a estos eslavos medio germanizados, que detengamos una centralización a la que sus intereses materiales obligan a estos eslavos.” Por cierto, ¿qué diría Engels ante los nuevos medios de comunicación de nuestros días: Internet, satélites de comunicaciones, telefonía móvil, aviones supersónicos, trenes de gran velocidad...? ¿Diría que hay que detener tanta centralización y trocear las comunicaciones a gusto de todos los autodeterministas y federalistas o, por el contrario, diría a los trabajadores que las utilizaran para centralizar sus luchas y derrocar de una vez por todas el capitalismo?

Y no olvidemos, por lo demás, que la futura sociedad socialista o comunista será posible sobre la base creada por el capitalismo, sobre la base constituida por los grandes medios materiales de producción y comunicación, base que sólo podrá ser utilizada por el proletariado una vez que haya derrocado el capitalismo a través de la revolución y comience la transformación revolucionaria de la sociedad para pasar a la nueva sociedad sin clases.

Pero, si la creación de los grandes Estados capitalistas ha sido una necesidad histórica para desarrollar los medios materiales de producción y, por tanto, para liberar a la humanidad de la esclavitud que representa tener que dedicar todo su tiempo a trabajar para producir lo indispensable para poder vivir, sin que le quedase tiempo para el libre desarrollo de los individuos y de la sociedad en su conjunto; si todo esto ha sido indispensable para poder pasar, apoyándose en esta base, del reino de la necesidad al de la libertad, basada en la abundancia y en el dominio de las fuerzas de la naturaleza y en el conocimiento de las leyes que rigen el propio desarrollo social, que será posible sólo en la sociedad sin clases, ¿qué papel representan los nacionalismos?

Los nacionalismos son, por su propia naturaleza, reaccionarios. Representan la tendencia contraria a la creación de los grandes Estados, al desarrollo en gran escala de los medios

de producción y comunicación. Anteponen sus mezquinas aspiraciones nacionales, en palabras de Engels, a la revolución. Y esto es así desde el primer momento. Cada vez que se presenta una gran ocasión histórica, una gran revolución, ellos toman el bando de la contrarrevolución. Escuchemos a Engels en su artículo “Hungría y el paneslavismo”, de enero de 1849: “En Escocia fueron los gaélicos quienes apoyaron a los Estuardo de 1640 a 1745; en Francia, los bretones, que apoyaron a los Borbones de 1792 a 1800; en España, los vascos, que apoyaron a Don Carlos; en Austria, a su vez, los paneslavistas eslavos del sur, que no son otra cosa que los residuos de la evolución muy confusa de mil años. Es natural que este desecho étnico muy mezclado, vea su salvación sólo a través de la inversión de todo el movimiento europeo, que para él debería ir de este a oeste y no de oeste a este, que para él el arma de liberación, el lazo de unión, sea el látigo ruso.” Es decir, no es que los nacionalismos estén ya desfasados hoy día, no; es que ya carecían de todo fundamento desde el mismo momento en que nacieron, puesto que ya entonces representaban una tendencia contrarrevolucionaria.

Una vez más, Engels, en su artículo “¿Qué tienen que ver con Polonia las clases trabajadoras?”, nos dice: “Después del *coup d'état* de 1851, Luis Napoleón, el emperador ‘por la gracia de Dios y la voluntad nacional’, tuvo que buscar un nombre popular y democratizado para su política exterior. ¿Qué mejor que poner en sus banderas el lema del ‘principio de las nacionalidades’? Cada nación árbitro de su propia suerte. Cualquier pedazo suelto de cualquier nación podría unirse a su madre patria. ¿Qué podía ser más liberal? Pero, fíjense que ya no se trata de *naciones* sino de *nacionalidades*.

No hay país en Europa que no tenga distintas nacionalidades bajo su gobierno. Los montañeses gaélicos y los galeses son indudablemente de distinta nacionalidad que los ingleses, aunque nadie llamaría naciones a los restos de estos pueblos del pasado, como tampoco a los célticos de la Bretaña francesa. Además, ninguna frontera coincide con el lazo natural de la nacionalidad, el idioma...

Aquí vemos la diferencia entre el ‘principio de *nacionalidades*’ y el viejo credo de la democracia y de la clase trabajadora del derecho de las grandes *naciones* europeas a separarse y gozar de una existencia independiente. El ‘principio de nacionalidades’ deja de lado la gran cuestión del derecho a la existencia nacional de los pueblos históricos de Europa, y si no lo hace, lo confunde. El principio de nacionalidades origina dos clases de problemas; primero, problemas de límites entre estos grandes pueblos de la historia; segundo, problemas sobre los derechos a la existencia nacional independiente de esas reliquias de pueblos numerosas y pequeñas, que después de haber estado en el escenario histórico, fueron absorbidas por una u otra de las naciones poderosas cuya mayor fuerza les permitía vencer obstáculos más grandes. Lo significativo de Europa, la fuerza de un pueblo, no es nada para el principio de nacionalidades; ante él los rumanos de Valaquia, que nunca tuvieron historia, ni la energía para tenerla, son tan importantes como los italianos que tienen una historia de dos mil años y una fuerza nacional constante; los de Gales y la isla de Man tendrían, si lo quisiesen, igual derecho a la existencia política independiente, por absurdo que fuese, que los ingleses. Todo el asunto es algo absurdo presentado con aspecto popular para engañar a los pueblos y para usarlo como haga falta o para dejarlo de lado si no conviene.” (subr. por E. M.)

Marx, a su vez, nos dice en su escrito *Herr Vogt*, publicado en 1860: “Del ‘principio de la nacionalidad’ abusó, en suma, Luis Bonaparte en los principados danubianos para enmascarar su transferencia a Rusia, tanto como *el gobierno austriaco del 1848-49* abusara del principio de nacionalidad para sofocar la revolución magiar y alemana mediante los serbios, eslavones, croatas, valacos, etc.” (Capítulo VIII, *Dâdâ Vogt y sus estudios*, p. 149 de Ed. ZERO, 1974)

Pero si los nacionalismos ya eran contrarrevolucionarios en el momento de su nacimiento en los siglos XVII, XVIII y XIX, ¿qué papel juegan hoy día? Desde que el capitalismo llegó a su pleno desarrollo a comienzos del siglo XX, las grandes potencias capitalistas ya no han tenido que luchar contra el

régimen feudal que, en su conjunto, había sido vencido por el capitalismo. Estas grandes potencias se enzarzaron en guerras entre sí para un nuevo reparto del mundo, es decir, guerras que ya no tenían nada de progresistas en sentido histórico, sino todo lo contrario, guerras de supervivencia del capitalismo en las que se han destruido ingentes cantidades de fuerzas productivas materiales y millones de trabajadores, o sea, fuerza viva de trabajo. Como consecuencia de estas guerras, y a falta del triunfo de la revolución proletaria mundial, las grandes potencias se han repartido Europa -y lo que no es Europa- según la fuerza de cada una de ellas, y en este reparto los países menores y, más aún, los restos de pueblos antiguos o nacionalidades, sólo han sido objeto de sus apetencias y la aparente independencia de todos ellos sólo es la máscara que encubre la dominación efectiva de los grandes países capitalistas sobre todos estos países o pueblos menores. Basta echar una ojeada a los Balcanes, al Cáucaso o al Báltico para comprender la ridiculez de la “independencia” de todas estas nuevas republiquetas que, tan pronto como han “conseguido” su independencia, salen corriendo para Bruselas para que las centralicen económicamente. Dice Engels en su artículo del 7 de septiembre de 1848 en la *Nueva Gaceta Renana*: “La ideología propone y el mercantilismo dispone ¡Trágica ironía de la historia universal!” Trasladada a nuestra actualidad europea, esta sentencia puede formularse así: La ideología propone mil nacionalismos, el mercantilismo dispone la Unión Europea. Y la centralización económica conlleva la centralización política, a pesar de las apariencias de independencia. Pero es más: la burguesía, para mejor dominar a todos estos países menores, fomenta intencionadamente los nacionalismos para que se odien mutuamente y, sobre todo, para impedir que el proletariado de los distintos países pueda tener conciencia clara de sus intereses de clase, no nacionales, y así impedir la unificación de sus luchas por el derrocamiento del capitalismo. Éste es el verdadero sentido de los nacionalismos hoy en día: impedir que los proletarios tengan una conciencia clara de sus intereses de clase y tengan una independencia política como tal clase que ha de luchar por el derrocamiento del capitalismo. Y esto

vale no sólo para las nuevas repúblicas de reciente creación, sino para todos los nacionalismos europeos incrustados en los viejos países, como España, por ejemplo.

Conviene recordar, a este propósito, que en Europa occidental las corrientes leninistas se desgañitan gritando a favor del derecho de todos los pueblos y nacionalidades a la autodeterminación, es decir, a su constitución en Estados independientes. Sin embargo, su maestro, Lenin, les dice ya en 1914: “En la Europa occidental, continental, la época de las revoluciones democrático-burguesas abarca un intervalo de tiempo bastante determinado, aproximadamente de 1789 a 1871. Ésta fue precisamente la época de los movimientos nacionales y de la creación de los Estados nacionales. Terminada esta época, la Europa Occidental había cristalizado en un sistema de Estados burgueses que, además, eran, como norma, Estados nacionalmente homogéneos. Por eso, buscar ahora el derecho a la autodeterminación en los programas de los socialistas de la Europa Occidental significa no comprender el abecé del marxismo.”³ Lo que significa que los epígonos de Lenin no sólo no son marxistas, sino que ni siquiera tienen derecho a llamarse leninistas, a menos que se arroguen el derecho de servirse a Lenin a sí mismos a la carta.

Pero no sólo las nacionalidades sino que ni siquiera las naciones son algo eterno, algo inmutable. No podemos enarbolar la consigna “Derecho de las naciones a la independencia” y pasearnos por la Historia como si dicha consigna fuese aplicable en toda época y en todo lugar. La constitución de los Estados nacionales tiene su justificación en un momento y lugar determinado, y llega otro momento en que lo que requiere el sucesivo desarrollo de la sociedad es precisamente la eliminación de todo Estado nacional y su sustitución por una sociedad sin Estados y, por tanto, sin clases, es decir, llega un momento en que por lo que hay que luchar es por la destrucción del capitalismo y el establecimiento de la sociedad comunista.

³ Lenin, *Sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación*, Obras Escogidas, tomo I, p. 626. Editorial Progreso, Moscú, 1970.

Si la constitución de los modernos Estados nacionales, en su forma monárquica, comienza hacia el siglo XV-XVI, su constitución como Estados nacionales burgueses acaba con el siglo XIX. A partir de ahí, una vez cumplida su misión, es decir, el desarrollo de las fuerzas productivas materiales hasta llevar al capitalismo a su apogeo, su pervivencia como tales Estados ya ha dejado de tener justificación histórica. Ahora, lo que el sucesivo progreso de la sociedad demanda no es la constitución de nuevos Estados, sino la eliminación de todos los Estados existentes. Aquí puede verse hasta qué punto todos los defensores de la constitución de nuevos Estados andan extraviados. Si ya sobran aquellos que en un momento tuvieron justificación, porque la sociedad ha alcanzado un grado de desarrollo superior y hemos llegado a otra época, ¿cómo vamos a recomenzar por el principio, o sea, por la constitución, otra vez, de los Estados?

Contra esta manera dogmática de aplicar el resultado de un análisis en todo tiempo, lugar y país -en este caso, la constitución de los Estados- como si fuese un dogma eterno, Marx nos previene: “Bueno, ¿de qué manera mi crítico puede aplicar este desarrollo a Rusia? Solamente así: si Rusia trata de convertirse en una nación capitalista, como las de Europa occidental, y *en los últimos años ha hecho esfuerzos crecientes en esta dirección*, no triunfará sin haber transformado antes una buena parte de sus campesinos en proletarios y después, una vez que haya cruzado el umbral del sistema capitalista, tendrá que someterse a las leyes implacables de este sistema, como se han sometido las otras naciones occidentales. Esto es todo, pero es demasiado para mi crítico. Para él es necesario reemplazar mi boceto sobre el origen del capitalismo en Europa occidental por una teoría histórico-filosófica de un Progreso Universal, impuesto fatalmente a todos los pueblos, sin consideración alguna acerca de las circunstancias históricas de su actual etapa de desarrollo, terminando finalmente en un sistema económico que asegure la mayor cantidad de fuerza productiva de trabajo social y posibilidades para la evolución del hombre. Pero tengo que objetar... nunca se encontrará el ‘ábrete sésamo’ de una teoría histórico-

filosófica cuya virtud suprema consiste en ser *supra histórica* (es decir, ubicada más allá del límite de la historia).”⁴ Si sustituimos el tema del desarrollo de Rusia por el de la constitución de los Estados, veremos que los defensores del “derecho a la autodeterminación” lo que hacen es eso mismo: aplicar una teoría histórico-filosófica supra-histórica a toda nación, nacioncita, pueblo o resto de pueblo que nos encontremos en cualquier época.

Formando parte inseparable del análisis materialista histórico que Marx y Engels hacen de la constitución de los Estados capitalistas, está este aspecto esencial de la cuestión: **Revolución y contrarrevolución**. En el n° 93 de la *Nueva Gaceta Renana*, del 3 de septiembre de 1848, Engels dice:

“Pero, ¿dónde reside la diferencia entre los polacos y los franceses del Sur? ¿Por qué la Francia meridional hubo de ser llevada a remolque por los franceses del Norte como un peso muerto, hasta su destrucción final, mientras que Polonia, por el contrario, tiene ante sí todas las perspectivas de llegar a encontrarse perfectamente a la cabeza?”

Como consecuencia de relaciones sociales que no podemos explicar más ampliamente aquí, la Francia meridional era la parte reaccionaria de toda la nación. Su contraposición a la Francia del Norte se transformó muy pronto en contraposición frente a las clases progresistas de todo el país. Fue ella, la Francia meridional, el principal sostén del feudalismo y ha seguido siendo hasta hoy la fuerza de la contrarrevolución, en Francia. En cambio, Polonia fue, en virtud de relaciones sociales que hemos explicado más arriba (en el núm. 81), la parte revolucionaria de Rusia, Austria y Prusia. La oposición que mantenía ante sus opresores era, al mismo tiempo, en el interior, la oposición frente a la alta aristocracia polaca. Incluso la nobleza, que en parte se mantenía todavía en terreno feudal, se unió, con una devoción excepcional, a la revolución democrática en el campo. Polonia se había convertido ya en el hogar de la demo-

⁴ Carlos Marx, *Carta sobre la evolución económica de Rusia*, en “Marx y Engels contra Rusia”, p.p. 228-9, Ediciones Lúbera, 1965, Buenos Aires, Argentina.

cracia de la Europa oriental, mientras Alemania seguía haciendo tanteos dentro de la más banal ideología constitucional y de la ideología filosófica más delirante.”

Resumiendo: la Francia meridional, provenzal, sostén del feudalismo y de la contrarrevolución. Polonia, la parte revolucionaria de Rusia, Austria y Prusia y cuna de la revolución en Europa oriental. Aquí tenemos cómo se gana, o se pierde, el derecho a la existencia nacional independiente: por la actividad progresista, revolucionaria, una nación demuestra que tiene futuro; por su actividad retrógrada, contrarrevolucionaria, se está condenando a sí misma a su desaparición. Hemos visto más arriba cómo éste era el caso de los gaélicos, bretones, vascos y eslavos austriacos. No es un “derecho” abstracto, general, el que asiste a todas las naciones por igual. Es su *actividad real, histórica*, la que determina su futuro. En su artículo del 15 de febrero de 1849 en la *Nueva Gaceta Renana*, Engels dice: “Sin embargo, todo esto no sería decisivo si en algún momento de su oprimida existencia los eslavos hubiesen iniciado una nueva y revolucionaria historia, si hubiesen demostrado su vitalidad. Desde ese momento la Revolución se hubiese interesado en su liberación y los distintos intereses de los alemanes y los magiares hubiesen desaparecido frente a los intereses más grandes de la Revolución europea.” ¿Puede explicarse con más claridad? ¡Es la Revolución la que prima, la que está por encima de cualquier otra cuestión!

En el mismo artículo, más adelante, continúa Engels: “La Revolución de 1848 hizo que todos los pueblos europeos se declarasen en su favor o en contra. En un mes todos los pueblos que no estaban listos para levantarse se habían unido contra la Revolución. Entonces se trataba de desembrollar la confusión de los pueblos de Europa oriental. Lo que importaba era qué nación tomaba la iniciativa revolucionaria y desarrollaba más energía revolucionaria y se aseguraba así su futuro.(subr. por E. M.) Los eslavos permanecieron silenciosos. Los alemanes y magiares, fieles a su posición histórica pasada, tomaron la vanguardia. Y así los eslavos se encontraron en brazos de la contrarrevolución.”

Y prosigue, más adelante: “¡De qué manera distinta se comportaron los polacos! Oprimidos, esclavizados, explotados durante ochenta años, se colocaron siempre de parte de la Revolución, declararon siempre que la revolución en Polonia era inseparable de la independencia de Polonia. En París, en Viena, en Berlín, en Italia y en Hungría los polacos han peleado con todas las revoluciones y en todas las guerras revolucionarias, sin importarles si peleaban contra alemanes, contra eslavos, contra magiars y aun contra polacos. Los polacos son la única nación eslava que no tiene deseos paneslavistas. Pero tienen muy buenas razones para ello: han sido subyugados principalmente por los que se llaman sus hermanos eslavos, y para los polacos el odio a los rusos está antes que el odio a los alemanes, y con justicia. Porque la liberación de Polonia es inseparable de la Revolución, porque las palabras *polaco* y *revolucionario* se han vuelto iguales.”

Y aún más: “¡No olvidaremos que en el momento decisivo *traicionaron la Revolución* entregándola a Petersburgo y Olmütz *por sus mezquinas aspiraciones nacionales!*” (Ambas cursivas por E. M. Aquí se está aludiendo a los eslavos austríacos, sostén del emperador austriaco, ante cuyo ultimátum en la conferencia celebrada en Olmütz –República Checa- en 1850, el rey de Prusia renunció a sus pretensiones sobre Alemania).

En una palabra, el análisis marxista no sólo es materialista histórico, es decir, que se basa en la actividad histórica real de los diferentes pueblos, y no en vacuas especulaciones, “derechos” inexistentes o aspiraciones de “justicia eterna”, sino que tiene como estrella-guía, como meta permanente, la Revolución.

En su artículo del 12 de abril de 1853 publicado en el *New York Herald Tribune*, de la serie dedicada a la guerra de Crimea, Marx escribe: “Rusia es, evidentemente, una nación conquistadora, y lo fue durante un siglo, hasta que el movimiento de 1789 marcó el comienzo de la actividad de un antagonista formidable. Nos referimos a la revolución europea, la fuerza explosiva de las ideas democráticas y la natural necesidad de libertad del hombre. Desde entonces ha habido solamente dos potencias en Europa, Rusia y el Absolutismo, la revolución y la

democracia... Pero Rusia toma Turquía, y aumenta su fuerza en casi un cincuenta por ciento, y es superior al resto de Europa junta. Esto sería una calamidad sin nombre para la causa revolucionaria. El mantenimiento de la independencia turca o, en caso de disolución del imperio otomano, el detener los planes de anexión rusos, son de la mayor importancia.” Aquí vemos que lo que realmente constituye el fondo del análisis de Marx es la Revolución, el triunfo de la misma frente a su oponente, el Absolutismo. Y hasta tal punto es así, que no duda en defender, *en este caso*, la independencia del imperio turco para detener el avance de la reacción rusa, a pesar de que en toda esta serie de artículos sobre la guerra de Crimea y, por tanto, sobre Turquía, Marx no deja de poner de relieve la putrefacción de la sociedad turca y su inevitable descomposición. Una vez más, no es la defensa o la condena del derecho de una nación a la independencia, sino el triunfo de la Revolución la base de la argumentación marxista.

La guerra de Crimea, con sus derrotas, obligó al zarismo a introducir los ferrocarriles en su extenso territorio para que sus ejércitos no volvieresen a perecer por el camino, como sucedió en dicha guerra. La introducción de los ferrocarriles requiere la introducción de la industria pesada, pero no se puede introducir una rama de la industria capitalista sin introducir las otras ramas. En una palabra, tras la guerra de Crimea el zarismo fue el primer interesado en la introducción del capitalismo en Rusia. Todo esto nos lo explica Engels en su texto *Rusia y la reconsideración de la Revolución Social*, escrito en 1894 y en el que cita extractos de una carta de Marx y la posición común de ambos respecto de la revolución rusa. Y aquí llegamos al punto en que, a diferencia de la posición que ambos habían mantenido durante la segunda mitad del siglo XIX, consistente en alentar una guerra de la Europa occidental, democrática y proletaria, contra la Rusia absolutista y reserva de la reacción, vemos cómo la introducción del capitalismo en Rusia significa la introducción del caballo de Troya en el interior de Rusia, pues el desarrollo de las fuerzas productivas capitalistas y, por tanto, también del proletariado, terminarán por conducir a dichas fuerzas

productivas y al proletariado a la revolución contra el Absolutismo, porque éste es ya incapaz de representar la nueva sociedad en desarrollo. En *La política exterior del zarismo ruso*, escrito en 1890, Engels, tras aducir la argumentación anterior, continúa: “La revolución que en 1848 se detuvo en la frontera polaca, llama ahora a la puerta de Rusia y ya tiene en el interior bastantes aliados que no esperan más que una ocasión para abrirle la puerta.” Ya en 1878, en un artículo publicado en *The Labor Standard* el 31 de marzo –“*Los obreros europeos en 1877*”- Engels afirma: “La gran obra de la emancipación (de los siervos) que la prensa liberal de Europa había sido tan unánime en cantar y glorificar, *no había creado nada más que la base y la necesidad absoluta de una revolución futura.*” “Al gobierno ruso le es absolutamente imposible escapar de esta revolución, incluso si tuviese la suerte de poder diferirla unos años.” Y en una carta a Ion Nadejde, socialista rumano, el 4 de enero de 1888 se expresa así: “Por lo demás, (mi concepción) puede resumirse en dos palabras: el estallido de una revolución en Rusia en la hora actual ahorraría a Europa la desgracia de una guerra general y sería el comienzo de la revolución en todo el mundo.”

Por desgracia, el intento revolucionario ruso de 1905 fue vencido y el proletariado europeo fue incapaz de evitar la guerra general a que alude Engels y que estalló en 1914. No obstante, a pesar de su masacre durante tres años de guerra y encontrarse agotado, el proletariado ruso es capaz de levantarse nuevamente en revolución en febrero de 1917 y, en efecto, no sólo derroca el hasta entonces valladar de toda la reacción europea, el zarismo, sino que es también, como había previsto Engels, la señal para la revolución proletaria en Europa. Pero entonces nos encontramos con un panorama muy distinto al de la segunda mitad del siglo XIX. Ya no se trata de que la Europa democrática y proletaria acabe con la columna vertebral de la reacción en Europa, el zarismo. Ahora nos encontramos con que es el propio desarrollo del capitalismo el que, tras haber vencido en lo esencial al feudalismo, obliga a los distintos países capitalistas a emprender una guerra entre ellos para satisfacer las necesidades de expansión y de supervivencia del capitalismo a

costa de la destrucción masiva de ingentes fuerzas productivas materiales y, sobre todo, a costa de la revolución proletaria que se avecina. El capitalismo ya no es progresivo históricamente, se ha convertido en un obstáculo para la sociedad y esto exige la revolución proletaria que acabe con él. Pero siendo esto así, esto significa que también ha cambiado el planteamiento de la cuestión nacional en la nueva situación creada. Si hasta ese momento el marxismo había defendido la existencia nacional independiente de las naciones históricas (no nacionalidades) para que pudiesen desarrollar libremente las fuerzas productivas y se había opuesto a todo tipo de opresión, no sólo de clase sino también nacional, ahora el problema sólo se podía resolver bajo otra óptica, a saber, la emancipación no sólo del proletariado como clase a través de la revolución proletaria, sino, con el triunfo de ésta, la liberación de todos los pueblos oprimidos, sólo será posible cuando el proletariado revolucionario sea el que tenga el gobierno de la sociedad: “Para que los pueblos puedan unificarse realmente, sus intereses deben ser comunes. Para que sus intereses puedan ser comunes, es menester abolir las actuales relaciones de propiedad, pues éstas condicionan la explotación de los pueblos entre sí; la abolición de las actuales relaciones de propiedad es interés exclusivo de la clase obrera. También es la única que posee los medios para ello. La victoria del proletariado sobre la burguesía es, al mismo tiempo, la victoria sobre los conflictos nacionales e industriales que enfrentan hostilmente entre sí, hoy en día, a los diversos pueblos. Por eso, el triunfo del proletariado sobre la burguesía es, al mismo tiempo, la señal para la liberación de todas las naciones oprimidas.” Esto es lo que nos dice Carlos Marx en su *Discurso sobre Polonia* pronunciado en Londres el 29 de noviembre de 1847 y que reproducimos en este libro.

En una palabra, en la nueva situación creada, de lo que se trata es de luchar por el triunfo de la revolución proletaria a nivel internacional y no por la creación de nuevos Estados independientes cuya razón de ser históricamente ya ha pasado, pues ya no es el desarrollo del capitalismo lo que conviene a la sociedad, sino su derrocamiento para dar paso a la nueva socie-

dad sin clases, sin Estados y, por tanto, sin opresiones. Ya hemos visto más arriba, en palabras de Engels, que el estallido de la revolución rusa sería el comienzo de la revolución en todo el mundo. Respecto del necesario carácter internacional de la revolución proletaria ya nos había dicho Marx en *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*: “Del mismo modo que los obreros creían emanciparse al lado de la burguesía, creían también poder llevar a cabo una revolución proletaria dentro de las fronteras nacionales de Francia, al lado de las demás naciones en régimen burgués. Pero las relaciones francesas de producción están condicionadas por el comercio exterior de Francia, por su posición en el mercado mundial y por las leyes de éste; ¿cómo iba Francia a romper estas leyes sin una guerra revolucionaria europea que repercutiese sobre el déspota del mercado mundial, sobre Inglaterra?”. Y más adelante: “Finalmente, la derrota de Junio reveló a las potencias despóticas de Europa el secreto de que Francia tenía que mantener a todo trance la paz en el exterior, para poder librar la guerra civil en el interior. Y así, los pueblos que habían comenzado la lucha por su independencia nacional fueron abandonados a la superioridad de fuerzas de Rusia, de Austria y de Prusia, pero al mismo tiempo la suerte de estas revoluciones nacionales fue supeditada a la suerte de la revolución proletaria y despojada de su aparente sustantividad, de su independencia respecto a la gran transformación social. ¡El húngaro no será libre, ni lo será el polaco, ni el italiano, mientras el obrero siga siendo esclavo!” (subr. por E.M.).⁵

Y prosigue: “Por último, con las victorias de la Santa Alianza, Europa ha cobrado una fisonomía que hará coincidir directamente con una *guerra mundial* todo nuevo levantamiento proletario en Francia. La nueva revolución francesa se verá obligada a abandonar inmediatamente el terreno nacional y a *conquistar el terreno europeo*, el único en que puede llevarse a cabo la revolución social del siglo XIX.”

⁵ Marx-Engels, Obras escogidas, tomo I, pp. 217 y 232 respectivamente, Editorial Progreso.

Asimismo, en los *Principios del comunismo*, escritos en octubre-noviembre de 1847, Engels nos dice: “¿Es posible esta revolución en un solo país? No. La gran industria, al crear el mercado mundial, ha unido ya tan estrechamente todos los pueblos del globo terrestre, sobre todo los pueblos civilizados, que cada uno depende de lo que ocurre en la tierra del otro. Además, ha nivelado en todos los países civilizados el desarrollo social a tal punto que en todos estos países la burguesía y el proletariado se han erigido en las dos clases decisivas de la sociedad, y la lucha entre ellas se ha convertido en la principal lucha de nuestros días. Por consecuencia, la revolución comunista no será una revolución puramente nacional, sino que se producirá simultáneamente en todos los países civilizados, es decir, al menos en Inglaterra, en América, en Francia y en Alemania. Ella se desarrollará en cada uno de estos países más rápidamente o más lentamente, dependiendo del grado en que esté en cada uno de ellos más desarrollada la industria, en que se hallan acumulado más riquezas y se disponga de mayores fuerzas productivas. Por eso será más lenta y difícil en Alemania y más rápida y fácil en Inglaterra. Ejercerá igualmente una influencia considerable en los demás países del mundo, modificará de raíz y acelerará extraordinariamente su anterior marcha del desarrollo. Es una revolución universal y tendrá, por eso, un ámbito universal.”

Y Marx remata la exposición del tema con claridad meridiana: “Las tareas del obrero no se cumplen en Francia; sólo se proclaman. Su solución no puede ser alcanzada en ninguna parte dentro de las fronteras nacionales; la guerra de clases dentro de la sociedad francesa se convertirá en una guerra mundial entre naciones. La solución comenzará a partir del momento en que, a través de la guerra mundial, el proletariado sea empujado a dirigir al pueblo que domina el mercado mundial, a dirigir a Inglaterra. La revolución, que no encontrará aquí su término, sino su comienzo organizativo, no será una revolución de corto aliento. La actual generación se parece a los judíos que Moisés conducía por el desierto. No sólo tiene que conquistar un mun-

do nuevo, sino que tiene que perecer para dejar sitio a los hombres que estén a la altura del nuevo mundo.”⁶

Es necesario hacer hincapié en el carácter proletario e internacional de esta revolución, de la revolución que se presenta a comienzos del siglo XX como única solución a las salvajadas del capitalismo que, habiendo llegado a su apogeo, sólo encuentra la manera de perpetuarse mediante la destrucción masiva de fuerzas materiales de producción y la masacre de millones de personas, especialmente proletarios. Y es necesario hacer hincapié en el carácter proletario e internacional de esta revolución porque como nos decía Marx al principio de esta Introducción: “tanto las relaciones jurídicas como las formas de Estado no pueden comprenderse por sí mismas ni por la llamada evolución general del espíritu humano, sino que radican, por el contrario, en las condiciones materiales de vida... de la sociedad civil...”. Por tanto, si en las condiciones en que lo que hay a la orden del día es el derrocamiento del capitalismo y el establecimiento de una sociedad sin clases, nos empeñamos en crear nuevos Estados mediante “el derecho de los pueblos a la autodeterminación”, lo que estamos demostrando es que aún no hemos comprendido qué son las relaciones jurídicas ni las formas de Estado, que queremos aplicar las formas jurídicas y la forma de Estado capitalista a una situación que lo que requiere es su abolición. De ahí la falta de consistencia de la mencionada consigna aplicada en ese momento histórico. De llevarse a la práctica sólo será consecuencia del triunfo de la burguesía sobre el proletariado, como efectivamente sucedió y lo que habrá entonces no será la liberación de las naciones o pueblos oprimidos sino la continuación de su sometimiento a las grandes potencias del capital, aunque ello tenga la apariencia de nuevos Estados “independientes”.

Dada la enorme trascendencia que ha tenido en todo el mundo la derrota interior del proletariado en Rusia y, junto a él, la del proletariado europeo e internacional, conviene saber cómo planteó la cuestión nacional el partido que supuestamente

⁶ Marx-Engels, op. cit., p. 277.

debía resolverla, el partido bolchevique y, a su cabeza, Lenin. La postura de éste es bien conocida: apoyándose en una resolución del Congreso Internacional Socialista de Londres de 1896, defendió a capa y espada la consigna de “El derecho de las naciones a la autodeterminación”. Sobre este derecho ya nos había dicho Engels en su texto *“ Hungría y el paneslavismo ”*, incluido en este libro: “Los líderes del movimiento eslavo del sur que siguen charlando sobre iguales derechos para las naciones, sobre la democracia austriaca, etc., son soñadores tontos, como muchos periodistas, o sinvergüenzas, como Jellachich.” (General austriaco que aplastó la revolución de 1848-49 en Hungría y Austria). Ya hemos visto con anterioridad que basar un análisis en el derecho es partir de un error pues, como dice Marx, el derecho es tan sólo la expresión jurídica de una relación material y, por consiguiente, a donde hay que ir es a esa relación material, y en el caso concreto que nos ocupa, la situación a la que también hemos aludido ya, es decir, el momento histórico en que el capitalismo ha dejado de ser un modo de producción ascendente históricamente y lo que se plantea a la sociedad es justamente su derrocamiento para poder seguir avanzando.

Lo dicho nos lleva a la conclusión de que la solución del problema depende esencialmente del desenlace de la revolución proletaria: o vence la burguesía, como desgraciadamente ha ocurrido, y ésta impone su solución, que no es otra que la imposición por parte de las pocas grandes potencias capitalistas de “su” derecho a las demás naciones y pueblos; o vence el proletariado y entonces aplica su solución, que sólo puede consistir en la emancipación social del proletariado como clase y, como consecuencia, la liberación de todos los pueblos oprimidos al “abolir las actuales relaciones de propiedad, pues éstas condicionan la explotación de los pueblos entre sí. La victoria del proletariado sobre la burguesía es, al mismo tiempo, la victoria sobre los conflictos nacionales e industriales que enfrentan hostilmente entre sí, hoy en día, a los diversos pueblos. Por eso, el triunfo del proletariado sobre la burguesía es, al mismo tiempo, la señal para la liberación de todas las naciones oprimidas”, análisis de Marx que ya hemos citado con anterioridad.

Pero esto significa que ya no podemos enfocar la liberación de las naciones oprimidas como un hecho que ha de desembocar necesariamente en la constitución de nuevos Estados independientes, sino como la emancipación efectiva de toda la humanidad bajo la dictadura revolucionaria del proletariado que se acaba con la transformación real de la sociedad capitalista en la sociedad comunista, que ya no tiene clases sociales ni, por consiguiente, Estados. Por eso, la consigna de “El derecho de las naciones a la autodeterminación” a la hora de la revolución proletaria mundial exigida por la situación creada especialmente por la primera guerra mundial, es fundamentalmente un error que denota la falta de comprensión del momento que se vive o, peor aún, que se está en contra de la victoria del proletariado revolucionario.

En contra de la postura de Lenin, Rosa Luxemburgo tiene razón al afirmar: “En la realidad, aunque como socialistas reconociésemos el derecho inmediato de todas las naciones a la independencia, el destino de las naciones no cambiaría un ápice por ello. En las condiciones sociales existentes, el ‘derecho’ de una nación a la libertad, así como el ‘derecho’ del obrero a la independencia económica, valen tanto como el ‘derecho’ de todo ser humano a comer en vajilla de oro.”⁷

Al igual que los derechos del hombre son los derechos del burgués, y nada más que eso, como ya demostró Marx en “La cuestión judía”, los derechos de las naciones son los derechos impuestos por las grandes potencias capitalistas a todos los demás. ¿Creerá alguien que las Islas Seychelles y los Estados Unidos tienen iguales derechos porque ambos son repúblicas independientes? Si de lo que se trata es de que todos los hombres sean iguales socialmente y que no haya ningún tipo de opresión, lo que hay que hacer es enfocar el problema tal como se presenta en la realidad: quien impide toda igualdad y quien impone toda opresión en el mundo actual es el capitalismo y, por consiguiente, hay que derrocar el capitalismo y, a través de

⁷ Rosa Luxemburgo, *La cuestión nacional*, traducida y prologada por María José Aubet, El Viejo Topo, 1998, Barcelona, p. 34.

la revolución proletaria, transformar la actual sociedad de clases en una sin clases.

Por lo mismo Rosa Luxemburgo sigue teniendo razón cuando afirma: “Por la misma razón, la esperanza de solucionar todas las cuestiones nacionales en el marco capitalista asegurando a todas las naciones, razas y grupos étnicos la posibilidad de ‘autodeterminación’ es una completa utopía.” Y continúa: “El desarrollo de *poderes mundiales*, un rasgo característico de nuestra era moderna, y que adquiere cada día mayor importancia gracias al progreso del capitalismo, condena *a priori* a todas las pequeñas naciones a la impotencia política. Aparte de algunas de las naciones más poderosas, que lideran el desarrollo capitalista y poseen los recursos espirituales y materiales necesarios para conservar su independencia económica y política, la ‘autodeterminación’, es decir, la existencia independiente de naciones pequeñas, es una ilusión, y cada vez lo será más.” Su argumentación sigue siendo meridianamente clara: “Además, la política y la economía mundializadas -una condición para la supervivencia de los estados capitalistas- convierten a los pequeños estados europeos, políticamente independientes y formalmente iguales, en protagonistas mudos -y a menudo en chivos expiatorios- del escenario europeo. ¿Puede hablarse seriamente de la “autodeterminación” de pueblos que son formalmente independientes, como los montenegrinos, los búlgaros, los rumanos, los serbios y los griegos e incluso de los suizos, para quienes la independencia misma es el producto de las luchas políticas y del juego diplomático del ‘Concierto de Europa’? Desde este punto de vista, la idea de asegurar a todas las ‘naciones’ la posibilidad de autodeterminarse equivale a la perspectiva de abandonar el desarrollo del gran capitalismo para volver a los pequeños estados medievales, muy anteriores a los siglos XV y XVI.” “Las excepciones aparentes no hacen sino confirmar, tras un análisis más profundo, la conclusión de que el desarrollo moderno del capitalismo resulta irreconciliable con la auténtica independencia de todas las nacionalidades.” “Un intento general de dividir todos los estados existentes en unidades nacionales y delimitarlos según el modelo de estados y estaditos nacionales

es una empresa sin esperanza y, desde el punto de vista histórico, reaccionaria.” (op. cit., pp. 35, 41, 42, 46 y 47).

Y puesto que se nos quiere presentar el derecho a la autodeterminación de todas las naciones y nacionalidades, así como el federalismo, como el gran remedio contra el mal de todos los males, el mal por excelencia, el centralismo, conviene recordar la opinión de Rosa Luxemburgo al respecto, y que no es otra que la defendida en su momento por Marx y Engels: “Por consiguiente, el marco político idóneo en que opera y triunfa la lucha de clases del proletariado es el gran estado capitalista.” “El moderno movimiento socialista, hijo legítimo del desarrollo capitalista, posee, pues, el mismo carácter eminentemente centralista característico de la sociedad y el estado burgueses. Por esta razón la socialdemocracia es, en todos los países, un decidido oponente tanto del particularismo como del federalismo.” “El centralismo en Suiza, como en todas partes, tanto a nivel regional como a nivel del estado, y tanto hoy como en sus inicios, significa democracia y progreso, mientras que el federalismo y el particularismo se asocian a la reacción y al atraso.” “Los teóricos del nacionalismo suelen considerar la nacionalidad en general como un fenómeno natural e inmutable, al margen del desarrollo social, un fenómeno conservador capaz de resistir todas las vicisitudes históricas.” (op. cit., pp. 107, 108, 112, 182-3) ¿Acaso todo esto no es lo mismo que defendían Marx y Engels cuando propugnaban una república alemana, una e indivisible, o cuando defendían el derecho de las grandes *naciones* europeas a la existencia nacional independiente? En el texto ya citado *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, Marx nos dice: “Por su parte, el partido de los legitimistas veía con enojo cómo los orleanistas, más capacitados, volvían a adueñarse de casi todos los puestos y cómo crecía la *centralización*, mientras que él cifraba en la *descentralización* sus esperanzas de triunfo. Y, en efecto, la contrarrevolución *centralizaba violentamente*, es decir, preparaba el mecanismo de la revolución. *Centralizó* incluso, mediante el curso forzoso de los billetes de Banco, el oro y la plata de Francia en el Banco de Pa-

rís, creando así el *tesoro de guerra* de la revolución, *listo para su empleo.*” (op. cit., p. 286)

Pero ¿por qué la burguesía de hoy se esfuerza tanto en descentralizar, en autonomizar, en proclamar a todas horas el derecho a la autodeterminación y a la independencia de todos los pueblos, como no se cansan de repetir los gobernantes de todos los países? La explicación es muy parecida a la que dio Engels en su día refiriéndose a la religión: “Ahora más que nunca, era importante tener al pueblo a raya mediante recursos morales; y el recurso moral primero y más importante con que se podía influenciar a las masas seguía siendo la religión. De aquí la mayoría de puestos otorgados a curas en los organismos escolares y de aquí que la burguesía se imponga a sí misma cada vez más tributos para sostener toda clase de revivalismos, desde el ritualismo hasta el Ejército de Salvación⁸”. “Los obreros de Francia y Alemania se volvieron rebeldes. Estaban totalmente contaminados de socialismo, y además, por razones muy fuertes, no se preocupaban gran cosa de la legalidad de los medios empleados para conquistar el poder... Y al burgués francés y alemán no le quedaba más recurso que renunciar tácitamente a seguir siendo librepensador... Los burlones fueron adoptando uno tras otro, exteriormente, una actitud devota y empezaron a hablar con respeto de la Iglesia, de sus dogmas y ritos... ‘¡Hay que conservar la religión para el pueblo!’”⁹ De la misma manera, la burguesía que en otros tiempos luchó por la creación de grandes Estados nacionales en los que poder disponer de un gran territorio donde producir, comprar y vender, esa misma burguesía que ya ha consolidado su dominación de clase ve necesario hoy dividir al proletariado para seguir teniéndolo dominado y explotado, y para ello, ¿qué mejor que la prédica de todo tipo de nacionalismos, autodeterminaciones, federalismos

⁸ *Revivalismos*: movimientos religiosos del protestantismo que pretenden su renovación. *Ritualismo*: corriente religiosa anglicana. *Ejército de Salvación*: organización religiosa metodista.

⁹ *Del socialismo utópico al socialismo científico*, en C. Marx-F. Engels, obras escogidas, tomo III, p. 118, Ed. Progreso, Moscú.

y similares que puedan completar la obra de las religiones para someter al proletariado?

Pero digámoslo ya francamente y sin rodeos: la causa de todos los males de la sociedad actual no es el centralismo, ¡es el capitalismo! Es el capitalismo el que provoca incesantemente las guerras interminables en todos los continentes, es él el que mata continuamente a miles y millones de personas por medio de la guerra, del hambre, de la sed, de las enfermedades incurables consecuencia de todo lo anterior; es el capitalismo el que contamina los océanos, mares y ríos, el que deforesta los bosques del planeta, el que contamina las tierras de labor, el aire que respiramos, el que deteriora la capa de ozono, el que provoca las migraciones de los trabajadores sin trabajo hacia las regiones donde el capital se invierte porque encuentra allí mayores beneficios, sometiéndolos así a una mayor explotación y a otras calamidades, el que se gasta en presupuestos militares lo que se tendría que gastar la sociedad en gastos sociales como la atención sanitaria, la enseñanza, la construcción de viviendas y tantos otros. Pero en vez de apuntar al verdadero culpable, al capitalismo, nos entretenemos en desviar la atención de los trabajadores diciéndoles que hay que luchar por una infinidad de derechos que no dejan de aumentarnos con el paso de los días: derechos de autodeterminación, derechos de las mujeres, derechos de los niños, de las personas mayores, de los grupos marginados, derechos de los animales... y así hasta el infinito. Y todo porque no queremos mirar el problema de frente y señalar al verdadero culpable, al capitalismo. Sólo reivindicamos aquello que la sociedad oficial nos permite y alienta a que reivindicemos. Parece como si ya nadie tuviera la honradez y la valentía que mostraron hace ya más de siglo y medio los primeros comunistas: “Los comunistas consideran indigno ocultar sus ideas y propósitos. Proclaman abiertamente que sus objetivos sólo pueden ser alcanzados derrocando por la violencia todo el orden social existente.”

Para ver los frutos de tanto nacionalismo no es necesario que nos vayamos a los Balcanes, al Cáucaso o a otros lugares remotos, en los que los odios entre pueblos y, peor aún, en-

tre proletarios de distintas nacionalidades, son extremos. Aquí mismo, en España, podemos ver también sus consecuencias. A la inmensa mayoría de los trabajadores del País Vasco y de Cataluña, cuyo origen no es ni vasco ni catalán, pues somos trabajadores procedentes de todas partes de España que hemos venido aquí a trabajar, no sólo se nos explota económicamente, como a todos los trabajadores, sino que se nos agradece esta explotación pretendiendo que cambiemos de idioma, y para que no tengamos escapatoria se obliga a los niños a estudiar aquí, en Cataluña, en catalán, y sólo en catalán, a pesar de que en casa de la mayoría de ellos no es el catalán el idioma hablado, sino el idioma de sus padres, el español. A los que buscan trabajo se les exige el catalán, y si no lo saben: discriminación por razón de la lengua y paro. Aquí conviene observar que si la lengua es el lazo natural de una nacionalidad, es falso lo que se nos quiere hacer creer cuando se nos dice que la lengua de Cataluña es el catalán. En primer lugar, Cataluña es un territorio y los territorios no hablan. Los que sí hablan son sus habitantes, y un 80% de la población de Cataluña aproximadamente, no procedemos de aquí sino que somos trabajadores venidos de todos los puntos de España y nuestro idioma es, por tanto, el español. Es algo que constatamos cada día al ver cómo la mayoría de la gente habla el español, a pesar de toda la presión oficial, y es algo que se puede comprobar igualmente si nos fijamos en los apellidos de la gente: cualquiera que se apellide Hernández, o García, o Martínez, está diciendo que su lengua y, por tanto, el lazo de su nacionalidad, no es el catalán, sino el español, y con el censo de la población en la mano se podrá comprobar que la inmensa mayoría no tiene apellido catalán. Es además progresivo que usemos el español porque con él nos podemos entender todos los trabajadores de España, que es lo que nos interesa, y no, como quieren los burgueses y nacionalistas, que quedemos divididos por distintos idiomas para que no nos entendamos. Y para qué hablar de todo el papeleo oficial: documentos, información y todo lo que se tercie está en catalán y si no lo entendemos, allá nosotros. No es necesario decir que no sólo no estamos representados en el terreno económico por na-

die –partidos y sindicatos se esfuerzan en que haya paz social para mejor explotarnos- sino que tampoco estamos representados lingüística y culturalmente: en todas las instituciones oficiales, comenzando por el parlamento, sólo se habla catalán, pues todos los partidos se esfuerzan tanto en presentarse como los auténticos defensores de Cataluña, de lo catalán, que se puede afirmar sin ninguna exageración que aquí solo hay un partido político: el partido del catalanismo, es decir, del nacionalismo catalán, aunque pueda tener distintas expresiones o “sensibilidades” como ellos dicen. La inmensa mayoría de los habitantes de Cataluña, los trabajadores, no existimos para la sociedad oficial, somos un cero. Esto es todo lo que el nacionalismo nos ofrece a los trabajadores: explotación, discriminación. Quizá no sea una casualidad que en 1936, cuando el proletariado de Cataluña derrotó al ejército y se hizo dueño de la situación, lo único que se propuso fue seguir combatiendo a ese mismo ejército en el frente y, en la retaguardia, los proletarios más conscientes, también se dedicaron a combatir a sus falsos amigos: republicanos, ‘socialistas’, estalinistas y... nacionalistas. Pero a ningún obrero se le pasó por la cabeza proclamar ninguna república catalana independiente, pues su grado de conciencia era lo suficientemente claro como para ver que los nacionalistas estaban del otro lado de la barricada, junto a todos los defensores del régimen capitalista. Por eso, los más conscientes dedicaron sus esfuerzos no a conseguir ninguna república independiente, sino a combatir por sus intereses de clase, de proletarios. Y ese es el camino que nos queda por recorrer: el camino de la lucha de clase, aunando los esfuerzos de todos los proletarios sin tener en cuenta su nacionalidad para vencer definitivamente al capitalismo, nuestro verdadero enemigo.

Emilio Madrid

Barcelona, 16 de marzo de 2008

LA DECADENCIA DEL FEUDALISMO Y EL DESARROLLO DE LA BURGUESÍA *

Mientras las luchas salvajes de la nobleza feudal reinante llenaban la Edad Media con su estrépito, el trabajo silencioso de las clases oprimidas había minado el sistema feudal en toda Europa occidental; había creado condiciones en las que cada vez había menos lugar para los señores feudales. En el campo, ciertamente, los nobles señores hacían estragos todavía; atormentaban a los siervos, no decían ni pío acerca de sus penalidades, pisoteaban sus cosechas, violentaban a sus mujeres e hijas. Pero alrededor habían crecido ciudades: en Italia, en el sur de Francia, en las orillas del Rin, los municipios de la antigüedad romana, resucitados de sus cenizas; en otras partes, especialmente en Alemania, otras nuevas; siempre rodeadas de murallas y de fosos, eran ciudadelas mucho más fuertes que los castillos de la nobleza, porque sólo podía tomarlas un gran ejército. Detrás de estas murallas y estos fosos se desarrollaba, a escala bastante reducida y en las corporaciones, el artesanado medieval, se concentraban los primeros capitales, nacían tanto la necesidad de las ciudades de comerciar entre sí como con el resto del mundo y, poco a poco también, con la necesidad, los medios de proteger ese comercio.

Desde el siglo XV los burgueses de las ciudades se habían hecho más indispensables a la sociedad que la nobleza feudal. Sin duda, la agricultura era la ocupación de la gran masa de la población y, como consecuencia, la rama principal de la producción. Pero los pocos campesinos libres aislados que se

* Este texto, escrito por F. Engels en fecha desconocida, estuvo inédito hasta 1963, en que fue publicado por Éditions Sociales, París, como complemento al final del *Anti-Dühring*.

habían mantenido acá y allá, a pesar de las intromisiones de la nobleza, demostraban suficientemente que, en la agricultura, lo esencial no era la holgazanería y las exacciones del noble, sino el trabajo del campesino. Por otro lado, las necesidades de la nobleza misma habían aumentado y se habían transformado hasta el punto de que, incluso para ella, las ciudades se habían vuelto indispensables; ¿no sacaba de las ciudades el único instrumento de su producción, su coraza y sus armas? Los tejidos, los muebles y las joyas indígenas, las sedas de Italia, los encajes de Brabante, las pieles del Norte, los perfumes de Arabia, los frutos del Levante, las especies de las Indias, lo compraba todo a los habitantes de las ciudades; todo, menos el jabón. Se había desarrollado cierto comercio mundial; los italianos surcaban el Mediterráneo y, más allá, las costas del Atlántico hasta Flandes; a pesar de la aparición de la competencia holandesa e inglesa, los mercaderes de la Hansa dominaban todavía el Mar del Norte y el Báltico. Entre los centros de navegación marítima del Norte y del Sur se había mantenido el enlace por tierra; las rutas por las que se practicaba pasaban por Alemania. Mientras que la nobleza se hacía cada vez más superflua y obstaculizaba cada vez más la evolución, los burgueses de las ciudades se convertían en la clase que personificaba el progreso de la producción y del comercio, de la cultura y de las instituciones políticas y sociales.

Todos estos progresos de la producción y del intercambio eran, de hecho, para nuestras concepciones actuales, de naturaleza muy limitada. La producción seguía ligada a la forma del puro artesanado corporativo y, por tanto, ella misma guardaba todavía un carácter feudal; el comercio no iba más allá de las aguas europeas y lo más lejos que llegaba eran las ciudades de la costa del Levante, donde se procuraba, por medio del intercambio, los productos del Extremo Oriente. Pero por mezquinos y limitados que fuesen los oficios y, con ellos, los burgueses que los practicaban, fueron suficientes para trastornar la sociedad feudal y, al menos, siguieron en el movimiento, mientras que la nobleza feudal se estancaba.

La burguesía de las ciudades tenía, además, un arma poderosa contra el feudalismo: *el dinero*. En la economía feudal del tipo de comienzos de la Edad Media, apenas había habido lugar para el dinero. El señor feudal sacaba de sus siervos todo lo que necesitaba, ya sea bajo la forma de trabajo, ya sea bajo la de productos acabados; las mujeres hilaban y tejían el lino y la lana y confeccionaban las prendas; los hombres cultivaban los campos; los niños guardaban el ganado del señor, recogían para él los frutos del bosque, los nidos de los pájaros, la pajaza para cama de los caballos; además, toda la familia tenía que entregar todavía trigo, frutas, huevos, mantequilla, queso, aves, ganado joven, qué sé yo aún. Todo dominio feudal se bastaba a sí mismo; las prestaciones de guerra también eran exigidas en productos; el comercio, el intercambio, no existían, el dinero era superfluo. Europa se había retrotraído a un nivel tan bajo, había recommenzado por el principio hasta tal punto, que el dinero tenía entonces mucho menos una función social que una función puramente política: servía *para pagar los impuestos*, y se lo adquiría esencialmente por *pillaje*.

Ahora todo había cambiado. El dinero se había convertido otra vez en el medio de cambio universal y, a continuación, su cantidad había aumentado mucho; la nobleza misma no podía ya prescindir de él y, como tenía pocas cosas que vender, o incluso nada, como el pillaje ya no era en absoluto tan fácil tampoco, debió decidirse a pedirlo en préstamo al usurero burgués. Mucho antes de que los castillos feudales fuesen batidos en brecha por las nuevas piezas de artillería, ya estaban minados por el dinero. El dinero era la gran garlopa de igualamiento político de la burguesía. En todas partes donde una relación personal era suplantada por una relación de dinero, una prestación en especie por una prestación en dinero, una relación burguesa reemplazaba a una relación feudal. Sin duda, la vieja forma de economía natural brutal existía en la aplastante mayoría de los casos; pero había ya distritos enteros donde, como en Holanda, en Bélgica, en el curso inferior del Rin, los campesinos entregaban al señor dinero en lugar de prestaciones personales y de rentas en especie, donde señores y súbditos habían dado ya el

primer paso decisivo por la vía de su transformación en propietarios terratenientes y en arrendatarios, donde, por tanto, incluso en el campo, las instituciones feudales perdían su base social.

Hasta qué punto, a finales del siglo XV, el feudalismo estaba minado y corroído interiormente por el dinero, lo demuestra de manera estrepitosa la sed de oro que se apodera de Europa occidental en esta época. Es *el oro* que los portugueses buscaban en la costa de África, en las Indias, en todo el Extremo Oriente; es *el oro* la palabra mágica que empujó a los españoles a atravesar el Océano Atlántico para ir hacia América; *el oro* era la primera cosa que pedía el Blanco desde el momento en que pisaba una orilla recién descubierta. Pero esta necesidad de partir a la aventura lejana, a pesar de las formas feudales o medio feudales en las que se realiza al principio, era ya, en su raíz, incompatible con el feudalismo cuya base era la agricultura y cuyas guerras de conquista tenían esencialmente como objetivo *la adquisición de la tierra*. Además, la navegación era una industria netamente *burguesa*, que ha impreso su carácter anti-feudal incluso a todas las flotas de guerra modernas.

Así pues, en el siglo XV el feudalismo estaba en plena decadencia en toda Europa occidental; en todas partes, ciudades con intereses antif feudales, con su derecho propio y su burguesía en armas, se habían encastrado en los territorios feudales; en parte habían subordinado ya socialmente a los señores feudales por el dinero, e incluso, aquí y allá, políticamente; en el campo mismo, allí donde condiciones especialmente favorables habían permitido el desarrollo de la agricultura, los antiguos lazos feudales comenzaban a descomponerse bajo la influencia del dinero; la antigua dominación de la nobleza continuaba floreciendo solamente en los países recientemente conquistados, como en Alemania al este del Elba, o en zonas atrasadas situadas fuera de las vías comerciales. Pero en todas partes, tanto en las ciudades como en el campo, se habían acrecentado los elementos de la población que reclamaban ante todo el cese del eterno y absurdo guerrear, esas querellas entre señores feudales que hacían permanente la guerra interior incluso cuando el enemigo exterior estaba en el país, ese estado de devastación ininterrumpida,

puramente gratuita, que había durado durante toda la Edad Media. Estos elementos, demasiado débiles para hacer llegar a buen término su voluntad, encontraron un apoyo poderoso en la cabeza misma de todo el orden feudal, la realeza. Y ahí está el punto en que la consideración de las relaciones sociales conduce a la de las relaciones del Estado, en que pasamos de la economía a la política.

Del caos de los pueblos del comienzo de la Edad Media, salieron poco a poco las nuevas nacionalidades, proceso en el curso del cual, como se sabe, en la mayoría de las antiguas provincias romanas, los vencidos asimilaron a los vencedores, el campesino y el ciudadano al señor germánico. Por tanto, las nacionalidades modernas son, a su vez, el producto de las clases oprimidas. El mapa de los distritos de la Lorena media de Menke¹ da una imagen expresiva del modo como se efectuaron, aquí, la fusión, allá, la delimitación. Basta seguir en este mapa la frontera de los nombres de lugar romanos y germánicos para persuadirse de que, para Bélgica y la Baja Lorena, coincide en lo esencial con la frontera lingüística que había todavía hace cien años entre el francés y el alemán. Se encuentra todavía, aquí y allá, una estrecha franja en la que las dos lenguas luchan por la supremacía; pero, en el conjunto, está establecido sólidamente lo que seguirá siendo alemán y lo que permanecerá como romano. Pero la forma, derivada del bajo franco antiguo o del viejo alto alemán, de la mayoría de los nombres de lugar del mapa muestra que se remontan al siglo IX, como máximo al X, que, por tanto, hacia el final de la época carolingia estaba ya trazada la frontera en lo esencial. Ahora bien, del lado romano, especialmente en las proximidades de la frontera lingüística, se encuentran nombres mixtos, compuestos de un nombre de persona germánico y de una designación topográfica romana, por ejemplo, al oeste del Mosa, cerca de Verdún: *Eppone curtis*, *Rotfridi curtis*, *Ingolini curtis*, *Teudegisilo villa*, convertidos hoy en Ippécourt, Récourt-la-Creux, Amblaincourt-sur-Aire,

¹ Spruner-Menke: *Handatlas zur Geschichte des Mittelalters und der neuen Zeit*, 3ª edición, Gotha, 1874, mapa nº 32.

Thierville. Eran estancias señoriales francas, pequeñas colonias alemanas en tierra romana, que, tarde o temprano, sucumbieron a la romanización. En las ciudades y en las regiones campesinas aisladas había instaladas colonias alemanas más fuertes que conservaron su lengua bastante tiempo todavía; de una de ellas surgió, por ejemplo, aún a final del siglo IX, el *Ludwigslied*²; pero una gran parte de los señores francos había sido romanizada ya antes, y la prueba de ello está suministrada por las fórmulas de juramento de los reyes y de los grandes de 842 en las cuales el romance aparece ya como la lengua oficial de Francia.

Una vez delimitados los grupos lingüísticos (bajo reserva de guerras posteriores de conquista o de exterminio, como fueron llevadas a cabo, por ejemplo, contra los eslavos del Elba), era natural que sirviesen de elementos de base para la formación de los Estados, que las nacionalidades comiencen a desarrollarse para convertirse en naciones. La potencia que tenía este elemento desde el siglo IX está demostrada por el hundimiento rápido del Estado mixto de Lotaringia. Por supuesto, durante toda la Edad Media las fronteras lingüísticas y nacionales estuvieron lejos de coincidir; pero, a excepción quizás de Italia, cada nacionalidad estaba representada, sin embargo, en Europa por un gran Estado particular, y la tendencia a establecer Estados nacionales que resalta de una manera cada vez más clara y consciente constituye una de las principales palancas de progreso de la Edad Media.

Ahora bien, en cada uno de estos Estados medievales el rey constituía la cima de toda la jerarquía feudal, cima a la que los vasallos no podían escapar y contra la cual se encontraban, al mismo tiempo, en estado de rebelión permanente. La relación de base de toda la economía feudal, el otorgamiento de tierra contra la prestación de ciertos servicios y rentas personales, ofrecía ya, en su forma original más simple, materia suficiente para litigios, sobre todo allí donde muchos tenían interés en buscar querellas. Por eso, ¿por dónde se debía ir al final de la

² El *Ludwigslied* es un poema redactado en lengua franca que celebra la victoria de Luis III sobre los normandos en Saucourt en 881. (N.R.)

Edad Media en que, en todos los países, las relaciones de vasallaje constituían un enmarañamiento inextricable de derechos y de obligaciones concedidos, retirados, renovados, caducados, transformados o condicionados de manera diferente? Carlos el Temerario, por ejemplo, era, para una parte de sus tierras, vasallo del emperador, para la otra, vasallo del rey de Francia; por otro lado, el rey de Francia, su soberano, era al mismo tiempo, para ciertos territorios, vasallo de Carlos el Temerario, su propio vasallo; ¿cómo escapar aquí a los conflictos? De ahí ese juego secular y alterno de atracción de los vasallos hacia el centro real, que es el único que puede protegerlos contra el exterior y entre sí, y de repulsión lejos de este centro en que se cambia ineluctable y constantemente esta atracción; de ahí esa lucha ininterrumpida entre realeza y vasallos cuyo estrépito siniestro cubrió todo el resto durante ese largo período en que el pillaje era la única fuente de ingresos digna del hombre libre; de ahí esa serie sin fin y siempre renovada de traiciones, asesinatos, envenenamientos, perfidias y todas las bajezas imaginables que se esconde tras el nombre poético de caballería y que no deja de hablar de honor y de fidelidad.

Es evidente que, en este caos general, la realeza era el elemento de progreso. Representaba el orden en el desorden, la nación en formación frente al desmembramiento en Estados vasallos rivales. Todos los elementos revolucionarios que se constituían bajo la superficie del feudalismo se veían tan obligados a apoyarse en la realeza como ésta se veía obligada a apoyarse en ellos. La alianza entre realeza y burguesía data del siglo X; interrumpida frecuentemente por conflictos, pues en la Edad Media nada prosigue su camino con constancia, se renueva cada vez más firme y poderosa hasta que haya ayudado a la realeza a llevarse la victoria definitiva y que ésta, en señal de reconocimiento, subyugase y saquease a su aliada.

Los reyes, tanto como los burgueses, encontraban un apoyo poderoso en la naciente corporación de los *juristas*. Con el redescubrimiento del derecho romano, se operó la división del trabajo entre los sacerdotes, consultores de la época feudal, y los juristas no eclesiásticos. Estos nuevos juristas pertenecían

esencialmente, desde el principio, a la clase burguesa; pero, por otro lado, el derecho que estudiaban, enseñaban, ejercían, era también esencialmente antifeudal por su carácter y, desde cierto punto de vista, burgués. El derecho romano es hasta tal punto la expresión jurídica clásica de las condiciones de vida y de los conflictos de una sociedad en que reina la pura propiedad privada, que todas las legislaciones posteriores no han podido aportar ninguna mejora esencial. Ahora bien, la propiedad burguesa de la Edad Media presentaba todavía una fuerte amalgama de limitaciones feudales, por ejemplo, se componía en gran parte de privilegios; por tanto, el derecho romano estaba también en esta medida muy por delante de las condiciones burguesas de la época. Pero la continuación del desarrollo histórico de la propiedad burguesa no podía consistir sino en su evolución hacia la pura propiedad privada, como también fue el caso. Ahora bien, este desarrollo debía encontrar una poderosa palanca en el derecho romano, que contenía ya completamente preparado aquello hacia lo que la burguesía del final de la Edad Media sólo tendía aún inconscientemente.

Pero si en muchos casos individuales el derecho romano servía de pretexto para una opresión reforzada de los campesinos por la nobleza, por ejemplo, cuando los campesinos no podían aportar pruebas escritas de su liberación de cargas que, por lo demás, eran usuales, esto no cambia nada al asunto. Incluso sin el derecho romano la nobleza habría encontrado pretextos parecidos, y los encontraba todos los días. En todo caso era un progreso enorme que entrase en vigor un derecho que no conocía en absoluto las condiciones feudales y que anticipa totalmente la propiedad privada moderna.

Hemos visto cómo, en el plano económico, la nobleza feudal comenzó a hacerse superflua, incluso molesta en la sociedad del final de la Edad Media; cómo también, en el plano político, era ya un obstáculo para el desarrollo de las ciudades y del Estado nacional, posible en esta época sólo bajo la forma monárquica. A pesar de todo, se había mantenido por la circunstancia de que, hasta entonces, tenía el monopolio del manejo de las armas, que sin ella no se podía hacer la guerra ni librar

batalla. Esto también debía cambiar; se iba a dar el último paso para probar a la nobleza que tocaba a su fin el período de la sociedad y del Estado que ella dominaba, que, en su calidad de caballero, no se le podía utilizar ya ni siquiera en el campo de batalla.

Combatir el régimen feudal con un ejército que también era feudal y en el que los soldados están ligados por lazos más estrechos a su soberano inmediato que al mando del ejército real era, evidentemente, girar en un círculo vicioso y no avanzar un solo paso. Desde comienzos del siglo XIV los reyes se esfuerzan por emanciparse de este ejército feudal, por crear su propio ejército. A partir de esta época encontramos en los ejércitos reales una proporción cada vez mayor de tropas reclutadas o alquiladas. Al principio se trata sobre todo de la infantería, compuesta por los desechos de las ciudades y por los siervos desertores, lombardos, genoveses, alemanes, belgas, etc., empleada para la ocupación de las ciudades y al servicio de los asedios, apenas utilizable al principio en las batallas en campo abierto. Pero ya a finales de la Edad Media encontramos también caballeros que, con sus séquitos reunidos Dios sabe cómo, se alquilan al servicio de príncipes extranjeros y anuncian, por ahí, el hundimiento irremediable de las condiciones de la guerra feudal.

Al mismo tiempo, en las ciudades y entre los campesinos libres, allí donde los había todavía y donde se habían formado otros nuevos, se creaban las condiciones de base de una infantería aguerrida. Hasta entonces, la caballería, con su séquito igualmente montado, no constituía talmente el núcleo del ejército como, más bien, el ejército mismo; el tren de siervos que lo acompañaban a pie como sirvientes de ejército no aparecía – en campo raso – más que para desertar y para saquear. Mientras duró el apogeo del feudalismo, hasta finales del siglo XIII, la caballería libró todas las batallas y decidió su suerte. A partir de esta fecha la cosa cambia y, en verdad, en varios puntos al mismo tiempo. La desaparición progresiva de la servidumbre en Inglaterra creó una clase numerosa de campesinos libres, propietarios terratenientes (*yeomen*) o arrendatarios, y

suministró así la materia prima de una nueva infantería, ejercitada en el manejo del arco, el arma nacional inglesa de la época. La introducción de estos arqueros, que combatían siempre a pie, que fuesen montados o no durante la marcha, dio lugar a una importante modificación en la táctica de los ejércitos ingleses. A partir del siglo XIV, la caballería inglesa se bate preferentemente a pie allí donde el terreno u otras circunstancias se prestan a ello. Detrás de los arqueros que entablan el combate y desmoronan al enemigo, la falange cerrada de la caballería espera pie a tierra el asalto del adversario o el momento propicio para avanzar, mientras que sólo una parte sigue a caballo para apoyar el combate decisivo con ataques de flanco. Las victorias ininterrumpidas de los ingleses en Francia en aquella época descansan esencialmente en esta restauración de un elemento defensivo en el ejército y, en su mayoría, son otras tantas batallas defensivas con contraataques como las de Wellington en España y en Bélgica. La adopción por los franceses de la nueva táctica –quizás a partir del momento en que los ballesteros italianos que alquilaron hicieron el papel de arqueros ingleses– puso fin a la marcha victoriosa de los ingleses. Asimismo, a comienzos del siglo XIV, la infantería de las ciudades de Flandes había osado –y frecuentemente con éxito– hacer frente a la caballería francesa en campo abierto, y el emperador Alberto, al intentar entregar traidoramente los campesinos imperiales libres de Suiza al gran duque de Austria, que no era otro que él mismo, empujó a la creación de la primera infantería de renombre europeo. En los triunfos de los suizos sobre los austriacos y los borgoñones, la caballería acorazada –montada o a pie– sucumbió definitivamente ante la infantería, el ejército feudal ante los comienzos del ejército moderno, el caballero ante el burgués y el campesino libre. Y para confirmar desde el principio el carácter burgués de su República, la primera República independiente de Europa, los suizos *hicieron dinero* inmediatamente de su gloria militar. Desaparecieron todos los escrúpulos políticos; los cantones se transformaron en oficinas de reclutamiento a fin de reunir a los mercenarios para el mejor postor. También en otras partes, y especialmente en Alemania, circuló el tambor del re-

clutador; pero el cinismo de un gobierno que no parecía estar allí más que para vender a sus naturales, queda inigualado hasta el momento en que, en la época del envilecimiento nacional más profundo, lo sobrepasaron los príncipes alemanes.

A continuación, en el siglo XIV, la pólvora de cañón y la artillería fueron aportadas igualmente a Europa por los árabes, pasando por España. Hasta el final de la Edad Media, el arma de fuego portátil permaneció sin importancia, lo que se concibe porque la flecha del arquero de Crécy llegaba tan lejos y daba en el objetivo quizás con más seguridad –aunque no tuviese el mismo efecto– que el fusil de cañón liso del infante de Waterloo. El cañón de campaña estaba todavía en la infancia; por el contrario, los cañones pesados habían batido ya en brecha más de una vez las murallas expuestas de los castillos de los caballeros y habían anunciado a la nobleza feudal que la pólvora sellaba el fin de su reino.

La difusión de la imprenta, la reanudación del estudio de la literatura antigua, todo el movimiento de la cultura que se refuerza y se universaliza cada vez más a partir de 1450, todo esto favoreció a la burguesía y a la realeza en su lucha contra el feudalismo.

La acción conjugada de estas causas, reforzada de año en año por su acción recíproca creciente de unas sobre otras, que empujaba cada vez más adelante en una misma dirección, decidió, en la segunda mitad del siglo XV, la victoria, si no de la burguesía, al menos de la realeza sobre el feudalismo. En todas partes de Europa, hasta en los países secundarios lejanos que no habían pasado por el estado feudal, la potencia real se impuso de un solo golpe. En la península ibérica, dos de las cepas lingüísticas romanas se unieron para formar el reino de España, y el reino de Aragón, que hablaba el provenzal, se sometió al castellano como lengua escrita; la tercera cepa unificó su territorio lingüístico, a excepción de Galicia, para formar el reino de Portugal, la Holanda ibérica, que se desvió del interior y probó con su actividad marítima su derecho a una existencia separada. En Francia, después del declive del Estado borgoñón, Luis XI logró finalmente instaurar tan fuertemente la unidad

nacional que representaba la realeza sobre el territorio francés aún muy fraccionado, que su sucesor podía ya inmiscuirse en las querellas italianas y que esta unidad no fue ya puesta en tela de juicio más que una vez, y por poco tiempo, por la Reforma. Inglaterra había abandonado finalmente sus guerras donquiotescas de conquista en Francia que, a la larga, la habrían desangrado; la nobleza feudal buscó una compensación en las guerras de las Dos Rosas y encontró más de lo que había buscado; se desgastó y puso en el trono a la dinastía de los Tudor, cuya potencia real sobrepasó la de todos sus antecesores y sucesores. Los países escandinavos habían alcanzado su unidad desde hacía tiempo; tras su unión con Lituania, Polonia iba al encuentro de su período de apogeo con una potencia real aún intacta, y, aún en Rusia, el derrocamiento de los pequeños príncipes y la liberación del yugo tártaro habían ido de la mano y habían sido sellados definitivamente por Iván III. En toda Europa sólo había dos países en que la realeza y la unidad nacional, imposible entonces sin ella, no existían o no habían existido más que sobre el papel: Italia y Alemania.

Carlos Marx

DISCURSO SOBRE POLONIA

Pronunciado en el mitin internacional celebrado en Londres el 29 de noviembre de 1847 en ocasión del 17º aniversario del alzamiento polaco de 1830*

La unificación y fraternización de las naciones es una frase que está actualmente en boca de todos los partidos, en especial de los librecambistas burgueses. Existe, por cierto, cierta clase de fraternidad entre las clases burguesas de todas las naciones. Es la fraternidad de los opresores contra los oprimidos, de los explotadores contra los explotados. Así como la clase burguesa de un país se halla hermanada y unida contra los proletarios de ese mismo país, a pesar de la competencia y de la lucha de los integrantes de la burguesía entre sí, así los burgueses de todos los países están hermanados y unidos contra los proletarios de todos los países, a pesar de combatirse y competir mutuamente en el mercado mundial. Para que los pueblos puedan unificarse realmente, sus intereses deben ser comunes. Para que sus intereses puedan ser comunes, es menester abolir las actuales relaciones de propiedad, pues éstas condicionan la explotación de los pueblos entre sí; la abolición de las actuales relaciones de propiedad es interés exclusivo de la clase obrera. También es la única que posee los medios para ello. La victoria del proletariado sobre la burguesía es, al mismo tiempo, la victoria sobre los conflictos nacionales e industriales que enfrentan hostilmente entre sí, hoy en día, a los diversos pueblos. Por eso, el triunfo del proletariado sobre la burguesía es, al mismo tiempo, la señal para la liberación de todas las naciones oprimidas.

* Publicado en OME 9, p.p. 61-62, Grijalbo, México, 1978

Desde luego que la antigua Polonia está perdida, y seríamos los últimos en desear su restauración. Pero no sólo está perdida la vieja Polonia. La vieja Alemania, la vieja Francia, la vieja Inglaterra, toda la vieja sociedad está perdida. Pero la pérdida de la vieja sociedad no constituye una pérdida para quienes nada tienen que perder en la antigua sociedad, y en todos los países actuales ese caso se da para la gran mayoría. Por el contrario, tienen todo que ganar con el ocaso de la vieja sociedad, que condiciona la formación de una nueva sociedad, no basada ya en los antagonismos de clase.

De todos los países, Inglaterra es aquel en el cual más desarrollada se encuentra la contradicción entre el proletariado y la burguesía. Por ello, el triunfo de los proletarios ingleses sobre la burguesía inglesa es decisivo para el triunfo de todos los oprimidos contra sus opresores. De ahí que a Polonia no haya que liberarla en Polonia, sino en Inglaterra. Por eso vosotros, los cartistas, no debéis formular deseos irrealizables por la liberación de las naciones. Batid a vuestros enemigos internos y podréis entonces estar orgullosamente conscientes de haber derrotado a toda la antigua sociedad.

REIVINDICACIONES DEL PARTIDO COMUNISTA DE ALEMANIA

Manifiesto publicado en 1848

¡Proletarios de todos los países, uníos!

1. Todo el territorio formará una República, una e indivisible.

2. Todo alemán al llegar a la edad de veintiún años, será elector y elegible, siempre que no esté sujeto a pena criminal.

3. Los representantes del pueblo serán retribuidos, para que también los obreros puedan sentarse en el Parlamento del pueblo alemán.

4. Armamento general del pueblo. Los ejércitos del futuro serán, al mismo tiempo, ejércitos de trabajadores, para que las tropas no se limiten, como hoy, a consumir, sino que produzcan más todavía de lo que cuesta su sostenimiento.

Este será, a la vez, un medio para la organización del trabajo.

5. La administración de justicia será gratuita.

6. Serán abolidas, sin ningún género de indemnización, todas las cargas feudales, tributos, prestaciones, diezmos, etc., que siguen pesando sobre el pueblo campesino.

7. Las tierras de los príncipes y todas las demás posesiones feudales, así como las minas, canteras, etc., pasarán a ser propiedad del Estado. En estas fincas, los cultivos se organizarán, para el mayor provecho de la colectividad, en gran escala y con los recursos más modernos de la ciencia.

8. Las hipotecas que pesan sobre las fincas de los campesinos se declararán propiedad del Estado. Los campesinos abonarán a éste los intereses de dichas hipotecas.

9. En las regiones en que está desarrollado el régimen de colonato, la renta o canon de la tierra se pagará al Estado en forma de impuesto.

Todas las medidas enumeradas en los puntos 6, 7, 8 y 9 se adoptarán para poder reducir las cargas públicas y otros gravámenes que pesan sobre los campesinos y pequeños colonos, sin mermar los recursos necesarios para el sostenimiento del Estado ni poner en peligro la producción.

El terrateniente en sentido estricto, aquel que no es campesino ni colono, no tiene parte activa en la producción. Su consumo es, por tanto, un puro abuso.

10. En vez de los bancos privados se instituirá un Banco nacional, cuyo papel-moneda tendrá curso legal.

Esta medida permitirá reglamentar el crédito en interés de todo el pueblo, minando con ello la hegemonía de los grandes capitalistas. Sustituyendo poco a poco el oro y la plata por papel-moneda, abaratará el incremento indispensable del comercio burgués, el medio general de cambio, y permitirá hacer pesar el oro y la plata sobre el exterior. Finalmente, esta medida es necesaria para asociar sólidamente a la revolución los intereses de la burguesía conservadora.

11. El Estado tomará a su cargo todos los medios de transporte: ferrocarriles, canales, buques de vapor, caminos, correos, etc., convirtiéndolos en propiedad del Estado y poniéndolos gratuitamente a disposición de la clase privada de medios.

12. En la retribución de todos los funcionarios del Estado no habrá más diferencia sino que los que tengan familia, y por tanto más necesidades, percibirán un sueldo mayor.

13. Separación radical de la Iglesia y el Estado. Los sacerdotes de todas las confesiones serán retribuidos voluntariamente por sus fieles.

14. Restricción del derecho de herencia.

15. Implantación de fuertes impuestos progresivos y abolición de los impuestos al consumo.

16. Creación de talleres nacionales. El Estado garantiza a todos los trabajadores su existencia y subviene a la de los incapacitados para trabajar.

17. Instrucción pública general y gratuita.

Es interés del proletariado alemán, de la pequeña burguesía y de la clase campesina, luchar con toda energía por la implantación de las medidas que quedan enumeradas, pues sólo poniendo en práctica estas medidas podrán los millones de hombres que hasta hoy viven en Alemania explotados por un puñado de individuos, y a quienes se pretenderá seguir manteniendo en la opresión, conquistar sus derechos y ocupar el poder que les corresponde como creadores de toda la riqueza.*

El Comité:

K. Marx

H. Bauer

J. Moll

K. Schapper

F. Engels

W. Wolf

* Este texto está reproducido en el volumen 4 del Fondo de Cultura Económica, México, 1988.

**PAPEL DEL PANESLAVISMO EN LA
POLÍTICA RUSA DE ANEXIÓN***

HUNGRÍA Y EL PANESLAVISMO

(*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 194,
13 de enero de 1849)

Colonia, enero de 1849. – Mientras en Italia se están dando los primeros golpes a la contrarrevolución del verano y otoño últimos, en la llanura húngara ha concluido la última batalla librada para terminar con el movimiento que provenía de la revolución de febrero. Los nuevos acontecimientos de Italia constituyen el prólogo del movimiento de 1849; la guerra contra los magiars es el epílogo del movimiento de 1848. Aparentemente, el epílogo se enlazará con el nuevo drama que calladamente se prepara.

El epílogo es heroico también, como las rápidas y sucesivas escenas de la tragedia revolucionaria de 1848, como las caídas de París y Viena, reconfortantemente heroico después de los *intermedios* algo insulsos, algo frívolos entre junio y octubre. El último acto de 1848 se enlaza con el primero de 1849 por medio del terrorismo.

Por primera vez en el movimiento revolucionario de 1848, por primera vez desde 1793, una nación rodeada por una fuerza mayor, se ha atrevido a oponerse a la cobarde pasión contrarrevolucionaria, a oponer al *terreur blanche* el *terreur rouge*. Por primera vez en muchos años encontramos un revolucionario verdadero, un hombre que se atreve a aceptar en nom-

* Todos los textos que siguen, salvo que se indique expresamente otra cosa, han sido publicados por Ediciones Líbera, Buenos Aires, 1965.

bre de su pueblo el desafío de una guerra desesperada, un hombre que es para su país Dantón y Carnot en una misma y única persona: Luis Kossuth.

La superioridad de la fuerza es espantosa: Austria entera -con dieciséis millones de eslavos fanatizados por delante- contra cuatro millones de magiares.

En Hungría, armada, organizada e inspirada por Kossuth, encontramos otra vez la insurrección en masa, la producción nacional de armas, los asignados, los juicios sumarios contra los que entorpecen el movimiento revolucionario, la revolución permanente, en suma, todas las características distintivas del año glorioso de 1793. Esta organización revolucionaria, que tuvo que prepararse en un día si no se quería perecer, no la hubo en Viena. De otra manera, Windischgrätz no la hubiese tomado. Vamos a ver si logra triunfar en Hungría, a pesar de la organización revolucionaria.

Observemos más de cerca cómo está plateada la lucha y cuáles son sus contendientes.

La monarquía austriaca surgió de la tentativa de unificar Alemania en una sola monarquía, como lo hicieron los reyes franceses, hasta Luis XI, en Francia. El intento fracasó por la desgraciada mezquindad localista de los alemanes tanto como de los austriacos, y por la mentalidad pequeña y frívola de la casa de Habsburgo.

En lugar de la Alemania entera, los Habsburgo -que estaban comprometidos en lucha directa con tribus eslavas aisladas- sólo consiguieron tierras al sur de Alemania. En ocasiones una nobleza feudal y la burguesía gobernaban conjuntamente a pueblos eslavos sometidos. De cualquier manera, los alemanes de cada provincia necesitaban ayuda externa. Esta ayuda se alcanzó mediante la unión contra los eslavos, surgida del agrupamiento de estas provincias bajo el cetro de los Habsburgo.

Así surgió la Austria Alemana (*Deutsch-Oesterreich*). Para confirmar la verdad de este aserto basta leer en cualquier libro de texto cómo nació la monarquía austriaca, cómo se desintegró y se recompuso luego en la lucha contra los eslavos.

Hungría limita con Austria. Los magiares luchaban en Hungría como los alemanes en Austria. A la cuña alemana metida entre los bárbaros eslavos en los ducados de Austria y Estiria, se le unió en el río Leitha la cuña magiar metida también entre bárbaros eslavos. Como en el sur y en el norte, la nobleza alemana gobernaba tribus eslavas en Bohemia, Moravia, Carintia y Carniola; las germanizaba y las incluía así en el movimiento europeo. De esta manera la nobleza magiar gobernaba a su vez tribus eslavas en el sur y el norte, es decir, en Croacia, Eslavonia y las regiones de los Cárpatos. Los intereses de las dos eran los mismos; los enemigos de las dos eran aliados naturales entre sí. La alianza de los magiares con los alemanes austriacos era una necesidad. Solamente faltaba un elemento importante, un ataque fuerte a ambos para hacer esta alianza indisoluble. Este elemento se presentó con la conquista del Imperio Bizantino por los turcos. Los turcos amenazaban a Hungría y en segundo lugar a Viena, y Hungría estaba unida por siglos, indisolublemente, a la casa de los Habsburgo.

Pero el enemigo común a ambos se debilitó gradualmente. El Imperio Turco quedó impotente y los eslavos perdieron fuerza para poder levantarse contra los magiares y los alemanes. Por cierto que parte de las noblezas alemana y magiar que gobernaban en tierras eslavas adoptaron la nacionalidad eslava, de manera que las mismas naciones eslavas se interesaron en mantener una monarquía que tenía que proteger a la nobleza, cada vez más, del crecimiento de la burguesía alemana y magiar. Desaparecieron los antagonismos nacionales y la casa de Habsburgo adoptó otra política. La misma casa de Habsburgo que había llegado al trono a hombros de la burguesía alemana, se convirtió en campeona de la nobleza feudal contra la burguesía, más resueltamente que contra cualquier otra dinastía.

Austria tomó parte en la división de Polonia en este sentido. El gran condado de Galizia y los gobernantes de provincias, los Potockis, Lubomirskis y Czartorysgis, entregaron Polonia a Austria y se convirtieron en los defensores más fieles de la Casa de Habsburgo que, a cambio, les garantizaba sus posesiones de los ataques de la baja nobleza y de la burguesía.

Pero la burguesía de la ciudad ganó cada vez más riqueza e influencia, y el progreso de la agricultura, parejo con el de la industria, cambió la posición de los campesinos respecto de los terratenientes. El movimiento de los burgueses y de los campesinos contra los nobles, se hizo así cada vez más amenazante. Y como el movimiento de los campesinos, que son en todas partes los portadores de la estrechez local y nacional, era necesariamente localista y nacionalista, las antiguas luchas nacionales resurgieron con él.

Frente a este estado de cosas, Metternich jugó su carta maestra. Eliminó la influencia de los nobles del gobierno, con excepción de la de los barones feudales más poderosos. Minó la fuerza de la burguesía atrayéndose a los barones financieros más poderosos, aunque obligado a hacerlo por el estado de sus finanzas. De manera que realizó el ideal de la monarquía absoluta de modo más completo que sus rivales, apoyado en la alta nobleza y en las altas finanzas, así como en la burocracia y en el ejército. Controlaba la burguesía y los campesinos de cada nación a través de los nobles de la misma nacionalidad y de los campesinos de las otras nacionalidades; limitaba el poder de la nobleza de cada nación por el miedo a su propia burguesía y campesinado. Los distintos intereses de clase, odios nacionalistas y prejuicios locales, con sus complicaciones se limitaban entre sí y dejaban al viejo estafador de Metternich la más grande libertad de movimiento. Las matanzas de Galizia, con las que Metternich eliminó el movimiento democrático polaco iniciado en beneficio de los campesinos, muestran hasta qué punto podía incitar a la gente entre sí, usando el fanatismo religioso y nacionalista de los propios campesinos rutenos.

El año 1848 produjo al principio en Austria la confusión más terrible cuando liberó por un momento a todos estos grupos étnicos distintos que se habían esclavizado antes mutuamente bajo el poder de Metternich. Los alemanes, magiars, checos, polacos, moravios, eslovacos, croatas, rutenos, rumanos, ilirios y servios se dedicaron a pelear entre sí, mientras que en el seno de cada una de estas naciones las distintas clases se enfrentaban a su vez entre sí. Pero pronto el orden sucedió a la

confusión. Los elementos antagónicos se dividieron en dos grandes campos: por la revolución, los alemanes, polacos y magiares; por la contrarrevolución, los otros, los eslavos, con excepción de los polacos, rumanos y sajones transilvanos.

¿Por qué esta división según nacionalidades? ¿En qué hechos se basaba?

Esta división guardaba correspondencia con toda la historia previa de estas tribus. Señala el comienzo de una crisis de vida o muerte en todas estas naciones grandes y pequeñas.

Toda la historia de Austria lo demuestra y el año 1848 lo ha confirmado. De todas las naciones y grupos étnicos menores de Austria, sólo tres han sido progresistas, han tenido un papel activo en la historia y mantienen todavía su vitalidad: los alemanes, los polacos y los magiares. Por eso son revolucionarios ahora.

La misión principal de todas las otras razas y pueblos – grandes y pequeños- es perecer en el holocausto revolucionario. Por eso son contrarrevolucionarios.

Sobre los polacos remitimos al lector a nuestro artículo “El debate de Frankfurt sobre Polonia”. Para reprimir el espíritu revolucionario de los polacos, Metternich había recurrido ya a los rutenos, una tribu que se diferencia de los polacos por el distinto matiz de su dialecto, pero muy especialmente también por su religión ortodoxa. Por Metternich se enteraron de que los polacos eran sus opresores. ¡Como si, en la vieja Polonia, tanto los rutenos como los polacos no hubiesen sido oprimidos por igual, y como si bajo el dominio austriaco no hubiese sido Metternich el opresor de ambos!

Esto en cuanto a los polacos y rutenos, que por su historia y por su situación geográfica están tan lejos de Austria, que debemos dejarlos de lado desde el principio para poder ver claramente en la confusión de las otras naciones.

Mientras tanto, señalemos anticipadamente que los polacos están mostrando mucha penetración política y un sentido revolucionario verdadero al unirse a sus antiguos enemigos, los alemanes y magiares, ante la contrarrevolución paneslavista.

Una nación eslava que prefiera la libertad al eslavismo demuestra así su vitalidad y asegura su futuro.

Consideremos ahora a Austria propiamente dicha. Austria, al sur de los Sudetes y de los Cárpatos, el valle superior del Elba y la región media del Danubio, forma un país habitado exclusivamente por eslavos a comienzos de la Edad Media. Estos eslavos pertenecían, por sus costumbres e idioma, al mismo grupo étnico de los eslavos de Turquía, los serbios, bosnios, búlgaros y los eslavos tracios y macedonios: el grupo de los llamados eslavos del sur para distinguirlos de los polacos y rusos. La enorme región que va del Mar Negro al bosque de Bohemia y los Alpes tiroleses, estaba habitada, aparte de por esas tribus eslavas vinculadas entre sí, solamente al sur de la península balcánica por algunos griegos y en la cuenca inferior del Danubio por valacos dispersos que hablaban un idioma romance.

Los alemanes desde el oeste y los magiares desde el este se introdujeron entre estas masas eslavas compactas. El elemento alemán conquistó el oeste de Bohemia y avanzó a ambos lados del Danubio hasta el río Leitha. Se germanizaron el Ducado de Austria, una parte de Moravia y la mayor parte de Estiria, y así separaron a los checos y moravios de los carintios y carniolos. De la misma manera se desembarazó de eslavos a Transilvania y Hungría Central hasta la frontera alemana y las ocuparon los magiares, que separaron a los eslovacos y algunas zonas de Rutenia (en el Norte) de los serbios, croatas y eslavonios, y los sometieron. Siguiendo el precedente bizantino, los turcos sometieron finalmente a los eslavos al sur de los ríos Danubio y Save, y terminó para siempre el papel en la historia de los eslavos del sur.

La Guerra Husita fue el último intento de los eslavos del sur de jugar un papel independiente en la historia, una guerra nacional campesina con una bandera religiosa, contra la nobleza alemana y la dominación imperial alemana. El intento falló y desde entonces los checos han estado en la esfera de influencia del imperio alemán.

Por otra parte, sus conquistadores, los alemanes y magiares, tomaron la iniciativa histórica en la cuenca del Danubio. Sin los alemanes, pero especialmente sin los magiares, los eslavos del sur se hubiesen vuelto turcos, como algunos se volvieron; hasta se hubiesen hecho musulmanes, como lo son hasta hoy los bosnios eslavos. Y este es un favor que los eslavos austriacos del sur no han pagado muy caro, ni siquiera al verse obligados a cambiar su nacionalidad por la de los alemanes o los magiares.

La invasión turca de los siglos XV y XVI fue la segunda edición de la invasión árabe del siglo VIII. Frente a las murallas de Viena y en las llanuras húngaras se luchó una y otra vez por la victoria de Carlos Martel. Aquí, como antes en Poitiers y después en Wahlstatt, durante la invasión mongólica, se amenazó otra vez toda la evolución europea. Y cuando se trataba de salvar la civilización europea ¿qué importaba la suerte de unas cuantas naciones, que hacía mucho tiempo que estaban desmembradas e impotentes, y que se salvaban con ella de todas maneras?

La evolución interna correspondía a la externa. La clase avanzada, la progresista, la burguesía, era en todas partes, alemana o magiar. Fue difícil para los eslavos desarrollar una burguesía, y los eslavos del sur sólo pudieron hacerlo muy parcialmente. Los alemanes o los magiares tenían en sus manos la burguesía, el poder industrial y el capital. A medida que evolucionaba la cultura alemana, los eslavos quedaron también bajo la tutela intelectual de los alemanes, aun en el interior de Croacia. Lo mismo sucedió después, aunque en escala menor, en Hungría, donde los magiares junto con los alemanes mantenían la dirección intelectual y comercial. Sin embargo, los alemanes húngaros, a pesar de haber conservado el idioma alemán, se han hecho magiares verdaderos en cuanto a su disposición, carácter y costumbres. La excepción son los colonos agrícolas recién llegados, los judíos y sajones en Transilvania, que insisten en aferrarse a una nacionalidad absurda en medio de una tierra extranjera.

Y aunque los magiares han quedado algo a la zaga de los alemanes austriacos en cuanto a civilización, en los últimos tiempos se han puesto brillantemente al día con su actividad política. Desde 1830 a 1848 hubo más vida política en Hungría que en toda Alemania. Las formas feudales de la vieja constitución húngara se explotaron en interés de la democracia mejor que las formas modernas de la constitución de Alemania del sur. ¿Y quiénes estaban a la vanguardia de este movimiento? Los magiares. ¿Quiénes apoyaban la reacción austriaca? Los croatas y eslavonios.

Contra ese movimiento magiar, así como contra el resurgente movimiento político en Alemania, los eslavos austríacos establecieron una liga separada —el paneslavismo.

El paneslavismo no se originó en Rusia o Polonia, sino en Praga y Agram. El paneslavismo es la alianza de todas las naciones y tribus eslavas pequeñas de Austria, y en segundo lugar de Turquía, para luchar contra los alemanes austriacos, los magiares y, eventualmente, los turcos. Los turcos tienen un papel accidental simplemente y no es necesario tenerlos en cuenta porque son una nación que ha degenerado por completo. El paneslavismo está dirigido fundamentalmente contra los elementos revolucionarios de Austria, y es, así, de origen reaccionario.

El paneslavismo mostró inmediatamente esta tendencia reaccionaria con una doble traición: sacrificó a su estrechez nacionalista mezquina a los polacos, la única nación eslava que hasta ahora se haya mostrado revolucionaria, y vendiéndose él y a los polacos al zar ruso.

El objetivo inmediato del paneslavismo es el de organizar, bajo dominio ruso, un imperio eslavo desde el Erzgebirge (Montes Metálicos) y los Cárpatos a los mares Negro, Egeo y Adriático; un imperio que incluiría una docena de idiomas y dialectos eslavos además del alemán, italiano, magiar, valaco, turco, griego y albano. La cohesión no la darían los elementos que la dieron a Austria y la desarrollaron, sino la propiedad abstracta del eslavismo y el llamado idioma eslavo, que es, por cierto, común a la mayoría de los habitantes. ¿Pero dónde está este eslavismo sino en la cabeza de unos cuantos ideólogos?

¿Adónde está el “idioma eslavo”, sino en la fantasía de los señores Palacky, Gaj y compañía y, más o menos, en el viejo ritual eslavo de la iglesia rusa, que ya no entiende ningún eslavo? En realidad, todos estos pueblos tienen los grados de civilización más diferentes, que varían de la industria y educación de Bohemia, bastante desarrolladas (por los alemanes), hasta el barbarismo casi nómada de los croatas y búlgaros; y en verdad todas estas nacionalidades tienen así intereses diametralmente opuestos. Lo cierto es que el idioma eslavo de estos diez o doce pueblos consiste en la misma cantidad de dialectos casi ininteligibles entre sí que se pueden reducir en realidad a algunas ramas principales (checo, ilirio, servio, búlgaro). Gracias a la ausencia de literatura y a la tosquedad de la mayoría de los pueblos, estos idiomas se han convertido en dialectos, y por encima de ellos, con pocas excepciones, han tenido como idioma escrito uno no eslavo. Así que la unidad paneslava es una de dos cosas: o pura mística o, más probablemente, *el látigo ruso*.

¿Y qué naciones se supone que han de formar la vanguardia de este gran imperio eslavo? Precisamente, las que, dispersas y separadas durante mil años, recibieron, desde fuera, los elementos vitales que necesitaban para evolucionar; naciones a quienes salvaron de la barbarie turca las armas victoriosas de los pueblos no eslavos, tribus inferiores, impotentes, alejadas unas de otras y privadas de su fuerza nacional, naciones compuestas por unos miles de gentes o cuando más por menos de dos millones. Están tan débiles que, por ejemplo, al pueblo que durante la Edad Media fue el más poderoso y temido, el búlgaro, lo conocen ahora en Turquía por su docilidad y mansedumbre, y se enorgullece de que lo llamen *dobre chrisztian*, ¡buen cristiano! ¿Cuál de estos pueblos, sin exceptuar a los checos ni a los servios, tiene una tradición histórica nacional que esté en la gente y sea más grande que el conflicto local más pequeño?

La Edad del paneslavismo fueron los siglos VIII y IX, cuando los eslavos del sur ocupaban todavía toda Hungría y toda Austria, y amenazaban Bizancio. Si entonces no pudieron detener la invasión alemana y magiar, si no pudieron conseguir la independencia y construir un imperio viable, aun cuando sus

dos enemigos, los magiares y los alemanes, se despedazaban, ¿cómo podrán hacerlo ahora después de mil años de opresión y desnaturalización?

No hay país europeo que no tenga en algún rincón una o más ruinas de pueblos, restos de habitantes anteriores, desalojados y dominados por la nación que más tarde se encargará del desarrollo histórico. Estos restos de naciones que han sido pisoteados despiadadamente por el paso de la Historia, como dijera Hegel, estos desechos de pueblos se convierten, y siguen siendo hasta su exterminio o desnaturalización, en el sostén más fanático de la contrarrevolución, ya que su existencia no es más que una protesta contra una gran revolución histórica.

En Escocia fueron los gaélicos quienes apoyaron a los Estuardo de 1640 a 1745; en Francia, los bretones, que apoyaron a los Borbones de 1792 a 1800; en España, los vascos, que apoyaron a Don Carlos; en Austria, a su vez, los paneslavistas eslavos del sur, que no son otra cosa que los residuos de la evolución muy confusa de mil años. Es natural que este desecho étnico muy mezclado, vea su salvación sólo a través de la inversión de todo el movimiento europeo, que para él debería ir de este a oeste y no de oeste a este, que para él el arma de liberación, el lazo de unión, sea el látigo ruso.

En consecuencia, los eslavos del sur habían declarado su índole reaccionaria aun antes de 1848. El año 1848 lo demostró.

¿Quién hizo la revolución austriaca cuando estalló la tormenta de febrero? ¿Viena o Praga? ¿Budapest o Agram? ¿Los alemanes y magiares o los eslavos?

Es cierto que entre los eslavos del sur educados existe un partido democrático pequeño que, por cierto, no trató de renunciar a su nación, pero que trató de ponerla al servicio de la libertad. La ilusión con la que consiguió también atraer las simpatías de los demócratas de Europa Occidental, simpatía que estuvo justificada mientras los demócratas eslavos se unieron a la lucha contra el enemigo común, desapareció con el bombardeo de Praga. Desde entonces, siguiendo el ejemplo de los croatas, todas las razas eslavas del sur se pusieron al servicio de la

reacción austriaca. Los líderes del movimiento eslavo del sur que siguen charlando sobre iguales derechos para las naciones, sobre la democracia austriaca, etc., son soñadores tontos, como muchos periodistas, o sinvergüenzas, como Jellachich. Sus protestas de democracia significan tan poco como las de la contrarrevolución austriaca oficial. Baste decir que, en la práctica, el restablecimiento de la nación eslava del sur tiene su origen en el ataque brutal a la revolución austriaca y magiar, el primer fruto de su amor al zar ruso.

La camarilla austriaca encontró apoyo sólo en los eslavos, aparte de en la alta nobleza, la burocracia y la soldadesca. Los eslavos decidieron la caída de Italia, los eslavos asaltaron Viena; son los eslavos quienes atacan a los magiares por todos lados. A su cabeza, como portavoz de los checos, está Palacky, y como escudero de los croatas, Jellachich.

Son las gracias que recibe la prensa democrática alemana por haber simpatizado con los demócratas checos, en junio pasado, cuando Windischgrätz los deshacía a tiros, el mismo Windischgrätz que es ahora su ídolo.

Recapitulemos. Sin considerar a Polonia ni Italia, los alemanes y los magiares tomaron la iniciativa histórica en 1848 como lo hicieron en los últimos mil años. Representan la Revolución.

Los eslavos del sur, que durante mil años han ido a remolque de los alemanes y magiares, se levantaron en 1848 para establecer su independencia nacional y eliminar al mismo tiempo la revolución alemana-magiar. Representan la contrarrevolución. Los sajones y los rumanos de Transilvania –dos naciones que también perdieron hace mucho tiempo toda fuerza de impulso histórico-, se le han unido.

La casa de Habsburgo, que basó su fuerza en la unión de los alemanes y los magiares en su lucha contra los eslavos del sur, prolonga sus últimos momentos por la unión de los eslavos del sur, en una guerra contra los alemanes y los magiares. Este es el aspecto político de la cuestión. Ahora el aspecto militar.

El área ocupada exclusivamente por los magiares comprende menos de una tercera parte de Hungría y Transilvania. Varios millones de eslovacos y algunos rutenos viven en el área que se extiende de Presburgo, al norte del Danubio, y el Theiss, hasta la cordillera de los Cárpatos. Al sur, entre el Save, el Danubio y el Drava, viven los croatas y eslavones; más al este, a lo largo del Danubio, hay una colonia servia de más de medio millón de habitantes. Las dos áreas eslavas están unidas por los valacos y los sajones de Transilvania.

Así, los magiares están rodeados por tres lados por enemigos naturales. Los eslovacos, que controlan los pasos de las montañas, serían enemigos peligrosos por el terreno que les es propicio para la guerra de guerrillas, si fuesen menos apáticos.

De manera que los magiares tienen simplemente que resistir, en el Norte, los ataques de los ejércitos procedentes de Galizia y Moravia. En el este, por otra parte, los rumanos y los sajones se levantaron en masa y se unieron al cuerpo de ejército austriaco del lugar. Su situación es excelente, en parte por el carácter montañoso del terreno, en parte porque controlan la mayoría de las ciudades y fortalezas.

Finalmente, en el sur, los servios del Banato están apoyados por los colonos alemanes, por valacos y también por un ejército austriaco; están a cubierto por el gran pantano de Alibunar y son casi inexpugnables.

Los croatas están a cubierto por los ríos Danubio y Drava y como son apoyados por un ejército austriaco fuerte y bien equipado, han avanzado en octubre hacia territorio magiar y mantienen ahora, con poco esfuerzo, una línea de defensa en el bajo Drava.

Finalmente, Windischgrätz y Jellachich avanzan en columnas cerradas por el cuarto flanco, por Austria. Los magiares están rodeados por todos lados, rodeados por fuerzas enormemente superiores.

Esta lucha recuerda la librada contra Francia en 1793, pero con esta diferencia, que Hungría, con poca población y es-

caso grado de civilización, tiene menos recursos a su alcance que la República francesa de entonces.

Las armas y municiones fabricadas en Hungría tienen que ser necesariamente de muy baja calidad. No puede iniciarse de pronto la fabricación de artillería. El país es más pequeño que Francia y así cada centímetro perdido es una pérdida mayor. A los magiares no les queda más que su entusiasmo revolucionario, su coraje, y la organización rápida y enérgica que les dio Kossuth.

Sin embargo, Austria todavía no ha vencido. “Si no podemos golpear a las fuerzas imperiales en el río Leitha, entonces las golpearemos en el Theiss, pero las golpearemos de cualquier manera.”

Aunque caiga Budapest, los magiares tienen siempre la llanura del sur de Hungría, un terreno ideal para la guerra de guerrillas a caballo, y que ofrece muchos puntos de resistencia casi invulnerables entre los pantanos, donde los magiares pueden atrincherarse en seguridad. Y los magiares, que son casi todos jinetes, tienen las condiciones para esta clase de guerra. Si el ejército imperial llega a estas regiones desiertas, a las que tiene que llevar todas sus provisiones desde Galizia o Austria, ya que no hay nada, nada allí, entonces no puede preverse cómo se mantendrá. En formaciones cerradas no logrará nada, y si se divide en escuadrones móviles, está perdido. Allí donde debería vencer, su torpeza lo entregará a los veloces destacamentos montados magiares sin siquiera la posibilidad de perseguirlos; y cada rezagado del imperio encontrará un enemigo mortal en cada campesino, en cada pastor. La guerra en estas estepas es parecida a la guerra en Argelia, y al torpe ejército austriaco le llevaría años terminarla. Y los magiares se salvarán si pueden resistir algunos meses.

La situación de los magiares no es tan desfavorable como quiere hacernos creer el entusiasmo a sueldo que tiene los colores negro y amarillo de Habsburgo. Todavía no han sido conquistados. Si caen, caerán, sin embargo, gloriosamente, como los últimos héroes de la revolución de 1848, y sólo por un tiempo. Entonces, por un momento, la contrarrevolución eslava

con todo su barbarismo anegaría a la monarquía austriaca y la camarilla vería qué clase de aliados tiene. Pero con el primer levantamiento triunfante del proletariado francés, que Luis Napoleón está tratando de conjurar con todas sus fuerzas, los alemanes y magiares de Austria serán libres y se vengarán sangrientamente de los bárbaros eslavos. La guerra general que comenzará entonces destruirá esta liga eslava, y estas naciones menores, tercas, serán destruidas de manera que no quedará de ellas más que el nombre.

La próxima guerra mundial hará desaparecer de la tierra no sólo clases y dinastías reaccionarias sino también pueblos enteros reaccionarios. Y eso será también un adelanto.

Paneslavismo democrático

Colonia, febrero 14 de 1849.- Con frecuencia hemos llamado la atención hacia el hecho de que los sueños amables, que aparecieron repentinamente después de las revoluciones de febrero y marzo, como las fantasías sentimentales de una fraternidad universal de los pueblos, de una República Federal Europea y de paz mundial eterna, básicamente no eran más que disfraces para la perplejidad e inactividad infinitas de los voceros del momento. No veían o no querían ver lo que había que hacer para afirmar la revolución; no podían o no querían tomar medidas verdaderamente revolucionarias; la estrechez de algunos se combinó con las intrigas contrarrevolucionarias de otros, de manera que en lugar de actos revolucionarios la gente recibió frases sentimentales. Lamartine, el sinvergüenza de las declaraciones nobles, fue el héroe clásico de esta época que ocultaba la traición al pueblo con flores poéticas y adornos retóricos.

Los pueblos revolucionarios saben qué caro tuvieron que pagar el haber creído, de corazón, en palabras y declaraciones tan grandes. En vez de asegurar la revolución, se consiguieron en todas partes gobiernos reaccionarios que la socavaron; en vez de realizar las promesas hechas en las barricadas, se consiguieron las contrarrevoluciones de Nápoles, París, Viena, Ber-

lín, la caída de Milán, la guerra contra Hungría; en vez de la fraternidad de los pueblos, la renovación de la Santa Alianza sobre una base más amplia bajo la tutela de Inglaterra y Rusia. Y los mismos hombres que en abril y mayo aclamaban los lemas altisonantes del momento, reflexionan ahora avergonzados acerca de cómo se dejaron engañar por tontos y sinvergüenzas.

Han comprendido por dolorosa experiencia que la “fraternidad europea de los pueblos” no surgirá de frases vacías y deseos piadosos, sino de revoluciones completas y luchas sangrientas; no se trata de la fraternidad de los pueblos europeos bajo una bandera republicana, sino de la alianza de los pueblos revolucionarios contra los contrarrevolucionarios, una alianza que no empezará en los papeles sino en los campos de batalla.

En Europa occidental estas experiencias amargas pero necesarias han restado crédito a los lemas de los Lamartines. En el Oriente, por otra parte, existen todavía facciones que se dicen democráticas, revolucionarias, que no se cansan de repetir estos lemas y simplezas y de predicar el evangelio de la fraternidad europea de los pueblos.

Estos grupos —excluidos algunos entusiastas alemanes ignorantes como el señor A. Ruge, etc.— son demócratas paneslavistas de las distintas naciones eslavas.

Tenemos frente a nosotros el programa del paneslavismo democrático en forma de un panfleto titulado “Manifiesto a los eslavos”, de un patriota ruso, Miguel Bakunin, miembro del Congreso Esloavo de Praga, publicado en Koethen, en 1848.

Bakunin es amigo nuestro. Esto no nos impedirá criticar su panfleto.

Veamos cómo Bakunin, al comienzo mismo de su proclama, se emparenta con las ilusiones de marzo y abril últimos: “La primera señal de vida de la Revolución fue un grito de odio contra la represión, un grito de simpatía y amor para con las naciones oprimidas... Los pueblos... sintieron por fin la vergüenza que había dejado en la humanidad la vieja diplomacia y reconocieron que el bienestar de las naciones no se logrará mientras que en algún lugar de Europa un solo pueblo viva bajo el yugo... ¡Fuera los opresores! Sonó como una sola voz; ¡salud a los

oprimidos, los polacos, los italianos y todos los demás! ¡No más guerras de conquista, pero sí una última guerra para librarla hasta el fin, la lucha justa de la Revolución para la liberación de todos los pueblos! ¡Abajo las barreras artificiales que levantaron por la fuerza congresos de déspotas, por llamadas razones históricas, geográficas, comerciales y estratégicas! ¡No habrá más límites artificiales, sino los de la naturaleza, límites dados por la justicia y de manera democrática, límites trazados por la voluntad soberana de los pueblos mismos, sobre la base de sus características nacionales. Así clamaron los pueblos”. (Págs. 6-7)

En este pasaje encontramos ya toda la exaltación romántica de los primeros meses de la revolución. No se mencionan los obstáculos concretos en el camino de esa liberación, los distintos niveles de civilización de los pueblos y las necesidades políticas distintas que la condicionan. La palabra “libertad” reemplaza todo. No se cita la realidad, y si se lo hace, se la muestra como algo que puede reprimirse, algo arbitrario hecho por los “congresos de déspotas” y por los “diplomáticos”. A esta realidad malvada oponen la supuesta voluntad del pueblo con su imperativo categórico, con la exigencia absoluta de “libertad” como tal.

Ya vimos cuál fue la más fuerte. La supuesta voluntad de los pueblos fue engañada vergonzosamente, precisamente porque permitió una abstracción igualmente fantástica acerca del vínculo de los elementos que integran la realidad.

“Por su solo poder la Revolución declaró disueltos los estados despóticos, disuelto el estado prusiano... Austria... el Imperio Otomano... y como meta final, la Federación General de República Europea.” (Pág. 8)

A nosotros, en Occidente, ha de parecernos raro que después que todos estos planes fracasaron en el primer intento de ejecutarlos, se los considere todavía como algo meritorio y grande. La dificultad es que la revolución “declaró (lo antiguo) disuelto por su solo poder”, pero al mismo tiempo no movió un dedo “por su solo poder”, para que se cumpliera su decreto.

En aquel momento se reunió el Congreso Eslovaco. El Congreso adoptó el punto de vista de estas ilusiones.

Citemos: “Sintiendo intensamente nuestros lazos históricos y sanguíneos comunes (?), prometimos solemnemente no permitir más que nuestros destinos se separen. Execrando la política de que hemos sido víctimas durante tanto tiempo, nos instalamos en nuestro derecho de independencia total e hicimos juramento de que este derecho será desde ahora común a todos los pueblos eslavos. Reconocimos la independencia de Bohemia y Moravia... Extendimos el derecho de participación al pueblo alemán, a la Alemania democrática. En nombre de aquellos de nosotros que viven en Hungría, ofrecimos a los magiares, los enemigos vehementes de nuestra raza... una alianza fraterna. No hemos olvidado tampoco en nuestra Alianza de Liberación a aquellos de nuestros hermanos que suspiran bajo el yugo turco. Condenamos solemnemente la política traicionera que despedazó a Polonia tres veces... Declaramos todas estas cosas abiertamente y exigimos con todos los Demócratas de todos los pueblos (?) la Libertad, Igualdad, Fraternidad de todas las Naciones”. (Pág. 10.)

El paneslavismo democrático exige estas cosas aún hoy. “Nos sentimos seguros de nuestra causa entonces... La Justicia y la Humanidad estaban con nosotros, y con nuestros enemigos solamente la ilegalidad y la barbarie. No nos entregamos a un sueño inútil, fue la concepción de la única política verdadera y necesaria, la política de la Revolución.”

“Justicia”, “Humanidad”, “Libertad”, “Igualdad”, “Fraternidad”, “Independencia” –hasta ahora no hemos encontrado en el paneslavismo más que estas categorías más o menos moralistas que, por cierto, son resonantes pero que no prueban nada en lo que hace a la historia y la política. “Justicia”, “Humanidad”, “Libertad”, etc. pueden reclamar esto o aquello mil veces; si la cosa no es posible, no sucederá, y a pesar de todo seguirá siendo un “sueño inútil”. Si hubiesen tenido en cuenta el papel jugado por las masas eslavas desde el Congreso de Praga, podían haberse acabado las ilusiones de los paneslavistas; podían haber comprendido que contra la dura realidad nada pueden

sus píos deseos y hermosos sueños; que su política no era “política” más “revolucionaria” que la política de la República francesa. Y sin embargo todavía sostienen en 1849 los mismos viejos lemas de los que se desengañó Europa occidental por la contrarrevolución sangrienta.

Sólo una palabra acerca de la “fraternidad universal de los pueblos” y la fijación de “límites trazados por la voluntad soberana de los pueblos mismos sobre la base de sus características nacionales”. Los Estados Unidos y México son dos repúblicas; en ambas el pueblo es soberano.

¿Cómo estalló entonces una guerra por Texas entre estas dos repúblicas que de acuerdo con la teoría moralista debían ser “fraternas” y “federales”? ¿Cómo la “voluntad soberana” del pueblo norteamericano, apoyado por la valentía de los voluntarios norteamericanos mueve un límite de la naturaleza unos cuantos cientos de kilómetros más al sur, por “necesidades geográficas, comerciales y estratégicas”? ¿Reprochará Bakunin al pueblo norteamericano una guerra que por cierto contradice sus teorías basadas en la “Justicia y la Humanidad”, pero que de todas maneras se hizo en interés de la civilización? ¿O es quizás una desgracia que la tierra espléndida de California haya sido arrebatada a los perezosos mexicanos que no sabían qué hacer con ella? ¿Es una desgracia que por la pronta explotación de sus minas de oro los yanquis enérgicos hayan aumentado el circulante, hayan concentrado en unos pocos años una gran población y un gran comercio en la parte más conveniente de la costa del Pacífico, hayan construido grandes ciudades, hayan organizado líneas marítimas, estén haciendo ferrocarriles de Nueva York a San Francisco, que abrirán el océano Pacífico a la civilización, por primera vez, y darán por tercera vez en la historia una orientación nueva al comercio mundial? Puede ser que por todo esto sufra la “independencia” de unos cuantos californianos y texanos de origen español; puede que a veces sufran la “Justicia” y otros principios morales, pero ¿qué importa en comparación con otros acontecimientos históricos mundiales?

Vemos además que esta teoría de fraternidad universal de todos los pueblos, que busca nada menos que la fraternidad

al azar sin considerar la situación histórica, el nivel de desarrollo de cada pueblo, fue combatida mucho antes de la Revolución por los editoriales del *Neue Rheinische Zeitung*, aun contra sus mejores amigos, los demócratas ingleses y alemanes. La prueba de esto está en los periódicos ingleses, franceses y alemanes de la época.

En cuanto al paneslavismo mismo, hemos explicado cómo, aparte de los autoengaños bien intencionados de los demócratas paneslavistas, no tiene otro objetivo que dar a los dispersos eslavos austriacos que dependen históricamente, literariamente, políticamente, comercial e industrialmente de los alemanes y magiares, por un lado, un centro focal en Rusia, por otro, en la monarquía dual de Austria, que como tiene una mayoría eslava, depende de Rusia. Hemos explicado cómo estas pequeñas naciones que la historia arrastró durante siglos contra su voluntad, han de ser necesariamente contrarrevolucionarias, y cómo su posición respecto de la revolución de 1848 fue en realidad contrarrevolucionaria. En vista del Manifiesto Paneslavo democrático, que exige la independencia de todos los eslavos sin distinciones, debemos volver a esto.

Vemos primero que el romanticismo y el sentimentalismo político de los demócratas del Congreso Paneslavo son muy perdonables. Con excepción de los polacos –los polacos no son paneslavistas, por razones comprensibles- todos pertenecen a grupos étnicos que, como los eslavos del sur, son necesariamente contrarrevolucionarios por su posición histórica toda, o que, como los rusos, están todavía muy lejos de la revolución, y así, por lo menos por ahora, son contrarrevolucionarios. Estas facciones, democráticas por su educación en el extranjero, buscan armonizar su orientación democrática con sus sentimientos nacionales, que como es bien sabido, son muy fuertes entre los eslavos; y como el mundo real, las circunstancias verdaderas de sus países, ofrecen, si lo hacen, puntos de contacto imaginarios para su reconciliación, no les queda otra cosa que el otro reino extraterreno en el que construyen “castillos en el aire”, el reino de los deseos piadosos, de la política de la fantasía. ¡Qué agradable sería que los croatas, los pandurs y los cosacos formasen

la avanzada de la democracia europea, si el embajador de la República de Siberia presentase sus credenciales en París! Por cierto que son perspectivas agradables; pero ni el paneslavismo más entusiasta esperaba que Europa aguardase su ejecución, y por ahora precisamente esas naciones cuya independencia pide especialmente el Manifiesto son las enemigas particulares de la democracia.

Repetimos. Con excepción de los polacos, los rusos y, cuando mucho, los eslavos de Turquía, ningún pueblo eslavo tiene futuro, por la sencilla razón de que todos los otros eslavos carecen de los prerrequisitos fundamentales, históricos, geográficos, políticos e industriales para la independencia y la vitalidad.

Los pueblos que no han tenido nunca historia propia, que desde que llegaron a sus etapas de civilización primeras e imperfectas cayeron bajo la dominación extranjera, o que llegaron a las primeras etapas de civilización por el yugo extranjero, no tienen vitalidad; nunca conseguirán ninguna clase de independencia.

Y ésta ha sido la suerte de los eslavos austriacos. Los checos, aunque les unamos los moravios y eslovacos, aunque son lingüística e históricamente distintos, no han tenido nunca historia. Desde Carlomagno, Bohemia ha estado encadenada a Alemania. La nación checa se liberó por un momento, y formó el Gran Imperio de Moravia, pero volvió a ser oprimida enseguida, y a ser traída y llevada durante quinientos años como un juguete de Alemania, Hungría y Polonia. Entonces se incorporó a Bohemia y Moravia definitivamente a Alemania, y los territorios eslovacos quedaron a Hungría. ¿Y esta nación que no existió nunca históricamente reclama la independencia?

Pasa lo mismo con los llamados eslavos del sur. ¿Dónde está la historia de los eslovenos ilirios, los dálmatas, los croatas, y los *Sokci*? Han perdido, desde el siglo XI todo vestigio de independencia política y han estado en parte bajo dominaciones alemanas, venecianas y magiares. ¿Y puede componerse una nación vital, fuerte, independiente, con estos pedazos que quedaron?

Aún más. Si los eslavos austriacos formasen una masa compacta como los polacos, los magiares, los italianos, estarían en condiciones de establecer un estado de doce a veinte millones. Así, en este caso sus declaraciones tendrían más seriedad. Pero sucede exactamente lo contrario. Los alemanes y los magiares los separaron como una cuña amplia hasta el fin de los Cárpatos, casi hasta el Mar Negro; dividieron a los checos, moravios y eslovacos de los eslavos del sur con una zona de cien a ciento treinta kilómetros de ancho. Al norte de esa zona hay cinco millones y medio de eslavos, separados por una masa compacta de diez a once millones de alemanes y magiares, que están unidos por la historia y la necesidad.

¿Pero por qué no podrían los cinco millones y medio de checos, moravios y eslovacos formar un estado y los cinco millones y medio de eslavos del sur con los eslavos turcos otro?

Obsérvese cualquier mapa lingüístico bueno que muestre la posición de los checos y sus vecinos lingüísticos. Se han metido en Alemania como una cuña, pero una cuña corroída y oprimida por los elementos alemanes de los costados. En una tercera parte del territorio de Bohemia se habla alemán; hay diecisiete alemanes por cada veinticuatro checos en Bohemia. Y son precisamente los checos quienes se supone que forman el núcleo del futuro estado eslavo, porque los moravios están también muy mezclados con alemanes y magiares, y además, completamente desmoralizados respecto de su nacionalismo. ¿Y qué clase de estado sería éste en el que finalmente dominará todavía la burguesía ciudadana alemana?

Lo mismo pasa con los eslavos del sur. Los eslovenos y croatas separaron a Alemania y Hungría del mar Adriático; y Alemania y Hungría no pueden dejarse separar del mar Adriático, por “necesidades geográficas y comerciales”, que por cierto no son un obstáculo para la fantasía de Bakunin, pero que de todas maneras existen, y que son cosas tan vitales para Alemania y Hungría como, por ejemplo, la cuestión de una costa en el Báltico, de Dantzig a Riga para Polonia. Y cuando se trata de la existencia, de la libre evolución de todos los recursos de grandes naciones, las consideraciones sentimentales por unos pocos

alemanes o eslavos dispersos no deciden nada. Sin considerar el hecho de que estos eslavos del sur están en todas partes tan mezclados con elementos alemanes, magiares e italianos, que aquí también la observación del mapa lingüístico desbaratará el proyectado Estado eslavo del sur, y en el mejor de los casos todo el Estado será entregado a la burguesía italiana de Trieste, Fiume y Zara, o a la burguesía alemana de Agram, Laibach, Karlstadt, Semlin, Pancsova y Weisskirchen.

¿Pero no podrían unirse los eslavos del sur con los serbios, bosnios, morlacos y búlgaros? Seguramente, si además de las dificultades anteriores, el odio ancestral de la gente de la frontera austriaca hacia los eslavos turcos del otro lado de los ríos Save y Unna no existiese; pero estas gentes que durante años se ha conocido como ladrones y bandidos, se odia, a pesar de cualquier parentesco étnico, infinitamente más que eslavos y magiares.

Por cierto que la situación de los alemanes y magiares no sería muy placentera si los eslavos austriacos obtuviesen sus “derechos”. Un estado bohemio-moravo independiente metido entre Silesia y Austria; Austria y Estiria separadas de su salida natural al Adriático y el Mediterráneo por la “República Eslava del Sur”; Alemania oriental despedazada como un pan roído por las ratas. Y todo en agradecimiento a los alemanes por haberse tomado el trabajo de civilizar a los tercios checos y eslovenos, por haberles dado el comercio, la industria, los métodos agrícolas provechosos y la educación.

Pero este yugo impuesto a los eslavos por la civilización es uno de los crímenes mayores de los alemanes tanto como de los magiares. Escuchen: “Vuestro odio se alza justiciero, vuestra ira busca venganza contra la maldita política alemana que os ha esclavizado durante años, que no busca otra cosa que vuestra ruina...” (Pág. 5) “...Los magiares, enemigos encarnizados de nuestra raza, que, aunque son apenas cuatro millones, tienen la audacia de querer imponer su yugo a ocho millones de eslavos...” (Pág. 9) “Conozco todo lo que han hecho los magiares a nuestros hermanos eslavos, los crímenes que cometieron

contra nuestra nación, cómo han pisoteado nuestro idioma y nuestra independencia.”

¿Cuáles son estos crímenes enormes, espantosos cometidos por los alemanes y magiares contra la nación eslava? No nos referimos al desmembramiento de Polonia, que no ha de considerarse aquí sino a la “injusticia de siglos”, que se supone cometida contra los eslavos.

En el norte, los alemanes reconquistaron de los eslavos la región, primero alemana, después eslava, que va del río Elba al Warthe. Esta conquista estuvo condicionada por “necesidades geográficas y estratégicas” provenientes de la división del Reino Carolingio. Estas franjas de territorio eslavo han sido germanizadas completamente; ya está hecho y no se puede remediar a menos que los paneslavistas redescubran los idiomas sorbio, vengo y abrodita y los impongan a los habitantes de Leipzig, Berlín y Stettin. Pero hasta ahora no se ha puesto en duda que esta conquista fue para beneficio de la civilización.

En el sur, las tribus eslavas estaban dispersas ya. Los ávaros no eslavos, que ocupaban el territorio que más tarde tomaron los magiares, ya se habían encargado de eso. Los alemanes tomaban tributo de estos eslavos, y dieron muchas batallas contra ellos. También pelearon contra los ávaros y magiares, a los que tomaron todo el territorio entre los ríos Enns y Leitha. Mientras germanizaban esta región por la fuerza, la germanización de los territorios eslavos se hizo de una manera más pacífica, por la inmigración, por la influencia de la nación más evolucionada sobre la menos evolucionada. La industria alemana, el comercio alemán, la educación alemana llevaron de por sí el idioma alemán al lugar. En cuanto de “opresión” se trate, los eslavos no estaban más oprimidos por los alemanes que la masa de los alemanes mismos.

En cuanto a los magiares, hay también muchos alemanes en Hungría, y sin embargo los magiares no han tenido ocasión de quejarse de la “maldita política alemana”, aunque eran “apenas cuatro millones”. Y si durante ocho siglos “ocho millones de eslavos” han tenido que soportar el yugo de cuatro millones de magiares, este hecho muestra por sí quiénes eran los

más vitales y enérgicos, los muchos eslavos o los pocos magiares.

Pero el “crimen” más grande de los alemanes y magiares es por cierto que impidieron a estos doce millones de eslavos convertirse en turcos. ¿Qué hubiese sido de estos pueblos pequeños y dispersos que han hecho un papel histórico tan lamentable; qué hubiese sido de ellos si no se los hubiese mantenido unidos y conducidos contra los ejércitos de Mohammed y Solimán; si los llamados “opresores” no hubiesen decidido en su favor las batallas libradas para proteger estos pueblos más débiles? ¿La suerte de los “doce millones de eslavos valacos y griegos” que aún en nuestros días son “pisoteados por setecientos mil otomanos” (pág. 8) no contesta con claridad nuestra pregunta?

Y, finalmente, en el momento en que en toda Europa las grandes monarquías eran una “necesidad histórica”, ¿qué “crimen”, qué “política maldita” la de los alemanes y magiares que unían estas pequeñas naciones, inválidas e impotentes, a un Gran Imperio y así les permitían tomar parte en una evolución histórica que solos no hubiesen conocido? Por cierto que esto no se hace sin aplastar por la fuerza algunas florecillas nacionales delicadas. Pero sin la fuerza y sin una decisión despiadada de hierro no se consigue nada en la historia; y si Alejandro, César y Napoleón hubiesen tenido la capacidad de sentir la compasión a la que ahora apela el paneslavismo a favor de su carroña de clientes, ¿qué hubiese sido de la historia? ¿Y no valen los persas, celtas y alemanes cristianos tanto como los checos, vogueles y seresanios?

Ahora, sin embargo, la centralización política es una necesidad más grande que en los siglos XV y XVI, por los adelantos formidables de la industria, el comercio y las comunicaciones. Se está centralizando lo que falta. Y los paneslavistas llegan ahora a exigir que “liberemos” a estos eslavos medio germanizados, que detengamos una centralización a la que sus intereses materiales obligan a estos eslavos.

Resumiendo, es evidente que estos “crímenes” de los alemanes y magiares contra los eslavos en cuestión, son algunos

de los actos más nobles de que nuestro pueblo y el magiar pueden enorgullecerse en su historia.

Además, debe observarse, especialmente ahora que los magiares se han comportado con demasiada condescendencia y debilidad para con los arrogantes croatas, en especial desde la revolución. Es sabido que Kossuth les hizo todas las concesiones posibles, excepto la de hablar croata en la dieta. Y lo único de que puede acusarse a los magiares es esta tolerancia con un pueblo contrarrevolucionario por naturaleza.

Colonia, febrero 15 de 1849.- Ayer terminamos con la prueba de que los eslavos austriacos nunca habían tenido una historia propia, que dependen de los alemanes y magiares por la historia, literatura, política, comercio e industria, que están ya germanizados, magiarizados o italianizados, a medias, que si se organizaran en estados independientes serían las burguesías urbanas alemanas e italianas las que dominarían estos estados y no ellos, y, finalmente, que ni Hungría ni Alemania pueden permitir la separación y constitución independiente de pequeños estados que harían de vallas y que no tienen condiciones para la vida.

Sin embargo, todo esto no sería decisivo si en algún momento de su oprimida existencia los eslavos hubiesen iniciado una nueva y revolucionaria historia, si hubiesen demostrado su vitalidad. Desde ese momento la Revolución se hubiese interesado en su liberación y los distintos intereses de los alemanes y los magiares hubiesen desaparecido frente a los intereses más grandes de la Revolución europea.

Pero, precisamente, esto no sucedió. Por cierto que los eslavos –recordamos otra vez que siempre excluimos a los polacos- han sido permanentemente la herramienta principal de la contrarrevolución. Oprimidos en casa, han sido siempre los opresores de todas las naciones revolucionarias extranjeras, hasta donde llegó la influencia eslava.

Que no se diga entonces que hablamos en nombre de los prejuicios nacionales alemanes. En los periódicos alemanes, franceses, belgas e ingleses se encontrarán pruebas de que los

editores del *Neue Rheinische Zeitung*, eran decididamente contrarios a la estrechez mental nacional alemana, mucho antes de la revolución. Por cierto que no han insultado a los alemanes gratuitamente, de oídas, como otros; por otra parte, han evidenciado históricamente y mostrado sin piedad el papel ruin que ha jugado Alemania en la historia, gracias a su nobleza y a su burguesía, gracias a la falta de desarrollo de su industria; han visto a los alemanes atrasados respecto de los justos logros de las naciones de Occidente, Inglaterra y Francia. Pero por esto mismo es justo que no compartamos las ilusiones sentimentales de los eslavos y que juzguemos a otros pueblos tan severamente como juzgamos a nuestra nación.

Hasta ahora se ha llamado a los alemanes los mercenarios del despotismo en Europa. No intentamos negar el desgraciado papel de los alemanes en las guerras vergonzosas de 1792-1815 contra la Revolución francesa, en la eliminación de Italia desde 1815, y de Polonia desde 1772. Sin embargo, ¿quién está detrás de los alemanes, quién los usa como sus mercenarios o su avanzada? Inglaterra y Rusia. Los rusos alardean hasta hoy que decidieron la caída de Napoleón con sus ejércitos incontables, afirmación que es exacta en su mayor parte. Por lo menos es cierto que las tres cuartas partes de los ejércitos que con su fuerza superior hicieron retroceder a Napoleón del Oder a París, estaban compuestos por eslavos, eslavos rusos o austriacos.

¿Y qué hay de la opresión alemana de los polacos e italianos?

Una fuerza eslava y otra medio eslava compitieron por la división de Polonia; la mayor parte de los ejércitos que eliminaron a Kosciuzko era eslava; los ejércitos de Diebitsch y Paskevitch eran exclusivamente eslavos. Y en Italia los *tedeschi* han soportado durante muchos años la vergüenza de ser los opresores; pero aquí también, ¿quiénes componían los ejércitos que se dejaron usar para oprimir, y cuya brutalidad se adjudicó a los alemanes? Aquí también estaban compuestos por eslavos. Vayan a Italia y pregunten quién reprimió la Revolución en Milán, la respuesta no será ya *los tedeschi* —desde que los *tedeschi*

hicieron una revolución en Viena ya no los odian- sino los *croati*. Esta es la palabra con que los italianos designan ahora todo el ejército austriaco, es decir, el grupo más odiado por ellos: *i croati*.

Y sin embargo, estos reproches serían innecesarios e injustos si los eslavos hubiesen tomado parte seriamente, en algún lugar, en el movimiento de 1848, si los eslavos se hubiesen apresurado a entrar en las filas de los pueblos revolucionarios. Un solo intento valiente de una revolución democrática, aunque fuese aplastado, borra siglos de infamias y cobardía de la memoria de los pueblos, rehabilita enseguida cualquier nación, por odiada que sea. Los alemanes aprendieron esto el año pasado. Pero mientras los franceses, alemanes, italianos, polacos y magiars levantaban las banderas de la Revolución, los eslavos, como un solo hombre, se pusieron junto a las banderas de la contrarrevolución. Primero los eslavos del sur, que por muchos años habían acariciado sus deseos contrarrevolucionarios propios contra los magiars; después los checos y, tras ellos, armados para la lucha y listos para aparecer en el campo de batalla en el momento de la decisión, los rusos.

Es sabido que en Italia los húsares magiars se pasaron *en masse* a los italianos; que en Hungría batallones italianos enteros se pusieron a disposición del gobierno magiar revolucionario y están sirviendo todavía bajo la bandera magiar; que los regimientos alemanes que estuvieron con el pueblo de Viena y en Galizia no eran de fiar. Es sabido también que masas de polacos austriacos y no austriacos lucharon contra los ejércitos austriacos en Italia, en Viena y en Hungría, y luchan todavía en los Cárpatos. ¿Pero cuándo se oyó que tropas checas o eslavas del sur se hayan levantado contra las banderas negras y amarillas de los Habsburgo? Por el contrario, todo lo que se sabe hasta ahora, es que a Austria, conmovida hasta los cimientos, la mantuvo viva y firme el entusiasmo negro y amarillo de los eslavos; que fueron precisamente los croatas, eslovenos, dálmatas, checos, moravos y rutenos los que dieron los contingentes a Windischgrätz y Jellachich para eliminar la Revolución de Viena, Cracovia, Lemberg y Hungría, y que acabamos de enterar-

nos por Bakunin que el Congreso Esloveno de Praga fue dispersado no por alemanes, sino por eslavos galizios, checos y eslovacos, “solamente eslavos”. (Pág. 33.)

La Revolución de 1848 hizo que todos los pueblos europeos se declarasen en su favor o en contra. En un mes todos los pueblos que no estaban listos para levantarse se habían unido contra la Revolución. Entonces se trataba de desembrollar la confusión de los pueblos de Europa oriental. Lo que importaba era qué nación tomaba la iniciativa revolucionaria y desarrollaba más energía revolucionaria y se aseguraba así su futuro. Los eslavos permanecieron silenciosos. Los alemanes y magiarses, fieles a su posición histórica pasada, tomaron la vanguardia. Y así los eslavos se encontraron en brazos de la contrarrevolución.

¿Y el Congreso Esloveno de Praga?

Repetimos: los eslavos austriacos llamados demócratas son sinvergüenzas o visionarios, y a los visionarios que no encuentran campo fértil en su pueblo para las ideas importadas, los llevan siempre de la nariz los sinvergüenzas. Los visionarios llevaron la voz cantante en el Congreso Esloveno de Praga. Cuando las extravagancias parecieron amenazar a los paneslavistas aristocráticos -el conde Thun, Palacky y sus asociados- éstos traicionaron a los visionarios, entregándolos a Windischgrätz y a los contrarrevolucionarios negros y amarillos. ¡Qué ironía amarga que este congreso de soñadores, protegido por la juventud visionaria de Praga, haya sido disuelto por soldados de su propia nación; que al soñador Congreso Esloveno se haya opuesto, por decirlo así, un Congreso Esloveno Militar! El verdadero, activo, Congreso Esloveno fueron los ejércitos austriacos que tomaron Praga, Viena, Lemberg, Cracovia, Milán y Budapest.

Los resultados prueban lo abstracto y confuso de los ensueños del Congreso Esloveno. El bombardeo de una ciudad como Praga hubiera llenado de odio inextinguible hacia sus opresores a cualquier otra nación. ¿Los checos, qué hicieron? Besaron el látigo que los azotaba sin piedad; juraron fidelidad entusiasta a las banderas junto a las que habían sido masacrados sus hermanos, violadas sus mujeres. Las batallas callejeras de Praga fueron la crisis para los paneslavistas democráticos aus-

triacos. Vendieron la democracia y la Revolución a la monarquía dual austriaca, con la esperanza de obtener su miserable “autonomía nacional”, al “centro” de “la coacción sistemática del despotismo en el corazón de Europa”, como dice Bakunin mismo en la página 29. Y por esta traición cobarde y abyecta, algún día nos vengaremos con sangre de los eslavos.

Ha resultado de toda evidencia, finalmente, para estos traidores, que fueron engañados de todas maneras por la contrarrevolución, que para los eslavos austriacos no es cuestión de una “Austria eslava”, o de un “estado federal de naciones con iguales derechos”, y menos todavía cuestión de instituciones democráticas. Jellachich, que no es más sinvergüenza que la mayoría de los demás demócratas entre los eslavos austriacos, lamenta amargamente el haberse dejado usar, y Stratomirovitch, para no dejarse usar más ha proclamado la revuelta contra Austria.

En todas partes las asociaciones *Slovanska-Lipa* enfrentan al gobierno y descubren cada día por dolorosas experiencias, la trampa a la que se dejaron atraer. Pero es demasiado tarde ya. Impotentes en su propia patria contra la soldadesca austriaca que reorganizaron ellos mismos, rechazados por los alemanes y magiares a los que traicionaron, rechazados por la Europa revolucionaria, tendrán que soportar el mismo despotismo militar que ayudaron a imponer a los vieneses y a los magiares. “Some-teos al Emperador para que las tropas imperiales no os traten como si fuereis magiares rebeldes.” En estas palabras del patriarca Rayachich está expresado lo que tienen que esperar ahora.

¡De qué manera distinta se comportaron los polacos! Oprimidos, esclavizados, explotados durante ochenta años, se colocaron siempre de parte de la Revolución, declararon siempre que la revolución en Polonia era inseparable de la independencia de Polonia. En París, en Viena, en Berlín, en Italia y en Hungría los polacos han peleado con todas las revoluciones y en todas las guerras revolucionarias, sin importarles si peleaban contra alemanes, contra eslavos, contra magiares y aun contra polacos. Los polacos son la única nación eslava que no tiene

deseos paneslavistas. Pero tienen muy buenas razones para ello: han sido subyugados principalmente por los que se llaman sus hermanos eslavos, y para los polacos el odio a los rusos está antes que el odio a los alemanes, y con justicia. Porque la liberación de Polonia es inseparable de la Revolución, porque las palabras *polaco* y *revolucionario* se han vuelto iguales. Por estas razones, Polonia tiene la simpatía de Europa toda, y el restablecimiento de su nación es tan seguro como el odio de Europa entera a los checos, croatas y rusos y tan seguro como la guerra revolucionaria más sangrienta de Europa occidental contra éstos.

Los paneslavistas austriacos deben comprender que todos sus deseos, en cuanto posibles, se realizaron al crear la “monarquía dual austriaca” bajo la protección de Rusia. Si cae Austria, les espera el terror revolucionario de los alemanes y magiares, pero nunca –como creen- la liberación de todas las naciones subyugadas bajo el cetro austriaco. Deberían anhelar, entonces, que Austria siga sosteniéndose, incluso hasta desear que Galizia se mantenga con Austria, de manera que los eslavos retengan su condición de mayoría dentro del Estado. Aquí también los intereses paneslavos son contrarios a la restauración de Polonia; porque una Polonia sin Galizia, una Polonia que no se extiende del Báltico a los Cárpatos, no es Polonia. Pero por esta misma razón es un sueño vacío el de una “Austria eslava”; porque sin la supremacía de los alemanes y magiares, sin los dos centros –Viena y Budapest- Austria se derrumbará otra vez, como lo demuestra su historia entera hasta hace unos meses. De manera que la realización del paneslavismo tiene que reducirse al amparo ruso de Austria. De ahí que los paneslavistas abiertamente revolucionarios tenían razón cuando pedían la conservación de la monarquía dual; era la única manera de salvar algo. Pero los llamados paneslavistas democráticos estaban ante un serio dilema: abandonar la Revolución para salvar, por lo menos en parte, su nación, manteniendo la monarquía dual, o abandonaban su nación y salvaban la Revolución con la caída de la monarquía dual. La suerte de la revolución de Europa oriental dependía entonces de la posición de los checos y de los

eslavos del sur. ¡No olvidaremos que en el momento decisivo traicionaron la Revolución entregándola a Petersburgo y Ölmütz por sus mezquinas aspiraciones nacionales!

¿Qué diría la gente si el partido democrático alemán encabezase su programa con la exigencia de la devolución de Alsacia, Lorena y Bélgica, que pertenecen claramente a Francia, con el pretexto de que la mayoría de la población es allí alemana? ¿Qué ridículos quedarían los demócratas alemanes si quisiesen crear una alianza pangermana, germano-danesa-sueco-inglesa-holandesa para la “liberación” de todos los países de habla alemana! Afortunadamente la democracia alemana está mucho más allá de estos ensueños. Los estudiantes alemanes de 1817 y 1830 tenían entusiasmos reaccionarios parecidos y hoy en Alemania se los juzga de acuerdo con ellos. La revolución alemana nació, la nación alemana comenzó a ser algo cuando se renunció por completo a esas futilidades.

Pero el paneslavismo es tan infantil y reaccionario como el pangermanismo. Al leer la historia del movimiento paneslavista de la primavera pasada en Praga, uno se siente como llevado treinta años atrás: cintas tricolores, ropas a la francesa, masas a la eslava, una restauración completa de la época y formas de la selva primitiva. La *Swornost* es una verdadera asociación de estudiantes, el Congreso Eslavo es una edición nueva del Festival del Wartburg. Están los mismos lemas, la misma sensiblería, los mismos lamentos posteriores: “Hemos construido una mansión”, etc. El que quiera leer esta famosa canción en prosa eslava que lea el folleto de Bakunin.

Así como la Asociación de Estudiantes Alemanes produjo a la larga la ideología contrarrevolucionaria más decidida, el odio más feroz contra los franceses y el nacionalismo más estrecho, así como terminarían por traicionar todo lo que habían pretendido que los embelesaba, de la misma manera, sólo que más rápidamente, ya que 1848 fue un año revolucionario, la capa democrática de los paneslavistas se volvió pronto odio fanático a los alemanes y magiares, oposición indirecta al restablecimiento de Polonia (Lubomirski) y unión indirecta con la contrarrevolución.

Cuando algunos demócratas eslavos honestos llaman a los eslavos austriacos a unirse a la revolución, a considerar la monarquía dual austriaca como su mayor enemigo, y aun a unirse a los magiares por la Revolución, nos recuerdan a la gallina que corre alrededor de la laguna horrorizada por los patos que ha empollado y que se van súbitamente a un medio al que ella no puede seguirlos.

Por lo demás, no tengamos esperanzas. Porque cualquier nación paneslavista, es decir, una nación eslava universal, fantástica, tiene precedencia sobre la Revolución. Los paneslavistas quieren unirse a la Revolución con la condición de que se permita organizarse en estados eslavos independientes a todos los eslavos sin excepción, sin tener en cuenta las necesidades materiales. ¡Qué lejos hubiésemos ido en marzo los alemanes si hubiésemos tratado de imponer las mismas fantásticas condiciones! Pero la Revolución no permite poner condiciones. Se es revolucionario y se aceptan las consecuencias de la Revolución, las que fueren, o uno cae en los brazos de la contrarrevolución y una mañana, quizás sin quererlo, se encuentra del brazo con Nicolás y Windischgrätz.

Nosotros (los alemanes) y los magiares deberíamos garantizar su independencia a los eslavos austriacos –según Bakunin-, y gente del calibre de Ruge es capaz de haberlo prometido en privado. Piden que nosotros y otros pueblos revolucionarios de Europa garanticemos una existencia sin estorbos a estos baluartes de la contrarrevolución, la libertad de portar armas y de conspirar contra la Revolución. Quieren que creemos un imperio checo contrarrevolucionario en el corazón de Alemania, que terminemos con la fuerza de las Revoluciones alemana, polaca y magiar poniendo entre ellas avanzadas rusas en el Elba, los Cárpatos y el Danubio.

Ni pensarlo. A los lemas sentimentales de hermandad que nos llegan en nombre de las naciones contrarrevolucionarias de Europa, contestamos que el odio a Rusia era y sigue siendo la primera pasión revolucionaria de los alemanes; que desde la Revolución se le ha agregado el odio a los checos y croatas, y que nosotros, junto con los polacos y magiares, afir-

maremos la revolución, mediante el terror más decidido, contra estos pueblos eslavos. Ahora sabemos dónde están concentrados los enemigos de la Revolución: en Rusia y en los países eslavos de Austria; y ni los lemas ni las promesas de un incierto futuro democrático nos impedirán tratar a nuestros enemigos como enemigos.

Bakunin exclama finalmente: “¡En verdad que el eslavo no ha de perder nada, por el contrario ha de ganar! ¡En verdad ha de vivir! Y viviremos. Y en tanto se nos niegue el menor de nuestros derechos, en tanto que a uno solo de los miembros de nuestro cuerpo colectivo se lo mantenga separado o se lo separe, entonces peharemos hasta el fin, constantemente a muerte, hasta que el eslavismo esté libre e independiente ante el mundo”. Si el paneslavismo toma verdaderamente esta posición y deja la Revolución fuera de su fanatismo nacionalista, entonces nosotros sabremos también qué hacer.

Entonces la guerra. “Una pelea continua a muerte” con el eslavismo, que traiciona a la Revolución, una lucha de aniquilamiento y terrorismo sin piedad, no por Alemania sino por la Revolución.

El Paneslavismo y la guerra de Crimea

Neue Oder-Zeitung, 21 de abril de 1855.- Las fuentes más fidedignas nos aseguran que el zar ruso actual ha enviado a ciertas cortes un telegrama en el que, entre otras cosas, declara que: “En el momento en que Austria se alíe irrevocablemente con Occidente, o cometa cualquier acto de hostilidad declarada contra Rusia, Alejandro II se pondrá a la cabeza del movimiento paneslavista y cambiará su título de Emperador de todas las Rusias por el de Emperador de todos los eslavos”. Esta declaración de Alejandro, si es cierta, es la primera palabra clara desde que comenzó la guerra; es el primer paso para dar a la guerra, con franqueza y abiertamente, el carácter europeo que ha estado emboscado en toda clase de pretextos y simulaciones, protocolos y tratados, frases de Vatel y citas de Puffendorf. La inde-

pendencia y la existencia de Turquía pasan a segundo término. Ya no se trata de quién gobernará Constantinopla sino de quién mandará a Europa toda. La raza eslava dividida durante mucho tiempo por disputas internas, rechazada hacia el este por los alemanes, subyugada, en parte, por los turcos, alemanes y húngaros, que agrupó sus ramas silenciosamente desde 1815, con el crecimiento gradual del paneslavismo, afirma su unidad, y al hacerlo declara la guerra a cuchillo a las razas romano-célticas y germana que han gobernado Europa hasta ahora. El paneslavismo no es un movimiento para la independencia nacional; es un movimiento para deshacer lo creado por mil años de historia; que no puede realizarse sin borrar del mapa de Europa a Hungría, Turquía y a una gran parte de Alemania. Además, debe subyugar a Europa para asegurar la permanencia de estos resultados, si los obtiene alguna vez. El paneslavismo, de credo, se ha convertido en programa político con ocho millones de bayonetas que lo apoyan.

Le deja a Europa una sola alternativa: la sumisión al yugo eslavo o la destrucción, definitiva, del centro de su fuerza ofensiva, es decir, Rusia. La próxima pregunta es: “¿Cómo afectará a Austria el paneslavismo equipado a la rusa?”

De los setenta millones de eslavos que viven al este de la selva bohemia y los Alpes Carintios, unos quince millones son súbditos del emperador austriaco, comprendiendo variedades de casi todas las lenguas eslavas. La rama bohemia o checa (seis millones) cae exclusivamente en el dominio austriaco; la rama polaca está representada por unos tres millones de galizios; la rusa por tres millones de malo-rusos (rusos rojos, ruteños) en Galizia y el noreste de Hungría, la única tribu rusa fuera del seno del imperio ruso; la rama eslava del sur por unos tres millones de eslovenos (carintios y croatas) y servios, incluyendo algunos búlgaros dispersos. Estos eslavos austriacos son de dos clases distintas. Una parte de ellos son los restos de tribus cuya historia pertenece al pasado, y cuya evolución actual está ligada a la de naciones de diferente raza e idioma; y para completar su posición desgraciada, estas infelices reliquias de grandezas pasadas no tienen siquiera una organización nacional en

Austria, sino, por el contrario, están divididas en distintas provincias. Así, los eslovenos, aunque apenas son un millón y medio, están dispersos en las distintas provincias de Carniola, Carintia, Estiria, Croacia, y en el sudeste de Hungría. Los bohemios, aunque son el grupo de eslavos austriacos más numeroso, están parte en Bohemia, parte en Moravia, y parte (la rama eslovaca) en el noreste de Hungría. Estos pueblos, por lo tanto, aunque viven exclusivamente en tierra austriaca, están lejos de ser reconocidos como constituyendo naciones separadas. Son considerados apéndices dependientes de las naciones alemana o húngara, y en realidad no son otra cosa.

La segunda parte de los eslavos austriacos está compuesta por fragmentos de distintas tribus, que en el transcurso de su historia se separaron del cuerpo principal de su nación, y que de esa manera tienen su centro de gravedad fuera de Austria. Así los polacos austriacos tienen su centro de gravedad natural en la Polonia rusa; los rutenos en las otras provincias malo-rusas unidas a Rusia; los servios en el principado servio bajo autoridad turca. Es evidente que estos pedazos arrancados a sus respectivas naciones seguirán gravitando cada uno hacia su centro natural, y es cada vez más evidente a medida que se extiende la civilización entre ellos y con ella la necesidad de una actividad histórica nacional. De cualquier manera, los eslavos austriacos son *disjecta membra*, buscando reunirse entre sí o con el cuerpo principal de sus naciones dispersas.

Por esta razón el paneslavismo es un descubrimiento austriaco y no ruso. Las diferentes tribus eslavas de Austria están empezando a trabajar por una unión de todas las tribus eslavas de Europa con vistas a la restauración de cada nación eslava.

Rusia era fuerte de por sí; Polonia probó la tenacidad de su vida nacional y al mismo tiempo su enemistad declarada hacia la Rusia eslava. Evidentemente, ninguna de estas dos naciones era la llamada a inventar el paneslavismo. Sin embargo, los servios y los búlgaros de Turquía eran demasiado bárbaros para concebir la idea. Los búlgaros se subordinaron tranquila-

mente a los turcos; los serbios, a su vez, estaban demasiado ocupados en la lucha por su propia independencia.

Neue Oder-Zeitung, 24 de abril de 1855.- La primera forma de paneslavismo austriaco fue literaria. Sus creadores fueron Dobrovsky, bohemio fundador de la filología científica de los dialectos eslavos, y Kolar, poeta eslovaco de los Cárpatos húngaros. En Dobrovsky fue el entusiasmo del descubridor científico; en Kolar predominaron pronto las ideas políticas. Pero el paneslavismo se contentaba todavía con chapalear rumores elegíacos; los temas de su poesía eran la grandeza del pasado, la vergüenza, la desgracia y la opresión del momento. “¿No hay, Señor, un hombre sobre la tierra que dé a los eslavos lo que es suyo?” Todavía no se mencionaba el sueño de un imperio eslavo que dictara leyes a Europa.

Pero pronto pasó el periodo de los lamentos, y con él el grito único de “¡Justicia para los eslavos!” La investigación histórica sobre la evolución política, literaria y lingüística de la raza eslava progresó mucho en Austria. Schafarik, Kopitar y Miklosich, como lingüistas, y Palacky como historiador, tomaron la delantera seguidos por una multitud de hombres con poco o ningún talento científico, como Hanka y Gaj y otros. Las épocas gloriosas de la historia bohemia y servia se pintaban con colores brillantes, contrastando con el estado degradado y arruinado de esas naciones en el momento. Así como en Alemania la “filosofía” era el pretexto bajo cuya protección se hacía el análisis crítico de la política o la religión, en Austria, bajo la mirada misma de Metternich, los paneslavistas usaban la filología como excusa para predicar la doctrina de la unidad eslava, y para crear un partido político con la intención inequívoca de trastornar las relaciones de todas las naciones de Austria e instituir un gran imperio eslavo en su lugar.

La confusión lingüística que reina al este de Bohemia y Carintia hasta el mar Negro, es verdaderamente asombrosa. El proceso de desnaturalización entre los eslavos próximos a Alemania, el lento pero ininterrumpido avance de los alemanes, la

invasión de los magiares que separó a los eslavos del sur y del norte con una masa compacta de siete millones de personas de raza fina, la mezcla de turcos, tártaros, valacos con las tribus eslavas, produjeron una babel lingüística. El idioma varía de aldea en aldea, casi de finca a finca. De cinco millones de habitantes, Bohemia sólo tiene dos millones de alemanes junto a tres millones de eslavos, rodeados además, por tres lados, por alemanes. Lo mismo sucede con todas las tribus eslavas austriacas. Devolver a los eslavos toda la tierra y los territorios de origen eslavo, convertir a Austria, con excepción del Tirol y Lombardía, en un imperio eslavo —la meta de los paneslavistas— es querer anular la evolución histórica de los últimos mil años, es querer separar un tercio de Alemania, toda Hungría y convertir a Viena y Budapest en ciudades eslavas, es un expediente, en fin, con el que no han de simpatizar los alemanes y los húngaros que son dueños de estos distritos. Además, la diferencia entre los dialectos eslavos es tan grande, que con algunas excepciones, son ininteligibles entre sí. Esto se mostró de manera graciosa en el Congreso Esloveno de Praga de 1848, donde después de algunos intentos infructuosos de encontrar un idioma comprensible para todos los congresales, tuvieron que usar la lengua más odiada por todos ellos, el alemán.

Así vemos cómo al paneslavismo austriaco le faltaban los elementos esenciales del éxito: apoyo de la masa y unidad. No tenía apoyo de la masa porque el partido panesloveno consistía solamente en una parte de las clases educadas, y no tenía arraigo en las masas y, en consecuencia, fuerza alguna capaz de resistir al gobierno húngaro y Alemania y Hungría, países con los que iba a competir. No tenía unidad porque su principio concertante era un ideal tan sólo, que al primer intento de realizarlo se destruyó debido a la diversidad del idioma.

En realidad, mientras el paneslavismo fue un movimiento limitado a Austria, no ofreció demasiado peligro, pero pronto encontró el centro mismo de unión y el apoyo de masas que le faltaba. El levantamiento nacional de los servios turcos, a principios de siglo, había hecho tomar conciencia a los rusos de que existían unos siete millones de eslavos en Turquía, cuyo

idioma era entre todos los eslavos el que más se parecía al ruso. Su religión y su idioma santo –antiguo eslavo o eslavo litúrgico- eran iguales exactamente a los de Rusia. Fue entre estos servios y búlgaros entre los que el zar comenzó por primera vez una agitación paneslavista apoyada en su posición de cabeza y protección de la iglesia ortodoxa griega. Era natural, entonces, que apenas ganara terreno este movimiento paneslavico en Austria, Rusia extendiese con él las ramificaciones de su acción. Al encontrarse con eslavos católicos se abandonaba el planteamiento religioso; se describía a Rusia sólo como centro de gravedad de la raza eslava, como el núcleo alrededor del cual se unirían las razas eslavas renacidas, como el pueblo fuerte y unido que haría el gran imperio eslavo del Elba a China, y del adriático al mar polar. Aquí fue donde se encontraron el poder y la unidad que faltaban. El paneslavismo cayó en la trampa ensiguída. Así se juzgó a sí mismo. Para restablecer naciones imaginarias, los paneslavistas estaban dispuestos a sacrificar 800 años de participación verdadera en la civilización a la barbarie ruso-mongólica. ¿No es éste el resultado natural de un movimiento que empezó como una reacción decidida contra la corriente principal de la civilización europea y siguió luego tratando de invertir el curso de la historia del mundo?

Metternich reconoció muy bien, en su época de mayor poder, el peligro de las intrigas rusas. Se opuso al movimiento con todos sus medios. Pero los medios que él conocía pueden decirse con una palabra: eliminación. Los únicos medios adecuados –libertad de expansión del espíritu alemán y húngaro, más que suficientes para hacer desaparecer el espectro eslavo- no cabían en su sistema de política restringida. Así, a la caída de Metternich en 1848, el movimiento eslavo resurgió más fuerte que nunca y comprendió a una población mayor aún. Pero aquí se hizo evidente su carácter netamente reaccionario. Mientras los movimientos alemán y húngaro de Austria eran decididamente progresistas, los eslavos salvaron al viejo sistema de la destrucción, permitieron a Radetzky avanzar en el Mincio y a Windischgrätz conquistar Viena. Y para completar el drama y la dependencia austriaca de la raza eslava, el ejército ruso, la gran

reserva eslava, descendió sobre Hungría en 1849 y decidió la guerra de Austria con una paz impuesta.

Pero si la adhesión del movimiento paneslavo a Rusia fue su autocondenación, Austria admitió su falta de vitalidad también al aceptar, hasta provocar, la ayuda eslava contra las tres únicas naciones de sus dominios que tienen y demuestran vitalidad histórica, esto es, los alemanes, italianos y húngaros. Desde 1848 esta deuda con el paneslavismo ha mantenido a Austria ligada, y la conciencia de esto ha sido el resorte de la política austriaca. El primer movimiento de Austria fue reaccionar contra los eslavos de su territorio, pero esto requería la adopción de una política parcialmente progresista. Se abolieron los privilegios principales de todas las provincias; se reemplazó la administración central por la federal; y solamente se reconocería una nación austriaca artificial en lugar de todas las naciones distintas. Aunque estos cambios estaban dirigidos también en algún grado contra las naciones alemana, italiana y húngara, pesaban más en las menos compactas tribus eslavas, y daban al elemento alemán una preponderancia considerable.

Una vez eliminada la dependencia local de los eslavos, quedaba la dependencia de Rusia; y con ella la necesidad, por lo menos momentánea y en cierto grado, de terminar con esta dependencia directa y humillante. Esta era la razón verdadera de la vacilante, pero por lo menos declarada política antirrusa de Austria respecto de la cuestión oriental. Por otra parte, el paneslavismo no ha desaparecido; ha sido herido gravemente, se queja, se detiene, y desde la intervención de Hungría ve al zar ruso como a su Mesías. No es asunto nuestro decidir si Austria puede contestar con concesiones en Hungría y Polonia sin poner en peligro su vida si Rusia se presenta abiertamente como cabeza del paneslavismo. Lo cierto es que ya no es Rusia, sino la conspiración paneslavista la que amenaza sentar sus reales sobre las ruinas de Europa. Con su fuerza innegable, la unión de todos los eslavos obligará pronto a quien se le oponga a aparecer de una manera completamente distinta y nueva. En esta ocasión no hemos hablado de Polonia (para su honra habitualmente enemiga del paneslavismo), ni de la forma llamada democrática o so-

cialista del paneslavismo, que difiere fundamentalmente de la variedad rusa solamente en su idioma y su hipocresía. Hemos hablado poco también de la especulación abstracta alemana, que con sublime ignorancia ha descendido a órgano de la conspiración rusa. Volveremos en detalle sobre estas y otras cuestiones que hacen al paneslavismo.

Federico Engels

POLONIA, RUSIA Y LOS TRABAJADORES

EL DEBATE DE FRANKFURT SOBRE POLONIA

(Neue Rheinische Zeitung, nº 81)

Colonia, agosto 19 de 1848.- Hemos visto en detalle el informe del señor Stenzel, base del debate. Hemos probado cómo falseó la historia de Polonia y de los alemanes de Polonia, la vieja y la reciente; cómo confundió toda la cuestión, cómo el historiador Stenzel fue culpable de ignorancia y de falseamiento.

Antes de considerar el debate, tenemos que ver otra vez la cuestión polaca.

No tiene sentido considerar la cuestión de Posen aislada; no puede haber solución. Es parte de la cuestión polaca y puede resolverse solamente con ella. Las fronteras entre Alemania y Polonia sólo pueden decidirse si Polonia vuelve a existir.

¿Pero Polonia puede acaso levantarse, y lo hará? En los debates se negó esto.

Un historiador francés ha dicho: *Il y a des peuples nécessaires*: hay pueblos que son necesarios. El pueblo polaco está indudablemente entre los pueblos indispensables del siglo XIX.

Pero la existencia de Polonia no es más necesaria para otros que para nosotros, los alemanes.

Para empezar, ¿en qué se basó verdaderamente la fuerza de la reacción europea desde 1815, e incluso, en parte, desde la primera Revolución francesa? En la Santa Alianza ruso-

prusiana-austriaca. ¿Y qué une a la Santa Alianza? La división Polonia, de la que los tres aliados obtienen ventajas.

La grieta que hicieron a lo largo de Polonia las tres potencias es el lazo que las une; el robo en común las ha hecho responsables la una de la otra.

Desde la primera violación de Polonia, Alemania cayó bajo dependencia rusa. Rusia ordenó a Prusia y Austria que siguieran siendo monarquías absolutas y Prusia y Austria tuvieron que obedecer. Los débiles y tímidos esfuerzos para conquistar el poder, principalmente de la burguesía prusiana, fueron frustrados del todo por la imposibilidad de arrancar a Prusia de Rusia, del apoyo que dio Rusia a la clase feudal absolutista de Prusia.

A esto hay que agregar que desde las primeras tentativas de represión de los aliados, los polacos han estado peleando no sólo como insurrectos por su propia independencia, sino que se han levantado como revolucionarios contra las condiciones sociales internas.

La división de Polonia la logró la alianza de la alta aristocracia feudal polaca con las tres fuerzas divisoras. No fue algo progresivo, como afirmó el ex poeta señor Jordan, sino que fue el último recurso de una aristocracia para salvarse de una revolución; fue completamente reaccionaria.

El resultado de la primera división fue, naturalmente, una alianza de las otras clases, de los nobles, la burguesía ciudadana y de una parte de los campesinos, dirigida contra la alta aristocracia del país como contra los opresores de Polonia. La constitución de 1791 muestra cómo los polacos entendían ya entonces que su independencia externa era inseparable del derrocamiento de la aristocracia y de la reforma interna.

Los grandes países agrícolas entre el Báltico y el Mar Negro sólo pueden salir de su barbarismo feudal-patriarcal mediante una revolución que convierta a los campesinos —a los siervos o sujetos a prestaciones personales— en propietarios libres, una revolución que podrá compararse a la revolución francesa de 1789 en lo que hace al campo. La nación polaca, entre todos sus vecinos agricultores, tiene el honor de ser la primera

en proclamar esto. La primera tentativa de reforma fue la revolución de 1791. Leleweld proclamó la revolución agraria como la única manera de salvar al país en el levantamiento de 1830, pero el parlamento lo reconoció demasiado tarde; se volvió a declarar abiertamente en las revoluciones de 1846 y 1848.

Desde el día en que se los reprimió, los polacos se presentaron como revolucionarios y ligaron a sus opresores más fuertemente a la contrarrevolución; los obligaron a sostener el sistema feudal-patriarcal en sus otros dominios además de en Polonia. La lucha por la independencia de Polonia ha sido, en especial desde el levantamiento de Cracovia en 1846, la lucha por la democracia agraria también —la única posible en Europa oriental— contra el absolutismo feudal-patriarcal.

De manera que mientras ayudemos a eliminar a Polonia, mientras incorporemos una parte de Polonia a Alemania, nos mantendremos ligados a Rusia y a la política rusa; nos será imposible romper con el absolutismo feudal-patriarcal nuestro. La primera condición para la restauración de una Alemania democrática es la restauración de Polonia democrática.

El restablecimiento de Polonia y la fijación de sus fronteras con Alemania no sólo es necesario, sino que es la cuestión política más fácil de solucionar de las que han surgido en Europa oriental desde la Revolución. Más complicadas son las luchas por la independencia de los pueblos de las razas que están mezcladas completamente entre sí al sur de los Cárpatos; estas luchas costarán mucha más sangre, confusión y guerra civil, que la lucha por la independencia polaca y la determinación de los límites entre Alemania y Polonia.

Se sobrentiende que se trata del restablecimiento de un Estado viable y no de la restauración de una Polonia fingida. Polonia debe tener por lo menos la extensión de 1772, debe tener no sólo vertientes, sino también las desembocaduras de sus grandes ríos, y debe tener por lo menos una costa considerable sobre el Báltico.

Alemania podía haber garantizado todo esto a Polonia sin descuidar sus intereses propios y su honor, si después de la revolución hubiese tenido el coraje, por su propio interés, de

exigir a Rusia, con las armas en la mano, la devolución de Polonia. No hubiese sido difícil, y es evidente que la mezcla de alemanes y polacos a lo largo de las fronteras, en especial sobre la costa, hubiese traído concesiones mutuas, de manera que muchos alemanes hubiesen debido convertirse en polacos y muchos polacos en alemanes.

Pero después de la revolución a medias de Alemania, ha faltado el coraje para hacerlo. Se oyen discursos pomposos sobre la liberación de Polonia; viajeros polacos han sido aclamados en las estaciones de ferrocarril y han recibido muestras de simpatía calurosa del pueblo alemán (¿no las ha recibido todo el mundo siempre?). Pero ¿lanzarse a una guerra contra Rusia, poner en peligro todo el equilibrio de fuerzas de Europa y, encima, devolver un pedacito del territorio arrebatado? ¡Para creer que esto fuese posible habría que no conocer a nuestros alemanes!

¿Y qué significaría esta guerra con Rusia? La guerra con Rusia sería romper verdadera, completa y públicamente con todo nuestro pasado vergonzoso, significaría la liberación verdadera y la unificación de Alemania, el restablecimiento de la democracia sobre las ruinas del feudalismo y del fugaz sueño de dominación de la burguesía. La guerra con Rusia sería la única manera de salvar nuestro honor e intereses respecto de nuestros vecinos eslavos y en especial de los polacos.

Pero éramos y seguimos siendo filisteos. Hemos hecho un par de revoluciones, grandes y pequeñas, de las que nosotros mismos teníamos miedo antes de que terminaran. No sacamos más que unas migajas. La revolución redujo nuestro punto de vista en vez de ampliarlo. Todas las cuestiones se manejaron con un filisteísmo pusilánime, tonto, estrecho, de manera que se comprometieron así nuestros propios intereses otra vez. Por este filisteísmo mezquino la magnífica cuestión de la liberación de Polonia se redujo a frases mezquinas sobre la reorganización de una parte de la Provincia de Posen; nuestro entusiasmo por Polonia se convirtió en mucho ruido.

Repetimos que la única solución de conservar el honor de Alemania, los intereses de Alemania, era la guerra con Rusia. No se osó y vino lo inevitable: la soldadesca de la reacción

derrotada en Berlín levantó cabeza en Posen; con el pretexto de salvar el honor y la nacionalidad de Alemania levantó la bandera de la contrarrevolución, y eliminó a los revolucionarios polacos –nuestros aliados- y por un momento la Alemania engañada aplaudió a su enemigo victorioso. Se hizo la nueva división de Polonia, a la que ya sólo le faltaba la sanción de la Asamblea Nacional alemana.

Todavía quedaba una manera para que la Asamblea de Francfort reparase el daño hecho; podía haberse excluido todo el territorio de Posen de la Confederación alemana, y se hubiese declarado abierta la cuestión fronteriza polaca hasta el momento de poder tratarla en pie de igualdad con una Polonia restablecida.

¡Pero hubiese sido mucho pedir a nuestra Asamblea Nacional de Francfort, de profesores, abogados y clérigos! La tentación era demasiado grande: aquellos pacíficos ciudadanos, que nunca habían disparado un tiro, podían conquistar para Alemania ochocientos kilómetros cuadrados, podían incorporar ochocientos mil *Netzbrueder* –polacos alemanes, judíos y polacos- con sólo levantarse de sus asientos o quedarse sentados, aunque fuese a expensas del honor y los intereses verdaderos y permanentes de Alemania. ¡Qué tentación! Cayeron en ella, ratificaron la división de Polonia.

Mañana veremos con qué razones.

(*Neue Rheinische Zeitung*, n° 93,
3 de septiembre de 1848*)

Colonia, 2 de septiembre. El tercer día de debate da pruebas de un cansancio general. Los argumentos se repiten sin mejorarse, y si el primer honorable orador, que es el ciudadano *Arnold Ruge*, no volcara su abundante tesoro de nuevos fundamentos, los taquígrafos se echarían a dormir.

* Este artículo ha sido publicado por el Fondo de Cultura Económica, México, volumen 5, p.p. 152-157.

Pero el ciudadano Ruge conoce también sus méritos mejor que cualquier otro. Y promete

“poner en esto *toda* mi *pasión* y *todos* mis *conocimientos*”.

El orador presenta una propuesta que no es, sin embargo, una propuesta vulgar y corriente sino la única acertada, la *verdadera* propuesta absoluta:

“*Ninguna otra cosa puede ser propuesta ni es admisible. Es posible, señores, hacer otra cosa, ya que al hombre le es dable apartarse de lo acertado. Precisamente por poder apartarse de lo acertado posee el hombre libre arbitrio...; pero no por eso deja lo acertado de serlo. Y, en nuestro caso, lo que yo propongo es lo único acertado que se puede proponer.*” (Por tanto, esta vez, el ciudadano Ruge sacrifica su “libre arbitrio” a lo “acertado”).

Veamos ahora cuál es la pasión, cuáles son los conocimientos y qué es lo único acertado para el ciudadano Ruge.

“La supresión de Polonia constituye un desafuero infame porque viene a oprimir un valioso desarrollo de la nación que había adquirido grandes méritos ante la familia de pueblos de Europa y que representa una fase de la existencia medieval, la esencia caballescaca, llevada hasta una figura brillante. La República de la Nobleza ha sido interrumpida por el despotismo y obligada a llevar a cabo su propia existencia interior, que podría haber seguido adelante mediante la Constitución que se había abierto paso en los tiempos revolucionarios.”

La nacionalidad del sur de Francia no se hallaba, en la Edad Media, más cerca de la del Norte de Francia de lo que la nacionalidad polaca se halla ahora con respecto a Rusia. La nación del sur de Francia, vulgo provenzal, no sólo tenía en la Edad Media un “valioso desarrollo”, sino que figuraba incluso a la cabeza del desarrollo de Europa. Fue la primera de las naciones modernas que contó con una lengua culta. Su poesía estaba al servicio de todos los pueblos latinos, e incluso constituía un ejemplo único, en aquel entonces, para los alemanes y los ingle-

ses. Compitió en el desarrollo de la nobleza feudal con los castellanos, los franceses del Norte y los normandos ingleses; en la industria y el comercio nada tenía que envidiar a los italianos. No sólo desarrolló hasta “brillar” “una fase de la existencia medieval”, sino que llegó incluso a despedir un destello del viejo helenismo en lo más profundo de la Edad Media. La nación del sur de Francia, por tanto, no sólo se hizo grande, sino que contrajo incontables “méritos” para con “la familia de pueblos de Europa” y, sin embargo, al igual que Polonia, fue repartida entre el norte de Francia e Inglaterra y, más tarde, sojuzgada por los franceses del Norte. Desde la guerra de los albigenses * hasta Luis XI, los franceses del Norte, que en el terreno de la cultura iban tan retrasados respecto de sus vecinos del Sur como los rusos respecto de los polacos, sostuvieron contra los franceses del Sur guerras ininterrumpidas de sojuzgamiento y acabaron por someter a todo el país. La “República de los nobles” (denominación absolutamente justa en cuanto al apogeo) del Mediodía de Francia “fue impedida por el despotismo de Luis XI, empeñado en llevar a cabo su propia abolición interior, que, gracias al desarrollo de la burguesía de las ciudades, habría resultado por lo menos tan posible como lo fue la destrucción de la república polaca de los nobles gracias a la Constitución de 1791 **”.

* Las persecuciones contra la secta de los albigenses tuvieron lugar de 1209 a 1229 debido a los señores feudales del Norte de Francia. El movimiento albigense fue en lo fundamental una forma de oposición de la burguesía y los señores ministeriales contra la Iglesia y el estado feudal.

** La constitución polaca del 3 de mayo de 1791 daba satisfacción a las aspiraciones del sector más progresista de la nobleza polaca y de la burguesía urbana; en ella se establecía el veto libre (el principio de la unanimidad en los acuerdos del Sejm o parlamento) y la elegibilidad del monarca y se instituía un gobierno responsable ante el Sejm. Se declaraba a las ciudades libres de toda tutela feudal y se proclamaba la igualdad jurídica entre los campesinos y demás ciudadanos del Estado polaco. Aunque no implantaba la liberación económica de los campesinos, alivió las condiciones de la servidumbre. Esta Constitución restringía considerablemente el poder de la aristocracia y consideraba el poder central frente a la anarquía feudal. Era la Constitución más

Durante varios siglos los franceses del Sur lucharon contra sus opresores. Pero el desarrollo histórico era incontenible. Después de una lucha de trescientos años, su hermosa lengua se vio rebajada al rango del *patois* y ellos mismos se convirtieron en franceses. El despotismo de la Francia del Norte sobre la Francia del Sur duró trescientos años y solamente entonces pudieron los franceses del Norte reparar los quebrantos producidos por la opresión, al destruir los últimos restos de su autonomía. La Constituyente hizo pedazos las provincias independientes, el puño de hierro de la Convención convirtió por primera vez en franceses a los habitantes de la Francia meridional, entregándoles la democracia para indemnizarlos de la pérdida de su nacionalidad. Y lo que el ciudadano Ruge dice de Polonia es aplicable literalmente a la Francia meridional durante los trescientos años de opresión:

“El despotismo de Rusia no ha liberado a los polacos; la destrucción de la nobleza polaca y el destierro de tantas familias nobles de Polonia sólo ha servido para que en Rusia no se fundara ninguna democracia, ninguna existencia humana.”

Y, sin embargo, jamás se ha calificado la opresión de la Francia del Sur por los franceses del Norte como un “ignominioso desafuero”. ¿Cómo explicarse esto, ciudadano Ruge? Una de dos: o la opresión de la Francia meridional constituye un ignominioso desafuero, o la opresión de Polonia no es un desafuero ignominioso. Que el ciudadano Ruge elija.

Pero, ¿dónde reside la diferencia entre los polacos y los franceses del Sur? ¿Por qué la Francia meridional hubo de ser llevada a remolque por los franceses del Norte como un peso muerto, hasta su destrucción final, mientras que Polonia, por el

avanzada de Europa, después de la proclamada por la Revolución francesa. La Constitución de 1791 fue descartada dos años después por las injerencias de Catalina II de Rusia a favor de la aristocracia polaca. La ayudó en ello Prusia, al traicionar a sus aliados polacos, hacia los que se hallaba obligada por un tratado de 1790.

contrario, tiene ante sí todas las perspectivas de llegar a encontrarse perfectamente a la cabeza?

Como consecuencia de relaciones sociales que no podemos explicar más ampliamente aquí, la Francia meridional era la parte reaccionaria de toda la nación. Su contraposición a la Francia del Norte se transformó muy pronto en contraposición frente a las clases progresistas de todo el país. Fue ella, la Francia meridional, el principal sostén del feudalismo y ha seguido siendo hasta hoy la fuerza de la contrarrevolución, en Francia. En cambio, Polonia fue, en virtud de relaciones sociales que hemos explicado más arriba (en el núm. 81), la parte revolucionaria de Rusia, Austria y Prusia. La oposición que mantenía ante sus opresores era, al mismo tiempo, en el interior, la oposición frente a la alta aristocracia polaca. Incluso la nobleza, que en parte se mantenía todavía en terreno feudal, se unió, con una devoción excepcional, a la revolución democrática en el campo. Polonia se había convertido ya en el hogar de la democracia de la Europa oriental, mientras Alemania seguía haciendo tanteos dentro de la más banal ideología constitucional y de la ideología filosófica más delirante.

Es allí, y no en el desarrollo explosivo de la caballería, hace mucho tiempo enterrada, donde reside la garantía y donde hay que buscar el carácter ineluctable de la restauración de Polonia.

Pero el señor Ruge posee, además, un segundo argumento en pro de la necesidad de una Polonia independiente dentro de la “familia de los pueblos europeos”:

“La violencia ejercida contra Polonia ha hecho que los polacos se diseminaran por toda Europa; se han visto segregados por todas partes, animados por la cólera de la injusticia sufrida... De este modo, el espíritu polaco se ha humanizado y purificado, en Francia, en Alemania (¡?); la emigración polaca se ha convertido en *propagandista de la libertad*... Todo el ejército ruso (!!) se halla contaminado por las ideas modernas, gracias a estos *apóstoles de la libertad* que son los polacos... Yo respeto las honradas convicciones de los polacos, tal como las han manifestado por todas partes en Europa, haciendo a todo trance la *propaganda de la libertad*... Mientras resuene la voz de la

historia, los polacos se verán honrados por haber sido los pioneros, allí *donde lo han sido* (!!!)... Los polacos son el *elemento de libertad* proyectado sobre la civilización eslava, han *conducido hacia la libertad* al Congreso eslavo de Praga; han actuado en Francia, en Rusia y en Alemania. Los polacos constituyen, pues, un elemento activo incluso en el estado actual de la cultura; su acción es positiva, y lo es porque son necesarios y no se hallan, ni mucho menos, muertos.”

El ciudadano Ruge debe, pues, demostrar que los polacos: 1) son necesarios, y 2) que no están muertos. Y lo hace diciendo: “No se hallan muertos, precisamente porque son necesarios.”

Extraigamos del largo pasaje citado más arriba, en que se dice siete veces la misma cosa, las siguientes palabras: Polonia; elementos; libertad; propaganda; cultura; apostolado, y veamos lo que queda en pie de todo ese párrafo tan lleno de patetismo.

El ciudadano Ruge debe demostrar que la restauración de Polonia es necesaria. Y lo hace afirmando que los polacos no han muerto, sino que se hallan, por el contrario, muy vivos, actúan eficazmente, son los apóstoles de la libertad en toda Europa. ¿Y cómo han conseguido esto? La violencia, el ignominioso atropello de que han sido víctimas, los ha dispersado por toda Europa, provocando en ellos la cólera revolucionaria. Esta cólera ha “purificado” a los polacos en el exilio, y esta cólera purificada les ha permitido ser los “apóstoles” de la libertad y los “ha colocado en la primera fila de las barricadas”. ¿Qué se deduce de aquí? Que si libráis a Polonia del ignominioso desafuero, de la violencia sufrida por ella, si restauráis a Polonia la “cólera” desaparecerá, no podrá volver a ser purificadora; los polacos se reintegrarán a sus tierras y dejarán de ser, como lo son ahora, los “apóstoles de la libertad”. Si lo que los hace revolucionarios es únicamente “la cólera” provocada por el desafuero sufrido, lógicamente la reparación de la injusticia los hará reaccionarios. Si es solamente su resistencia a la opresión lo que mantiene vivos a los polacos, es evidente que suprimiendo la opresión morirán.

Por tanto, el ciudadano Ruge demuestra cabalmente lo contrario de lo que se propone demostrar; sus razones llevan a la conclusión de que el interés de la libertad y de la familia de los pueblos exige *que no sea restaurada*.

Y, al hablar de los polacos, el ciudadano Ruge sólo cita a la emigración, no ve más que la emigración en las barricadas; y esto, por lo demás, arroja una extraña luz sobre sus “conocimientos”. Estamos muy lejos de querer hablar en contra de la emigración polaca, que ha demostrado su energía y su valor en el campo de batalla y a lo largo de dieciocho años de conspiración en pro de Polonia. Pero, no podemos negarlo: quien conozca a la emigración polaca, sabe que dista mucho de ser un apóstol de la libertad y que no se halla, ni mucho menos, afectada por el mal de las barricadas, como de buena fe repite el ciudadano Ruge, siguiendo al ex-príncipe Lichnowski. La emigración polaca se ha mantenido, ha sufrido mucho y trabajado mucho por la restauración de Polonia. Pero, ¿acaso han hecho menos los polacos dentro de Polonia, acaso ellos no han desafiado peligros mayores, no han corrido el riesgo de ir a parar a los calabozos de Moabit y de Spielberg, acaso no han sufrido el *knut* y las minas de Siberia, las matanzas de Galicia y las bombas incendiarias prusianas? Pero todo esto, para el señor Ruge no existe, ni comprende tampoco que los polacos no emigrados han asimilado la cultura general europea mucho mejor, que sientan más las necesidades de Polonia, país en el que han vivido sin interrupción, de lo que demuestra la emigración casi toda ella, con excepción de Leleweld y Mierolawski. El ciudadano Ruge atribuye a la estancia de la emigración en el extranjero toda la inteligencia de que dan prueba los polacos o, para decirlo con sus palabras, “que ha llegado hasta los polacos y ha descendido sobre ellos”. En el núm. 81 hemos demostrado que los polacos no necesitaban documentarse acerca de las necesidades de su país gracias al contacto con los visionarios políticos franceses, que desde febrero han fracasado, al chocar contra los escollos de sus propios discursos, ni en sus relaciones con los profundos ideólogos alemanes, quienes todavía no han tenido ocasión de fracasar, porque la misma Polonia es la mejor escuela

para aprender lo que Polonia necesita. El mérito de los polacos consiste en haber sido los primeros en reconocer la única forma posible de liberación para todas las naciones eslavas y no, como el ciudadano Ruge se lo imagina, en haber importado a Polonia y a Rusia una serie de generalidades, tales como “la gran idea de la libertad política que ha madurado en Francia e incluso la filosofía aparecida en Alemania” (y en la cual el señor Ruge ha desaparecido).

Que Dios nos guarde de nuestros amigos, pues de nuestros enemigos procuraremos guardarnos nosotros mismos, eso es lo que los polacos pueden exclamar a la vista del discurso del ciudadano Ruge. Pero los polacos han tenido siempre la gran desgracia de verse defendidos por sus amigos no polacos, que han utilizado para ello los peores argumentos del mundo.

Es de todo punto característico de la izquierda de Francfort* el que, salvo contadas excepciones, se haya entusiasmado con el discurso del ciudadano Ruge sobre Polonia, en el que se dice lo siguiente:

“No pretendemos, ciudadanos, discutir en torno al punto de saber si lo que perseguimos es una monarquía democrática, una monarquía democratizada (!) o la democracia pura; en conjunto, queremos todos lo mismo: la libertad, la libertad del pueblo, la soberanía popular.”

¡Y se pretende que nosotros nos entusiasmemos con una izquierda que se ve transportada de júbilo cuando se dice que “en conjunto queremos todos la misma cosa”; es decir, lo mismo que quiere la derecha, que quieren los señores Radowitz, Lichnowski y Vincke; una izquierda que, en medio del entusiasmo, no se conoce a sí misma y olvida todo lo que es, apenas

* En la Asamblea Nacional de Francfort, la izquierda incluía dos facciones. El dirigente más destacado de la izquierda propiamente dicha era Robert Blum. La extrema izquierda, llamada partido demócrata-radical, contaba entre sus diputados a Arnold Ruge, Zitz, Simon, Schöffel y Trützschler. La Nueva Gaceta Renana sostenía a este partido, aun fustigando su indecisión y sus vacilaciones.

escucha fórmulas como las de “la libertad del pueblo” y la “soberanía popular”. Pero, dejemos a la izquierda y volvamos al ciudadano Ruge.

“Aún no se ha producido en el globo revolución más grande que la de 1848.”

“Es la más humana en sus principios” porque sus principios han nacido del encubrimiento de los intereses contrapuestos.

“La más humana en sus decretos y en sus proclamas”, porque éstas son una síntesis de las visiones filantrópicas y las frases sentimentales sobre fraternidad, que brotan de todas las cabezas europeas sin cerebro.

“La más humana en su existencia”, o sea, en las matanzas y los actos de barbarie ocurridos en la Posnania, en los incendios criminales de Radetzky, en el canibalismo de los crueles vencedores de las jornadas de junio en París, en las carnicerías de Cracovia y de Praga, en el reino generalizado de la soldadesca; en una palabra, en todas las infamias que hoy, 1 de septiembre de 1848, constituyen la “existencia” de esta revolución y han costado en cuatro meses más sangre que los años de 1793 y 1794 juntos.

¡Cuán “humano” es el ciudadano Ruge!

*La política internacional
y los trabajadores¹*

“Otra convicción, todavía, ha inspirado este mitin. (El del 28 de septiembre de 1864 en el Saint-Martin Hall de Londres). Si la emancipación de los trabajadores demanda, para ser asegurada, su concurso fraternal, ¿cómo pueden ellos cumplir esta gran misión si una política extranjera movida por criminales designios y poniendo en juego prejuicios nacionales derrocha en guerras de piratas la sangre y el dinero del pueblo? No es la prudencia de las clases gobernantes de Inglaterra, sino más bien la oposición de la clase obrera a su criminal locura lo que ha ahorrado a la Europa Occidental la infamia de una cruzada por el mantenimiento y el desarrollo de la esclavitud en el otro lado del océano. La aprobación sin pudor, la falsa simpatía o la indiferencia idiota con las cuales las clases superiores de Europa han visto a Rusia apoderarse del baluarte montañoso del Cáucaso y asesinar a la heroica Polonia; las usurpaciones inmensas realizadas sin obstáculo por esa potencia bárbara cuya cabeza está en Petersburgo y de la cual se encuentra la mano en

¹ Publicamos aquí, bajo el título de “La política internacional y los trabajadores”, un fragmento del extenso manifiesto inicial de la Asociación Internacional de Trabajadores nacida del mitin realizado el 28 de septiembre de 1864 en el Saint-Martin Hall, de Londres, y al que concurrió Marx especialmente invitado por los organizadores. Este documento, cuya redacción se encargó a Marx, comienza con un balance informativo sobre los padecimientos de la clase trabajadora en el período 1847 (Manifiesto Comunista) y 1864. Dice que al cabo de una lucha de 30 años la clase trabajadora inglesa arrancó al gobierno la jornada de 10 horas de labor y habla a renglón seguido de la “gran querrela entre la ley ciega de la oferta y la demanda, que es toda la economía política de la clase burguesa, y la producción social controlada y regida por la previsión social, que constituye la economía política obrera”. Finalmente, se refiere a la política internacional como tema y como problema del movimiento obrero, necesitado de estar al tanto de “los misterios de la política internacional”. (*Nota de Ediciones Libera.*)

todos los gabinetes de Europa, han enseñado a los trabajadores que les hacía falta ponerse al corriente de los misterios de la política internacional y vigilar la conducta diplomática de sus gobiernos respectivos, combatirla por todos los medios a su alcance y, en fin, mientras ellos sean impotentes para impedirla, entenderse para una protesta común y reivindicar las leyes de la moral y de la justicia, que deben gobernar las relaciones de los individuos, como la regla suprema de relaciones entre las naciones. Combatir por una política extranjera de esta naturaleza, es tomar parte en la lucha por la emancipación de los trabajadores. ¡Proletarios de todos los países: uníos!

¿Qué tienen que ver con Polonia
las clases trabajadoras?*

I

Señor: Cuando las clases trabajadoras comenzaron a tomar parte en movimientos políticos, desde el principio expresaron con pocas palabras el sentido de su política exterior: restablecimiento de Polonia. Ése fue el caso del movimiento Cartista, mientras existió; ése fue el caso de los trabajadores franceses mucho antes de 1848, así como en ese año memorable, cuando avanzaron sobre la Asamblea nacional, el 15 de mayo, al grito de *¡Vive la Pologne!* Así fue en Alemania, cuando en 1848 y 1849 los órganos de la clase trabajadora exigieron la guerra contra Rusia por la restauración de Polonia. Así es aún ahora; los trabajadores de Europa, con una excepción —sobre la que volveremos enseguida— declaran que la restauración de Polonia es uña y carne de su programa político, como la expresión más amplia de su política exterior. La clase media ha tenido y

* Artículo que originariamente asumió la forma de tres cartas dirigidas por Engels al director de la revista británica *Commonwealth*, ediciones del 24 y 31 de marzo y 5 de abril de 1866. (Nota de Ediciones Líbera)

tiene, también, “simpatía” por los polacos; lo que no le ha impedido dejar a los polacos en la estacada en 1831, en 1846, y en 1863. Ni siquiera les ha impedido dejar que los peores enemigos de Polonia, como Lord Palmerston, actuasen de manera que ayudaban efectivamente a Rusia mientras hablaban en favor de Polonia. Pero las clases trabajadoras son diferentes. Quieren la intervención, no la no-intervención: quieren la guerra con Rusia en tanto Rusia se entrometa con Polonia; y lo han probado cada vez que los polacos se levantaron contra sus opresores. La Asociación Internacional de Trabajadores ha dado recientemente expresión más concreta a este sentimiento instintivo universal del cuerpo que dice representar, inscribiendo en su bandera: “Resistencia a la intrusión rusa en Europa. Rehabilitación de Polonia”.

Este programa de la política exterior de los trabajadores de Europa occidental y central ha tenido el beneplácito unánime de la clase a la que estaba dirigido, con una excepción, como dijimos antes. Hay entre los trabajadores de Francia una minoría pequeña que pertenece a la escuela del fallecido P. J. Proudhon. Esta escuela difiere en *todo* de la generalidad de los trabajadores progresistas y reflexivos: los declara tontos ignorantes, y sostiene opiniones diferentes a las suyas sobre casi todas las cosas. También respecto de su política exterior. Los proudhonistas, al juzgar a Polonia, llegan al veredicto de “se lo merece”. Consideran a Rusia como la tierra del futuro, como la nación más progresista de la tierra, con la que no puede compararse un país miserable como los Estados Unidos. Han acusado al Consejo de la Asociación Internacional de establecer el principio bonapartista de las nacionalidades, y que el declarar a la magnánima Rusia fuera del seno de la Europa civilizada, constituye un pecado atroz contra los principios de democracia universal y de fraternidad de las naciones. Estas son las acusaciones. Aun sin considerar su fraseología democrática que llega al límite, ellos coinciden, como se verá enseguida, con lo que dice de Polonia y Rusia la extrema derecha de todos los países. No vale la pena refutar estas acusaciones; pero como vienen de una parte de las clases trabajadoras, aunque tan pequeña, puede ser

conveniente mostrar otra vez el pleito de Polonia y Rusia, y vindicar lo que podemos llamar en adelante la política exterior de los trabajadores unidos de Europa.

-¿Pero por qué citamos siempre sólo a Rusia respecto de Polonia? ¿No participaron del pillaje dos potencias alemanas, Austria y Prusia? ¿No tienen ellas también cautivas partes de Polonia, y no trabajan junto a Rusia para impedir los movimientos nacionales polacos?

Es sabido cómo ha luchado Austria para no intervenir en el asunto polaco; durante cuánto tiempo se opuso a los planes divisionistas de Rusia y Prusia. Polonia era el aliado natural de Austria contra Rusia. Cuando Rusia llegó a ser temible, nada podía interesar más a Austria que mantener a Polonia viva entre ella y el imperio naciente. Sólo cuando Austria vio que la suerte de Polonia estaba sellada, que con ella o sin ella las otras dos potencias estaban decididas a aniquilarla, sólo entonces y en defensa propia fue a por una parte de su territorio. Pero ya en 1815 estuvo por la rehabilitación de una Polonia independiente; en 1831 y en 1863 estaba dispuesta a ir a la guerra por eso, y a entregar su parte de Polonia si Inglaterra y Francia se le unían. Lo mismo durante la guerra de Crimea. Con esto no se quiere justificar la política general del gobierno austriaco. Austria ha demostrado con suficiente frecuencia que el oprimir a una nación más débil resulta agradable a sus gobernantes. Pero en el caso de Polonia el instinto de conservación era más fuerte que el deseo de más territorio o que las costumbres del gobierno. Y con esto Austria sale por ahora de la escena.

En cuanto a Prusia, su parte de Polonia es muy poca para pesar en la balanza. Su amiga y aliada, Rusia, ha actuado para descargarla de nueve décimos de lo que había conseguido en tres repartos anteriores. Pero lo poco que le queda le pesa como un ícubo. La ha atado al carro triunfal de Rusia, ha permitido a su gobierno, aún en 1863 y 1864, quebrantar la ley en la Polonia prusiana, infringir las libertades individuales, de derecho de reunión, de libertad de prensa, lo que le sucedería pronto al resto del país; ha falseado el movimiento liberal de la clase media, que por miedo de perder unos cuantos kilómetros cuadra-

dos de tierra en la frontera oriental, permitió al gobierno desconocer la ley en cuanto se trataba de los polacos. Los trabajadores de toda Alemania, no solamente de Prusia, tienen más interés que los de otros países en la rehabilitación de Polonia, y en cada movimiento revolucionario han mostrado que lo saben. La rehabilitación de Polonia es para ellos la emancipación de su país del vasallaje ruso. Y creemos que esto también elimina a Prusia de la escena. Cuando las clases trabajadoras de Rusia (si existe una cosa así en ese país, como se la entiende en Europa occidental) elaboren un programa político, y en ese programa esté la liberación de Polonia, entonces, pero no antes, Rusia como nación quedará también fuera de la escena y sólo el gobierno del zar será el acusado.

II

Señor: se dice que exigir la independencia de Polonia es aceptar el “principio de las nacionalidades” y que el principio de las nacionalidades es un invento bonapartista fabricado para apuntalar el despotismo napoleónico en Francia. Ahora bien ¿qué es el principio de las nacionalidades?

En los tratados de 1815 se fijaron los límites de los distintos Estados europeos para satisfacer la conveniencia diplomática, y en especial la de la potencia continental más fuerte, es decir, Rusia. No se tuvieron en cuenta los deseos, los intereses o las características nacionales de las poblaciones. Así se dividió a Polonia, se dividió a Alemania, se dividió a Italia, para no hablar de las naciones más pequeñas del Sudeste de Europa, de las que poca gente sabía algo entonces. La consecuencia fue que para Polonia, Alemania e Italia, el primer paso de cada movimiento político era intentar restablecer la unidad nacional sin la que la vida nacional era sólo un fantasma. Y cuando después de la eliminación de los intentos revolucionarios de Italia y España, 1821-23*, y otra vez después de la revolución de julio de

* En enero de 1820, un levantamiento militar en Madrid obligó a la monarquía española a poner nuevamente en vigor la constitución de-

1830, en Francia, se pusieron en contacto los políticos de la mayor parte de la Europa civilizada e intentaron preparar un programa común, la liberación y la unificación de las naciones oprimidas y divididas fue el santo y seña. Y así otra vez en 1848 aumentó en uno el número de las naciones oprimidas, esto es, Hungría. No podía haber dudas sobre el derecho de cada una de las grandes subdivisiones nacionales de Europa a obrar así, independientemente de sus vecinos, en todas las cuestiones internas, mientras no afectase la libertad de las demás. Este derecho era en realidad una de las condiciones fundamentales de la libertad interna de todos. Por ejemplo, ¿cómo podía Alemania aspirar a la libertad y a la unidad si ayudaba a Austria a mantener subyugada a Italia, directamente o mediante sus vasallos? ¡Pero si la primera condición para la unificación de Alemania es la disolución de la monarquía austriaca! Este derecho de las grandes subdivisiones de Europa a la independencia política, reconocido por la democracia europea, no podía dejar de ser reconocido especialmente por las clases trabajadoras. En realidad no era más que reconocer a otros grupos nacionales de indudable vitalidad el derecho a la existencia nacional independiente que reclamaban para sí los trabajadores de cada país. Pero este reconocimiento y esta simpatía para con estas aspiraciones nacionales estaban limitados a las grandes naciones europeas bien definidas históricamente; ellas eran Italia, Polonia, Alemania, Hungría. Francia, España, Inglaterra, Escandinavia, no estaban divididas ni bajo control extranjero, y por consiguiente no estaban demasiado interesadas en la cuestión. A Rusia podía describírsela tan sólo como la detentadora de una cantidad enorme de propiedad robada, que tendría que desembolsar cuando se ajustasen cuentas.

mocrática de 1820. Durante el verano de 1820, inspiradas por el ejemplo español, estallaron revoluciones en Nápoles y el Piamonte. En marzo de 1821 tropas austríacas se pusieron en movimiento para aplastar las revoluciones italianas, y en abril de 1823 Francia invadió España para abolir la constitución y restaurar al rey Fernando. (Nota de Penguin Books, *The First International and after*, vol. 3, p. 381)

Después del *coup d'état* de 1851, Luis Napoleón, el emperador “por la gracia de Dios y la voluntad nacional”, tuvo que buscar un nombre popular y democratizado que sonase bien para su política exterior. ¿Qué mejor que poner en sus banderas el lema del “principio de las nacionalidades”? Cada nación, árbitro de su propia suerte. Cualquier pedazo suelto de cualquier nación podría unirse a su madre patria. ¿Qué podía ser más liberal? Pero, fíjense que ya no se trata de *naciones* sino de *nacionalidades*.

No hay país en Europa que no tenga distintas nacionalidades bajo su gobierno. Los montañeses gaélicos y los galeses son indudablemente de distinta nacionalidad que los ingleses, aunque nadie llamaría naciones a los restos de estos pueblos del pasado, como tampoco a los célticos de la Bretaña francesa. Además, ninguna frontera coincide con el lazo natural de la nacionalidad, el idioma. Hay mucha gente fuera de Francia cuya lengua madre es el francés, así como hay mucha de habla alemana fuera de Alemania; y con seguridad esto sucederá siempre. Es consecuencia natural de la evolución histórica confusa y lenta por la que ha pasado Europa en los últimos mil años, el hecho que casi todas las grandes naciones hayan perdido algunos pedazos de su cuerpo, separados de la vida nacional, y en la mayor parte de los casos participado de la vida nacional de otro pueblo, de manera tal que ahora no quieren reincorporarse. Los alemanes de Suiza y Alsacia no quieren reincorporarse a Alemania, como tampoco los franceses de Suiza y Bélgica no quieren unirse políticamente a Francia. Por otra parte, resulta una ventaja el hecho de que distintas naciones constituidas políticamente, cuenten con elementos extranjeros que hacen de eslabones con sus vecinos y que alteran la monotonía que supone la uniformidad del carácter nacional.

Aquí vemos la diferencia entre el “principio de *nacionalidades*” y el viejo credo de la democracia y de la clase trabajadora del derecho de las grandes *naciones* europeas a separarse y gozar de una existencia independiente. El “principio de *nacionalidades*” deja de lado la gran cuestión del derecho a la existencia nacional de los pueblos históricos de Europa, y si no lo

hace, lo confunde. El principio de nacionalidades origina dos clases de problemas; primero, problemas de límites entre estos grandes pueblos de la historia; segundo, problemas sobre los derechos a la existencia nacional independiente de esas reliquias de pueblos numerosas y pequeñas, que después de haber estado en el escenario histórico, fueron absorbidas por una u otra de las naciones poderosas cuya fuerza les permitía vencer obstáculos más grandes. Lo significativo de Europa, la fuerza de un pueblo no es nada para el principio de nacionalidades; ante él los rumanos de Valaquia, que nunca tuvieron historia, ni la energía para tenerla, son tan importantes como los italianos que tienen una historia de dos mil años y una fuerza nacional constante; los de Gales y la isla de Man tendrían si lo quisiesen igual derecho a la existencia política independiente, por absurdo que fuese, que los ingleses. Todo el asunto es algo absurdo presentado con aspecto popular para engañar a los pueblos y para usarlo como haga falta o para dejarlo de lado si no conviene.

Por superficial que parezca, hacía falta una cabeza mejor que la de Luis Napoleón para inventarlo. El principio de las nacionalidades, lejos de ser una invención bonapartista para favorecer la resurrección de Polonia, no es sino una *invención rusa fabricada para destruir a Polonia*. Rusia ha absorbido la mayor parte de la antigua Polonia con el argumento –como veremos– del principio de nacionalidades. La idea tiene más de cien años y Rusia la usa ahora a diario. ¿Qué es el paneslavismo sino la aplicación por parte de Rusia y en favor de Rusia del principio de las nacionalidades, a los serbios, croatas, rutenos, eslovacos, checos y otros restos de viejos pueblos eslavos de Turquía, Hungría y Alemania? En este mismo momento el gobierno ruso tiene agentes entre los lapones del norte de Noruega y Suecia, tratando de crear la idea entre estos salvajes nómadas, de una “gran nacionalidad finesa”, que se rehabilitará en el extremo norte de Europa, con protección rusa, claro está. El “grito de angustia” de los lapones oprimidos suena muy fuerte según los rusos –pero no según estos nómadas oprimidos– y en realidad es una opresión intolerable querer que estos pobres lapones aprendan los idiomas civilizados de los noruegos o los suecos,

en vez de concretarse al suyo, bárbaro y medio esquimal. El principio de nacionalidades podía inventarse en Europa oriental sólo y, verdaderamente, por donde pasó una y otra vez la marea de las invasiones asiáticas durante mil años, y dejó en las orillas esos montones de ruinas mixtas de naciones que los etnólogos todavía no han podido distinguir bien, en las que viven mezclados en confusión interminable el turco, el magiar finés, el rumano, el judío y una docena de tribus eslavas. Este era el lugar para el principio de las nacionalidades, y enseguida veremos lo que hizo Rusia, a través del ejemplo polaco.

III

La doctrina de las nacionalidades aplicada a Polonia

Polonia, como casi todos los países europeos, está habitada por gente de diferentes nacionalidades. La masa de la población, el centro de su fuerza, son sin duda los propios polacos, que hablan el idioma polaco. Pero desde 1390 la Polonia propiamente dicha está unida al Gran Ducado de Lituania que formó, hasta la división última de 1794, parte de la República Polaca. Este Gran Ducado de Lituania estaba habitado por una gran variedad de razas. Las provincias del Norte, sobre el Báltico, eran de los *lituanos* propiamente dichos, un pueblo que hablaba un idioma distinto del de sus vecinos eslavos; estos últimos fueron conquistados, en su mayor parte, por inmigrantes alemanes, que a su vez encontraron difícil sostenerse frente a los Grandes Duques lituanos. Más al Sur y al Este del reino de Polonia actual, estaban los *rusos blancos*, que hablaban un idioma entre el polaco y el ruso, pero más parecido a este último; y, finalmente, las provincias del Sur estaban habitadas por los llamados *pequeños rusos*, cuyo idioma está considerado por los expertos como completamente diferente del gran ruso (el que llamamos simplemente ruso). Así vemos que los que dicen que exigir la rehabilitación de Polonia es recurrir al principio de nacionalidades no saben de qué están hablando, porque la reha-

bilitación de Polonia significa el restablecimiento de un estado formado por cuatro nacionalidades diferentes, por lo menos.

¿Dónde estaba Rusia cuando se formaba el estado polaco mediante la unión con Lituania? Bajo la bota del conquistador mongol, a quien los polacos junto con los alemanes habían devuelto al Este del Dnieper 150 años antes. Fue una lucha larga hasta que los Grandes Duques de Moscú sacudieron el yugo mongol y pudieron dedicarse a reunir los distintos principados de la gran Rusia en un Estado. Pero este éxito parece haber aumentado sus ambiciones. Apenas cayó Constantinopla, el Gran Duque moscovita puso en su escudo de armas el águila de dos cabezas de los emperadores bizantinos, declarándose así sucesor y vengador futuro, y desde entonces, como es sabido, los rusos todo lo hicieron por la conquista de Zarigrad, la ciudad del zar como llaman a Constantinopla en su idioma. Las llanuras fértiles de la Pequeña Rusia provocaron después su codicia anexionista; pero los polacos eran un pueblo fuerte y como siempre valiente, y sabían pelear por lo suyo y también vengarse; a principios del siglo XVII ocuparon Moscú algunos años.

La fuerza de Polonia desapareció con la desmoralización de la aristocracia gobernante, la falta de una clase media y las guerras constantes que devastaban el país. Un país que insistía en mantener intacto el sistema feudal de la sociedad, mientras que todos sus vecinos progresaban, formaban una clase media, desarrollaban el comercio y la industria y hacían grandes ciudades, un país así estaba condenado a la ruina. No hay duda de que los aristócratas arruinaron a Polonia y la arruinaron completamente; y después de hacerlo se lo reprocharon unos a otros, y se vendieron junto con su país a los extranjeros. La historia polaca de 1700 a 1772 no es más que un registro de la usurpación rusa, hecha posible por la corrupción de los nobles. Los soldados rusos ocupaban el país casi constantemente, y los reyes de Polonia, aunque no fuesen traidores espontáneos, quedaban cada vez con más a merced del embajador ruso. La partida había tenido tanto éxito y se había jugado durante tanto tiempo, que cuando finalmente se terminó con Polonia hubo en Europa menos reacción que asombro por la generosidad de Ru-

sia al darle a Austria y a Prusia un pedazo tan grande del territorio.

Es muy interesante la manera en que se hizo la división. Entonces había ya en Europa una “opinión pública” ilustrada. Aunque el *Times* no había empezado todavía a fabricar este artículo, existía una especie de opinión pública creada por la influencia inmensa de Diderot, Voltaire, Rousseau y los demás escritores franceses del siglo XVIII. Rusia supo siempre que es bueno tener la opinión pública consigo y se aseguró de que la tenía. La corte de Catalina II se convirtió en la central de los ilustrados del momento, en especial franceses; la emperatriz y su corte manifestaban los principios más ilustrados, y los engañaron tan bien que Voltaire y otros muchos cantaron las virtudes de la “Semíramis del Norte” y declararon a Rusia el país más progresista del mundo, la casa de los principios liberales, la campeona de la tolerancia religiosa.

Tolerancia religiosa: esa era la palabra que se necesitaba para derribar a Polonia. Polonia había sido siempre muy tolerante en cuestión de religión; véase cómo encontraron asilo allí los judíos a quienes perseguían en toda Europa. La mayor parte de los habitantes de las provincias del Este eran ortodoxos, mientras que los polacos propiamente dichos eran católicos. Durante el siglo XVI se había conseguido que una buena parte de los ortodoxos aceptasen la supremacía del Papa, y se los llamó ortodoxos unidos; pero muchos siguieron fieles en todo a su religión ortodoxa. Eran principalmente siervos y sus nobles amos, casi todos católicos, pertenecían por nacionalidad a la Pequeña Rusia. El gobierno ruso, que no toleraba en su país más religión que la ortodoxa, y castigaba la apostasía como un crimen; que conquistaba naciones extranjeras y anexaba provincias extranjeras a derecha e izquierda; y que en ese momento estaba ocupado en ajustar mejor las cadenas de los siervos rusos, este mismo gobierno ruso cayó pronto sobre Polonia, en nombre de la tolerancia religiosa, porque se decía que Polonia oprimía a los ortodoxos; en nombre del principio de nacionalidades, porque los habitantes de las provincias del Este pertenecían a la Pequeña Rusia, y entonces había que anexarla a la

Gran Rusia; y en nombre del derecho a la revolución, armando a los siervos contra sus amos. Rusia no es muy escrupulosa respecto de los medios que usa. Se habla de una guerra de clases como de algo muy revolucionario. Rusia organizó entonces una guerra así en Polonia hace casi cien años. ¡Y qué guerra de clases que resultó, con los soldados rusos y los pequeños rusos quemando juntos los castillos de los nobles polacos, sólo para preparar la anexión rusa, y una vez lograda, con los mismos soldados rusos reponer en el yugo de los nobles a los siervos!

Todo esto se hizo por la tolerancia religiosa, porque el principio de nacionalidades no estaba de moda en Europa occidental. Pero se lo exhibió a los campesinos de la Pequeña Rusia y desde entonces ha tenido importancia en los asuntos polacos. La ambición primera y principal de Rusia es unir todas las tribus rusas bajo el zar, que se hace llamar autócrata de todas las Rusias (*Samodergetz vsekh Rossyiskikh*), y entre todas incluye a Rusia Blanca y la Pequeña Rusia. Para probar que no tenía otras ambiciones se cuidó de anexar, durante las tres divisiones, solamente provincias Blancas y Pequeñas; dejando a sus cómplices la parte habitada por polacos y hasta un pedazo de la Pequeña Rusia (Galizia Oriental). ¿Y cómo están las cosas ahora? La mayor parte de las provincias anexadas por Austria y Prusia en 1793 y 1794 están ahora bajo dominio ruso, con el nombre de Reino de Polonia, y de tanto en tanto se hace decir a los polacos que si se someten a la supremacía rusa y renuncian a sus pretensiones de las antiguas provincias lituanas, pueden esperar la reunión de todas las otras provincias polacas y la rehabilitación de Polonia, con el emperador ruso por rey. Y si en la coyuntura actual Prusia y Austria llegan a las manos, es más que probable que la guerra no resultase por la anexión de Schleswig-Holstein a Prusia o de Venecia a Italia, sino más bien de la Polonia austriaca y quizá de una parte de la prusiana a Rusia.

Esto en cuanto al principio de nacionalidades en los asuntos polacos.

La misión europea de Polonia *

Hace unos treinta años estalló una revolución en Francia. Fue algo imprevisto por la Providencia de San Petersburgo, que acababa de convenir un pacto secreto con Carlos X para mejorar la administración y la geografía de Europa. En cuanto le llegaron las tristes nuevas al zar Nicolás, reunió a los oficiales de su guardia y los arengó breve y bélicamente, terminando con las palabras “¡A caballo, señores!” No era una amenaza vana. Enviaron a Paskievitch a Berlín, para dirigir la invasión de Francia. Pocos meses después estaba todo listo. Se esperaba que los prusianos desplegasen su concentración del Rin, que el ejército polaco entrase en Prusia y los moscovitas avanzasen en la retaguardia. Pero entonces, como dijo Lafayette en la cámara de diputados, “la avanzada se volvió contra la masa del ejército”; el levantamiento de Varsovia salvó a Europa de una segunda guerra antijacobina.

Dieciocho años más tarde hubo otra erupción del volcán revolucionario o, más bien, un terremoto que sacudió todo el continente. Hasta Alemania empezó a moverse, a pesar de que había sido mantenida constantemente pegada a las faldas de Rusia desde la llamada Guerra de la Independencia. Y lo que es más sorprendente, Viena fue la primera en probar las barricadas callejeras, y con éxito. Esta vez, quizá la primera en la historia, el ruso perdió la serenidad. El zar Nicolás arengó a sus guardias enseguida. Publicó un manifiesto a su pueblo diciendo que la peste francesa había llegado a infectar a Alemania, que se acercaba a las fronteras del imperio y que la Revolución en su delirio miraba con ojos arrebatados a la Santa Rusia. Esto no es raro, gritó. Durante años la misma Alemania había sido fermento de infidelidad. El cáncer de una filosofía sacrílega había llegado

* Discurso de Marx en un mitin en conmemoración del 4º aniversario del levantamiento polaco de 1863 celebrado en el Cambridge Hall, Londres, el 22 de enero de 1867. (Marx/Engels Internet Archiv)

a los órganos vitales de este pueblo, que parecía tan sano por fuera. Y terminaba con este mensaje a los alemanes: “¡Dios está con nosotros! ¡Oíd esto, infieles, y rendíos a nosotros, porque Dios está con nosotros!” Poco después envió a los alemanes otro mensaje, con su fiel servidor Nesselrode, pero lleno esta vez de ternura para con este pueblo pagano. ¿Por qué este cambio?

Porque la gente de Berlín no había hecho sólo una revolución, sino que también había proclamado la rehabilitación de Polonia, y los polacos de Prusia engañados por el entusiasmo popular comenzaban a construir campamentos militares en Posen. De ahí la amabilidad del zar. ¡Una vez más era Polonia, el caballero inmortal de Europa, el que infundía pavor al mongol! Solamente después que los alemanes traicionaron a los polacos, en especial la Asamblea Nacional Alemana de Francfort, Rusia recuperó su fuerza como para apuñalar a la Revolución de 1848 en su último refugio, Hungría. Y ahí el último hombre que dirigió una campaña contra Rusia fue un polaco, el general Bem.

Hoy hay todavía gente tan inocente que cree que todo habría sido diferente si Polonia hubiese dejado de ser “una nación necesaria”, como la llamó un escritor francés, incluso si Polonia fuese sólo un simple recuerdo sentimental. Y ustedes saben que los sentimientos y los recuerdos no se cotizan en la bolsa.

¿Pero yo pregunto, qué cambió? ¿Disminuyó el peligro? No, solamente que la ceguera intelectual de las clases dirigentes de Europa llegó a su cenit.

En primer lugar, la política de Rusia es inmutable, como ha admitido su historiador oficial, el moscovita Karamsin. Sus métodos, sus tácticas, sus maniobras pueden cambiar, pero la estrella polar de su política —el dominio del mundo— es una estrella fija. En nuestra época sólo un gobierno astuto que gobierna sobre masas bárbaras puede concebir y ejecutar un plan semejante. Como escribiera Pozzo di Borgo, el más grande diplomático ruso de los tiempos modernos, a Alejandro I, con ocasión del Congreso de Viena, Polonia es el gran instrumento para la ejecución de los designios rusos del mundo, pero es

también un obstáculo invencible para los mismos hasta el momento en que los polacos, agotados por las traiciones acumuladas de Europa, se conviertan en un látigo en manos del moscovita.

Ahora yo pregunto: ¿Ha intervenido algo que no fuera la disposición de ánimo polaca para frustrar los planes de Rusia o detener su acción? No hace falta decir que el progreso de sus conquistas en Asia ha sido continuo. No hace falta decir que la llamada guerra de Inglaterra y Francia contra Rusia dio a ésta la fortaleza montañosa del Cáucaso, el control del Mar Negro, y derechos marítimos que Catalina II, Pablo y Alejandro I habían tratado en vano de arrebatarse a Inglaterra. Los ferrocarriles unen y concentran sus fuerzas antes dispersas en una gran extensión. Sus reservas materiales en la Polonia Rusa, que constituye su campo fortificado en Europa, han aumentado enormemente. Las fortalezas de Varsovia, Modlin, Ivangorod —lugares elegidos por el primer Napoleón— controlan todo el curso del Vístula, y son una base formidable para ataques hacia el norte, oeste y sur. La propaganda paneslavista ha resultado en el debilitamiento de Austria y Turquía. Y en cuanto al significado de esta propaganda paneslavista se tuvo un adelanto en 1848-49, cuando invadieron Hungría, devastaron Viena y aplastaron Italia los eslavos que peleaban bajo las banderas de Jellachich, Windischgrätz y Radetzky. Además de todo esto, los crímenes de los ingleses contra los irlandeses han creado un aliado nuevo y fuerte para Rusia al otro lado del Atlántico.

El plan de la política rusa sigue inmutable; sus medios han aumentado considerablemente desde 1848, pero hasta ahora hay una cosa fuera de su alcance, y Pedro el Grande señaló este punto débil cuando escribió que para conquistar al mundo los moscovitas necesitaban solamente almas. El espíritu vivificador que necesita Rusia lo conseguirá cuando engulla a los polacos. ¿Qué habrá que poner en el otro plato de la balanza entonces?

Un europeo continental contestará tal vez que con la emancipación de los siervos Rusia puede pertenecer a la familia de las naciones civilizadas, que el poder de los alemanes, concentrado hace poco en manos de los prusianos, puede resistir

todos los ataques asiáticos y, finalmente, que la revolución social de Europa occidental terminará con el peligro de los conflictos internacionales. Un inglés que lea solamente el *Times* podrá decir que en el peor de los casos, por ejemplo, si Rusia toma Constantinopla, Inglaterra tomará Egipto y se asegurará así el camino a su gran mercado hindú.

Respecto del primer punto, la emancipación de los siervos liberó al gobierno de obstáculos que podían ponerle los nobles en su camino para la centralización de la acción. Creó una reserva grande para los reclutamientos del ejército, disolvió la propiedad comunal de los campesinos rusos, los aisló, y sobre todo fortaleció su fe en su Autócrata y Padrecito. No les quitó su barbarie asiática, la herencia pegajosa de siglos. Se castiga como un crimen cualquier intento de elevar su nivel moral. Sólo hace falta recordar la oposición a las asociaciones por la sobriedad, que trataron de separar al moscovita de lo que Feuerbach llama la sustancia material de su religión, la vodka. Cualesquiera sean los efectos futuros, por ahora, la emancipación de los siervos ha aumentado las fuerzas de que dispone el zar.

Pasemos a Prusia. De vasalla de Polonia pasó a ser una potencia de primer orden bajo los auspicios de Rusia y por la división de Polonia. Si Prusia perdiese mañana su presa polaca, se fundiría con Alemania en vez de tragársela. Para seguir siendo una potencia distinta de Alemania debe buscar el apoyo del moscovita. El aumento reciente de su fuerza no ha aflojado esta dependencia en absoluto, sino que más bien la ha hecho indisoluble y ha reforzado su antagonismo con Francia y Austria. Al mismo tiempo Rusia es la base donde se apoyan el poder arbitrario de los Hohenzollern y de sus vasallos feudales. Rusia es el escudo de Prusia contra la cólera popular. De manera que Prusia no es un baluarte contra Rusia, sino su instrumento predestinado para la invasión de Francia y la ingestión de Alemania.

En cuanto a la revolución social ¿qué quiere decir sino lucha de clases? Es posible que la lucha entre trabajadores y capitalistas sea menos cruel y sangrienta que las luchas entre los señores feudales y los capitalistas de Inglaterra y Francia. Espe-

remos que así sea. Pero de todas maneras, aunque una crisis de esta clase puede aumentar la energía de los pueblos occidentales, atraerá, como todos los conflictos internos, también la agresión exterior. Este conflicto dará a Rusia otra vez el papel que jugó en la guerra antijacobina y la Santa Alianza, el de salvador del Orden elegido por la Providencia. Llevará a las filas de Rusia a todas las clases privilegiadas de Europa. Ya durante la Revolución de Febrero, el conde de Montalembert no fue el único que puso la oreja en el suelo para oír el ruido lejano de los cascos cosacos. Los patanes Junkers prusianos no fueron los únicos que proclamaron al zar su “Padre y Protector” en los cuerpos representativos de Alemania. Todas las bolsas de comercio de Europa subían con las victorias rusas sobre los magiares y bajaban con sus derrotas.

Finalmente, en cuanto a lo que dice el *Times* –dejen a Rusia tomar Constantinopla si no impide a Inglaterra instalarse en Egipto- ¿qué quiere decir? Quiere decir que Inglaterra le dará Constantinopla a Rusia, si Rusia le permite oponerse a las reclamaciones de Francia por Egipto. Esta es la perspectiva agradable que nos presenta el *Times*. En cuanto al amor de Rusia por Inglaterra, por más afecto que le tenga a sus libras, chelines y peniques, es suficiente referirse a la *Moscow Gazette* de diciembre de 1851: “No, le llegará el turno a la pérfida Albión y dentro de poco no tendremos que hacer más acuerdos con esta gente, excepto en Calcuta.”

Sólo hay una alternativa para Europa. La barbarie asiática bajo conducción moscovita le caerá como una avalancha si no rehabilita a Polonia, poniendo así veinte millones de héroes entre ella y Asia y ganando tiempo para su renacimiento social.

Un llamamiento polaco *

Cuando el emperador ruso llegó a Inglaterra, toda la policía estaba en acción. Se decía que los polacos querían asesinarlo, que se había encontrado un nuevo Beresowski y que estaba mejor armado que en París. La policía rodeó con agentes de civil las casas de polacos conocidos; hasta se trajo al jefe de policía de París, que había vigilado a los allí exiliados. Los arreglos policiales a lo largo de la ruta del zar, de su residencia a la ciudad, se hicieron prácticamente de acuerdo con las reglas de la estrategia. Y todo para nada. No apareció ningún Beresowski, no se oyó ningún tiro. Y el zar, que no temblaba menos que su hija, la pasó sin más que el susto. Sin embargo, el trabajo no fue inútil, porque el zar dejó de propina cinco libras esterlinas para cada comisario y dos para cada inspector (cien y cuarenta marcos, respectivamente).

Mientras tanto, los polacos pensaban en otras cosas y no en el asesinato del noble Alejandro. La sociedad “El Pueblo Polaco”, publicó un “Llamamiento de los refugiados polacos al pueblo inglés”, firmado por el general B. Wroblewski, presidente, y J. Krynski, secretario. Esta arenga se distribuyó en grandes cantidades durante la estancia del zar en Londres. Con excepción del *Reynolds News*, la prensa de Londres se negó unánimemente a mencionarla. ¡No había que ofender al “huésped de Inglaterra”!

El llamamiento comienza señalando a los ingleses que el zar no los honra, sino que más bien los insulta al visitarlos, mientras se prepara en Asia central para terminar con el dominio inglés en la India, y que si en vez de caer en las redes de su seducción Inglaterra no fuese indiferente a las tentativas de independencia polacas, entonces ella y el resto de Europa podrían

* Escrito por Engels y publicado en *Volkstaat*, órgano del Partido de los trabajadores Socialdemócratas de Alemania, Leipzig, edición del 11 de junio de 1874. (Nota de Ediciones Líbera)

poner fin sin peligros a su enorme carrera armamentista. Y esto es cierto. Detrás del militarismo europeo está el militarismo ruso. Como reserva a favor de Francia en la guerra de 1859, en 1866 y 1870 a favor de Prusia, el ejército ruso hizo posible en cada oportunidad que la potencia militar principal venciese sola a su enemigo. Prusia, como la primera potencia militar, es creación directa de Rusia, aunque desde entonces creció demasiado para su santo patrono.

El llamamiento prosigue diciendo: “Por su posición geográfica y su disposición permanente para levantarse por la causa de la humanidad, Polonia ha sido y será el primer defensor de la justicia, de la civilización y el progreso social en todo el noreste de Europa. Polonia lo ha probado irrefutablemente con sus siglos de resistencia, por un lado a las invasiones de los bárbaros orientales, y por otro contra la inquisición que oprimió a casi todo el mundo occidental. ¿Por qué precisamente durante los momentos más decisivos de los tiempos modernos, los pueblos de Europa occidental pudieron dedicarse sin molestias al desenvolvimiento de sus fuerzas sociales vitales? Sólo porque en las fronteras orientales de Europa el soldado polaco estuvo en su puesto, siempre alerta, siempre listo a disparar, siempre listo a dar su vida, sus bienes. Europa debe agradecer a la protección de las armas polacas la posibilidad de evolucionar en el marco de su nueva vida, en las artes y las ciencias, durante el siglo XVI, el hecho de que el comercio, la industria y la riqueza pudiesen llegar a los asombrosos niveles actuales. ¿Qué hubiera pasado, por ejemplo, con el legado de la civilización ganado por occidente en dos siglos de trabajo, si los polacos, aunque amenazada su retaguardia por las hordas mongólicas, no hubiesen ayudado a Europa central contra los turcos, y no hubiesen terminado con la fuerza de los otomanos con su brillante victoria frente a los muros de Viena?”

La proclama desarrolla luego la necesidad de la resistencia polaca aún hoy para impedir que Rusia vuelque todas sus fuerzas hacia occidente. Se trata de una resistencia que consiguió desarmar a los aliados más peligrosos de Rusia, los agentes paneslavistas. El principal historiador ruso, Pogodin, dice, en un

libro publicado por orden y a expensas del gobierno ruso, que Polonia, hasta ahora una espina en la piel de Rusia, debe convertirse en su mano derecha, restaurándola como un reino pequeño y débil bajo un príncipe ruso. Así se cazarán a los eslavos turcos y austriacos: “Anunciaremos esto con una proclama; Inglaterra y Francia se morderán los labios, y será el golpe final para Austria... Todos los polacos, hasta los más irreconciliables, correrán a nuestros brazos; los polacos austriacos y prusianos se reunirán con sus hermanos. Todas las tribus eslavas oprimidas ahora por Austria —chechos, croatas, húngaros (!), hasta los eslavos turcos— suspirarán por el día en que puedan respirar tan libremente como lo harán entonces los polacos. Seremos entonces una raza de cien millones bajo un cetro y entonces vosotros, pueblos de Europa, ¡podréis venir a medir vuestras fuerzas con nosotros!” Por desgracia, a este plan tan bueno le falta su premisa básica: el consentimiento de Polonia. Pero “todo el mundo sabe que a estas tentaciones Polonia contestó: ‘He de vivir y viviré, si lo hago, no como instrumento de los planes de conquista de un zar extranjero, sino como un pueblo libre entre los pueblos libres de Europa’”.

El llamamiento detalla después cómo Polonia cumplió con su firme decisión. En un momento crítico de su existencia, al comienzo de la Revolución francesa, Polonia estaba ya mutilada por la primera división y separada en cuatro Estados. Sin embargo, tuvo el coraje, en su constitución de 1791, de poner la bandera de la Revolución francesa en el Vístula, hecho que la colocaba por encima de sus vecinos. Esto condenaba al antiguo desorden polaco. Unas cuantas décadas de evolución pacífica, sin molestias del exterior, y Polonia hubiese sido el país más avanzado y fuerte al Este del Rin. Pero las potencias divisoras no podían permitir que Polonia se levantase otra vez, y menos todavía permitirle revivir por la domesticación de la Revolución en el noreste de Europa. Su suerte estaba echada: los rusos hicieron en Polonia lo que las tropas prusianas, austriacas y alemanas habían tratado en vano de hacer en Francia. “Kosciusko peleaba al mismo tiempo por la independencia de Polonia y por el principio de igualdad. Y todo el mundo sabe que desde el

momento de la pérdida de su independencia nacional, y a pesar de la pérdida, Polonia ha sido la defensora principal de los derechos ofendidos, donde fuere, tomando parte en todas las batallas contra la tiranía, gracias a su amor patrio y a su solidaridad con todos los pueblos que luchan por la causa de la humanidad. Inquebrantable a pesar de su desgracia, inmovible por la ceguera y mala fe de los gobiernos europeos, Polonia no ha abandonado por un momento los deberes que se impuso por ella, su historia y su preocupación por el futuro.” Pero al mismo tiempo desarrolló los principios de acuerdo con los cuales debería organizar su futuro la nueva República Polaca. Esos principios se sentaron en las proclamas de 1830, 1845 y 1863. “El primer manifiesto proclamaba, además del derecho firme de Polonia a ser nación independiente, la *emancipación de los campesinos*. El manifiesto de 1845, publicado en tierra polaca en la entonces ciudad libre de Cracovia y respaldado por representantes de todas partes de Polonia, proclama no sólo este derecho a la emancipación, sino también el principio de que los campesinos *serán propietarios de la tierra* que cultivaron durante siglos. En las partes de Polonia robadas por los moscovitas, los terratenientes, basando su acción en estos manifiestos como base de la ley nacional polaca, decidieron solucionar estas cuestiones internas (1859-1863) que habían pesado sobre su conciencia, voluntariamente y de acuerdo con los campesinos, mucho antes de la llamada Proclama de la Emancipación zarista. La cuestión de la tierra polaca había sido resuelta en principio por la constitución del 3 de mayo de 1791. Si el campesino polaco, sin embargo, siguió oprimido, fue sólo por culpa del despotismo y maquiavelismo del zar, que basaba su dominio en la enemistad entre terratenientes y campesinos. Esta decisión, que se había tomado mucho antes de la proclama zarista del 18 de febrero de 1861, que fue aplaudida por Europa entera y que se suponía que daba a los campesinos igualdad ante la ley, fue máscara de uno de los intentos periódicos del zar para obtener más propiedad extranjera. Los campesinos polacos están ahora tan oprimidos como antes, pero *el zar es actualmente el propietario de la tierra*. Y como castigo por la sangrienta rebelión que Polonia llevó a ca-

bo en 1863 contra la extrema barbarie de sus opresores, tuvo que sufrir una serie de brutales torturas ante las cuales se estremecería hasta la tiranía de otros siglos.”

“Y sin embargo, ni el yugo cruel de los zares, aunque duró un siglo entero, ni la indiferencia de Europa, han podido matar a Polonia. Hemos vivido y viviremos por virtud de nuestra voluntad, por nuestra fuerza y nuestra evolución social y política, que nos pone por encima de nuestros opresores; su existencia está basada, de principio a fin, en la fuerza bruta, la cárcel y el cadalso; y sus instrumentos principales en el extranjero son las conspiraciones, las traiciones y finalmente, la conquista por la fuerza.”

Dejemos ahora el llamamiento pues deseamos relacionarlo con algunas observaciones acerca de la importancia que tiene la cuestión polaca para los trabajadores alemanes.

Hasta que tomó Polonia, Rusia fue un país tan extraeuropeo como, por ejemplo, Turquía, a pesar de su desarrollo y del aumento de su influencia en Europa desde Pedro el Grande (proceso en el que a pesar de conocer exactamente su posición, Federico II de Prusia tuvo un papel importante). La primera división de Polonia tuvo lugar en 1772. Ya en 1779 Rusia buscó y consiguió en la Paz de Teschen el derecho legal de intervenir en los asuntos alemanes. Eso debió haberle bastado a los príncipes alemanes; sin embargo, Federico Guillermo II —el único Hohenzollern que se opuso alguna vez, con seriedad, a la política rusa— y Francisco II, consintieron en la completa destrucción de Polonia. Además, después de las guerras napoleónicas, Rusia se quedó con la parte del león de las provincias que habían sido prusianas y austropolacas, y se convirtió en el árbitro de Europa, papel que jugó constantemente hasta 1853. Prusia estaba muy orgullosa de poder rebajarse ante Rusia; Austria lo hacía a disgusto, pero cediendo siempre por miedo a la Revolución, contra la que el zar seguía siendo el último recurso. Rusia se convirtió así en el santuario de la reacción europea sin renunciar por ello al placer de preparar las siguientes conquistas —en Austria y en Turquía— mediante la agitación paneslavista. Durante los años de revolución, la eliminación de Hungría por Rusia fue

un elemento tan decisivo en Europa central y oriental como la batalla de junio en París para Occidente; y cuando poco después el zar Nicolás juzgó en Varsovia al rey de Prusia y al emperador de Austria, se aseguró la preponderancia de la reacción europea junto con la preponderancia de Rusia en Europa. La guerra de Crimea libró a Occidente y a Austria de la insolencia del zar. Prusia y los pequeños estados de Alemania se humillaban de mejor gana ante él. Pero ya en 1859 castigó a los austriacos por su desobediencia, haciendo que sus vasallos no la apoyasen, y en 1866 Prusia terminó de disciplinar a Austria.

Ya hemos visto cómo el ejército ruso ha sido el pretexto y el sostén del militarismo europeo. En 1853 sólo porque Nicolás, apoyado por un millón de soldados —que por cierto, en su mayor parte existía únicamente en los papeles— desafió a Occidente, Luis Napoleón consiguió, con el pretexto de la guerra de Crimea hacer del ejército francés, entonces algo debilitado, el más fuerte de Europa. Sólo porque el ejército ruso impidió a Austria, en 1870, ponerse al lado de Francia, pudo Prusia vencerla y obtener como resultado la monarquía militar prusiano-germana. Vemos al ejército ruso detrás de todos estos actos de importancia vital para las naciones. Y si la evolución interna de Rusia no toma pronto un camino revolucionario, la victoria de Alemania sobre Francia traerá con seguridad una guerra entre Rusia y Alemania, como la victoria de Prusia sobre Austria en Sadowa trajo la guerra franco-prusiana.¹ Pero el ejército ruso estará siempre a la orden contra un movimiento interno revolucionario en Prusia. Hoy la Rusia oficial sigue siendo el santuario y escudo de la reacción europea, sus ejércitos son la reserva de todos los otros ejércitos que se ocupan de la eliminación de las clases trabajadoras de Europa.

Los trabajadores alemanes del llamado Imperio Alemán constituyen el próximo frente que se opone a este enorme ejército de opresión. Mientras los rusos apoyen a la burguesía y a los gobiernos de Austria y de Alemania, todo el movimiento la-

¹ Esto se afirmaba ya en el Segundo Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de Trabajadores, sobre la guerra franco-prusiana (fechado el 9 de septiembre de 1870).

borista alemán se entorpece. De ahí que nuestro primer objetivo consista en sacarnos de encima a la reacción rusa y al ejército ruso. Y para esto sólo tenemos un aliado de confianza, uno solo de quien fiarse en todos los casos: *el pueblo polaco*.

Polonia, más que Francia, por su evolución histórica y su situación actual, se enfrenta con la disyuntiva de hacerse revolucionaria o morir. Y esto termina con la tontería de decir que el movimiento polaco tiene un carácter esencialmente aristocrático. Hay muchos entre los emigrados polacos que tienen ambiciones aristocráticas, pero en cuanto Polonia misma empieza a moverse el movimiento se convierte en revolucionario por completo, como se vio en 1846 y 1863. Estos movimientos fueron no solamente nacionales, sino directamente conducidos a la liberación de los campesinos y a la obtención de la propiedad de sus tierras. En 1870 la mayor parte de los emigrados polacos se alistaron con la Comuna. ¿Fue algo propio de aristócratas? ¿No prueba que estos polacos están en la avanzada del movimiento moderno? ¿Qué pasó desde que Bismarck introdujo la *kulturkampf* en Polonia, cuando con el pretexto de atacar al Papa hizo desaparecer los libros polacos, eliminó el idioma polaco y realizó todo lo posible para echar a Polonia en brazos de Rusia? La aristocracia polaca se acercó cada vez más a Rusia para unir a Polonia, por lo menos bajo el dominio ruso. Las masas revolucionarias contestaron ofreciendo una alianza al Partido Laborista alemán, y peleando en las filas de la Internacional.

Polonia ha demostrado, desde 1863, y lo prueba cada día, que no puede morir. No puede negarse su reclamo de existencia independiente en la familia europea de naciones. Pero su rehabilitación se ha convertido en una necesidad, especialmente para dos pueblos: para los alemanes y para los mismos rusos.

Un pueblo que oprime a otros no puede emanciparse. La fuerza que emplea para eliminarlos se vuelve siempre y finalmente contra él. Mientras los soldados rusos estén en Polonia, el pueblo ruso no podrá liberarse ni política ni socialmente. Pero en el actual momento de la evolución rusa, es cierto que el día en que Rusia pierda a Polonia el movimiento revolucionario de la propia Rusia será suficientemente fuerte como para termi-

nar con este orden de cosas. La independencia de Polonia y la revolución rusa –que está más cerca de lo que parece, por el ilimitado desorden social, político y financiero y la corrupción de la Rusia oficial- significan para los trabajadores alemanes: la limitación de la burguesía, de los gobiernos y de la reacción en Alemania a sus propios recursos. Con estas fuerzas podremos vérnoslas a su tiempo.

POR POLONIA*

Carlos Marx y Federico Engels

Der Volkstaat, 24 de marzo de 1875

Este año, también, se celebró un mitin para conmemorar el levantamiento polaco del 22 de enero de 1863. Gran número de camaradas de nuestro partido alemán tomaron parte en esta conmemoración; muchos de ellos pronunciaron discursos, entre ellos Engels y Marx.

“Hemos hablado aquí”, dijo Engels, “de las razones por las que los revolucionarios de todos los países se ven obligados a simpatizar con, y a defender, la causa de Polonia. Sólo se ha olvidado un punto, y es éste: la situación política a la que ha sido llevada Polonia es una situación completamente revolucionaria, y no deja a Polonia más alternativa que ser revolucionaria o perecer. Esto se hizo evidente incluso después de la Primera

* Los siguientes discursos fueron pronunciados por Marx y Engels en un mitin internacional celebrado en Londres para conmemorar el duodécimo aniversario del levantamiento polaco del 22 de enero de 1863. Engels mismo escribió el relato de su discurso y del de Marx para *Der Volkstaat*, el órgano del Partido Socialdemócrata Obrero, y aquí están traducidos de los textos reproducidos en *MEW* 18. (Nota de Penguin Books, 1974, en *The First International and after*, p.p. 388-390, de cuya versión traducimos al español, E. M.)

Partición* , que se llevó a cabo por los esfuerzos de la nobleza polaca para preservar una constitución y unos privilegios que habían perdido el derecho a la existencia y eran perjudiciales para el país y para el orden general en lugar de preservar la paz y asegurar el progreso. Incluso después de la Primera Partición una parte de la aristocracia reconoció su error y se convenció de que Polonia sólo podía ser restaurada por medio de una revolución; y diez años más tarde vimos a Polonia luchando por la libertad en América. La revolución francesa de 1789 encontró eco inmediato en Polonia. La constitución de 1791, incorporando los derechos del hombre, se convirtió en la bandera de la revolución a orillas del Vístula e hizo de Polonia la vanguardia de la Francia revolucionaria, y esto en el momento en que las tres potencias que ya habían saqueado Polonia se estaban uniendo para marchar sobre París y ahogar la revolución allí. ¿Podían ellas permitir a la revolución ponerse al abrigo en el centro de la Coalición? ¡Imposible! Nuevamente se lanzaron sobre Polonia, esta vez con la intención de robarle completamente su existencia nacional. El desplegar la bandera revolucionaria fue una de las principales razones para subyugar a Polonia. Un país que ha sido fragmentado y borrado de la lista de las naciones porque ha sido revolucionario no puede buscar su salvación más que en la revolución. Y así encontramos a Polonia tomando parte en todas las luchas revolucionarias. Polonia entendió esto en 1863, y durante el levantamiento cuyo aniversario estamos celebrando hoy publicó el programa revolucionario más radical que jamás haya sido promulgado en la Europa del Este. Sería ridículo, porque haya un partido aristocrático polaco, mirar a los revolucionarios polacos como a aristócratas que quieren restaurar la Polonia aristocrática de 1772. La Polonia de 1772 está perdida para siempre. Ningún poder de la tierra será capaz de levantarla de la tumba. La nueva Polonia a la que quiere dar nacimiento la revolución difiere, desde un punto de vista social y político, tan fundamentalmente de la Polonia de 1772 como la nueva socie-

* De 1772 (Nota de Penguin Books)

dad a la que nos acercamos rápidamente difiere de la sociedad presente.

Una palabra más. Nadie puede esclavizar a una nación impunemente. Las tres potencias que asesinaron a Polonia han sido castigadas severamente. Miremos a mi propia patria, Prusia-Alemania. En nombre de la unificación nacional nos hemos anexado polacos, daneses y franceses, y ahora tenemos *una Venecia encima por triplicado* *; tenemos enemigos por todas partes, y nos cargamos a nosotros mismos con deudas y tasas con el fin de pagar a las incontables masas de soldados que, al mismo tiempo, son utilizados para oprimir a los trabajadores alemanes. Austria -incluso la Austria oficial- conoce demasiado bien qué carga es su trozo de Polonia. Durante la guerra de Crimea Austria estaba dispuesta a marchar contra Prusia con la condición de que la Polonia rusa fuese ocupada y liberada. Sin embargo, esto no entraba en los planes de Luis Napoleón y menos todavía en los planes de Palmerston. Y en lo concerniente a Rusia, podemos ver que en 1861 surgió el primer movimiento significativo entre los estudiantes, el cual era de lo más peligroso porque el pueblo estaba en todas partes en un estado de gran agitación a consecuencia de la emancipación de los siervos; y ¿qué hizo el gobierno ruso viendo, como vio, el peligro? *Provocó el levantamiento de 1863 en Polonia*; pues ha sido probado que este levantamiento fue obra suya. Inmediatamente desapareció el movimiento entre los estudiantes y la profunda agitación del pueblo y su lugar fue ocupado por el chovinismo ruso, que se vertió sobre Polonia una vez que la preservación del dominio ruso en Polonia estuvo en peligro. De esta manera, el primer movimiento significativo en Rusia se terminó como resultado de la perniciosa lucha contra Polonia. Realmente, la re-unificación de Polonia va en interés de la Rusia revolucionaria y con gusto me entero esta tarde de que este punto de vista co-

* En la provincia de Venecia, bajo dominación de Austria desde 1798 a 1805 y desde 1814 a 1866, el movimiento nacional italiano sólo pudo ser mantenido en la opresión por medio de una presencia militar amplia y costosa. (Nota de Penguin Books)

rresponde a las convicciones de los revolucionarios rusos” (que habían expresado un punto de vista similar durante el mitin).*

Marx dijo a este propósito: “El partido de los trabajadores de Europa tiene el máximo interés en la emancipación de Polonia y el programa original de la Asociación Internacional de los Trabajadores declara la reunificación de Polonia como un objetivo político de la clase trabajadora. ¿Cuáles son las razones de este interés especial del partido de los trabajadores por el destino de Polonia?”

Antes de nada, por supuesto, la simpatía por un pueblo subyugado que, con su lucha incesante y heroica contra su opresión, ha probado su derecho histórico a la autonomía nacional y autodeterminación. No hay la más mínima contradicción en que el partido *internacional* de los trabajadores se esfuerce en la creación de la nación polaca. Por el contrario, sólo después que Polonia haya conseguido su independencia de nuevo, sólo después que sea capaz de gobernarse a sí misma como un pueblo libre, sólo entonces podrá comenzar su desarrollo interno otra vez y podrá cooperar como una fuerza independiente en la transformación social de Europa. Mientras la vida independiente de una nación esté suprimida por un conquistador extranjero, inevitablemente dirige toda su fuerza, todos sus esfuerzos y toda su energía contra el enemigo externo; durante este tiempo, por consiguiente, su vida interna permanece paralizada; es incapaz de trabajar por la emancipación social. Irlanda, y Rusia bajo la dominación del Mongol, proveen una prueba llamativa de ello.

Otra razón de la simpatía que siente el partido de los trabajadores por el levantamiento polaco es su particular posición geográfica, militar e histórica. La partición de Polonia es el cemento que mantiene unidos a los tres grandes déspotas militares: Rusia, Prusia y Austria. Sólo el renacimiento de Polonia puede romper esos lazos y, por consiguiente, quitar de en medio

* W. Smirnov, el editor del periódico democrático ruso *Vperiod (Adelante)*, había recalcado el interés común de los trabajadores rusos y polacos. (Nota de Penguin Books)

el mayor obstáculo en el camino de la emancipación social de los pueblos de Europa.

Sin embargo, la principal razón de la simpatía que la clase obrera siente por Polonia es ésta: Polonia no es sólo el único pueblo eslavo que ha luchado y sigue luchando como un *soldado cosmopolita de la revolución*. Polonia derramó su sangre en la Guerra de la Independencia de América; sus legiones lucharon bajo la bandera de la primera república francesa; con su revolución de 1830 evitó la invasión de Francia que había sido decidida por los ejecutores del reparto de Polonia; en 1846, en Cracovia, fue la primera en plantar la bandera de la revolución en Europa, en 1848 tomó parte gloriosa en las luchas revolucionarias de Hungría, Alemania e Italia; finalmente, en 1871 proveyó a la Comuna de París de los mejores generales y los soldados más heroicos.

En los breves momentos en que las masas populares de Europa han sido capaces de moverse libremente, han recordado lo que deben a Polonia. Después de la revolución victoriosa de marzo de 1848 en Berlín, el primer acto del pueblo fue liberar a los prisioneros polacos, a Mieroslowski y sus compañeros enfermos, y proclamar la restauración de Polonia;* en París, en mayo de 1848, Blanqui marchó a la cabeza de los trabajadores contra la Asamblea Nacional reaccionaria para forzarla a una intervención armada a favor de Polonia; finalmente, en 1871, cuando los trabajadores franceses se habían constituido como gobierno, honraron a Polonia dándoles a sus hijos la dirección de sus fuerzas armadas.**

Y en este momento, también, el partido de los trabajadores alemanes no será engañado lo más mínimo por la conducta reaccionaria de los diputados polacos en el Reichstag alemán; sabe que estos caballeros no actúan a favor de Polonia sino en

* Ludwigu Mierolawski fue un líder del levantamiento de 1846 en Cracovia. (Nota de Penguin Books)

** Estos fueron Jaroslaw Dombrowski y Walery Wroblewski, ambos revolucionarios demócratas en el exilio después de la insurrección polaca de 1863. Dombrowski fue nombrado comandante en jefe de las fuerzas de la Comuna durante sus últimos días, y murió en su defensa.

su interés privado; sabe que el campesino, el trabajador polaco, en una palabra, todo polaco que no esté cegado por los intereses de la posición social, se ve obligado a reconocer que *Polonia tiene, y solamente puede tener, un aliado en Europa: el partido de los trabajadores.*

¡Larga vida a Polonia!”

*Nacionalismo, internacionalismo y la cuestión polaca **

Una de las tareas verdaderas de la Revolución de 1848 —y las tareas *verdaderas* y no ilusorias de una revolución se resuelven siempre como consecuencia de esta misma revolución— fue el establecimiento de las nacionalidades eliminadas y dispersas de Europa central, siempre que fuesen viables y, especialmente, siempre que estuviesen maduras para la independencia. Esta tarea fue hecha por los albaceas de la revolución, Bonaparte, Cavour y Bismarck, para Italia, Hungría y Alemania, de acuerdo con las condiciones del momento. Quedaban Irlanda y Polonia. Podemos omitir a Irlanda porque sólo afecta de forma indirecta a la situación del continente europeo. Pero Polonia está en el centro del continente, y su división es lo que une a la Santa Alianza. Estamos entonces muy interesados en Polonia.

Es imposible, históricamente, que un gran pueblo trate siquiera problemas internos con seriedad mientras no sea independiente. Antes de 1859 no era posible el socialismo en Italia; hasta los republicanos eran pocos, aunque eran el elemento más activo. Apenas después de 1861 los republicanos aumentaron su influencia y más tarde pasaron sus mejores elementos a los socialistas. Lo mismo sucedía en Alemania. Lasalle estaba a punto de abandonar su trabajo cuando tuvo la suerte de que lo fusilaran. Sólo en 1866, cuando se decidió la gran unión prusiana de la pequeña Alemania (*die grosspreussische Einheit Klein-*

* Carta de Engels a Kautsky, del 7 de febrero de 1882.

deutschlands), los partidos lasallita y el llamado de Eisenach adquirieron un poco de importancia. Y recién en 1870 cuando se terminó definitivamente el apetito de intervención bonapartista, las cosas empezaron a moverse. Si tuviésemos todavía el *Bundestag* ¿dónde estaría nuestro partido? Lo mismo pasó en Hungría. Recién en 1860 fue atraída al movimiento moderno: el fraude arriba y el socialismo abajo.

Un movimiento internacional del proletariado sólo es posible entre naciones independientes. El poquito de internacionalismo republicano de 1830 a 1848 se agrupó alrededor de Francia, que estaba destinada a liberar a Europa. *Por eso aumentó el chauvinismo francés*, de manera que puso en nuestro camino, desde entonces, la misión libertadora mundial de Francia y con ella el derecho francés de estar a la cabeza. (Los blanquistas son una caricatura de este punto de vista, que todavía es más fuerte en Malon y compañía.) También en la Internacional los franceses daban el hecho por sentado. Los acontecimientos históricos solamente podían enseñarles —y a algunos otros— y todavía deben enseñarles diariamente, que la cooperación internacional es posible sólo entre *iguales*, y un *primus inter pares* puede existir únicamente para la acción inmediata.

Mientras Polonia siga dividida y sojuzgada no podrá desarrollarse un fuerte partido socialista en el país, no podrá haber verdadero intercambio internacional entre los partidos proletarios de Alemania, etc., *más que con polacos emigrados*. Cada campesino y trabajador polaco que despierta del sopor general y participa del interés común, encuentra primero el hecho del sojuzgamiento nacional. Este hecho se presenta ante él, en todas partes, como la primera barrera. Ésta hay que eliminarla a la manera de una medida inicial para la evolución sana y libre. Los socialistas polacos que no entienden la liberación de su país como la primera parte de su programa, se me aparecen como los socialistas alemanes que no piden, como lo primero y principal, la derogación de las leyes antisocialistas, la libertad de prensa, de asociación y de reunión. Para pelear hace falta tierra donde pararse, aire, luz y espacio. De otra manera es charlar inútilmente.

Carece de importancia saber si es posible reconstituir Polonia *antes* de la próxima revolución. *Nosotros* no tenemos, de todas maneras, la obligación de desanimar a los polacos en su esfuerzo por las condiciones vitales de su evolución futura, o de persuadirlos de que la independencia nacional es una cuestión muy secundaria desde el punto de vista internacional. Al contrario, la independencia es la base de cualquier acción internacional común. Además, en 1873 estaba a punto de estallar una guerra entre Alemania y Rusia, y estaba muy en el campo de las posibilidades la constitución de *alguna clase* de Estado polaco que pudiese formar el núcleo de uno verdadero posterior. Y si mis señores rusos no terminan pronto con sus intrigas paneslavistas y agitación paneslavista en Herzegovina, pueden encontrarse en una guerra que dejará chicos los temores suyos, de Austria y de Bismarck. El partido paneslavista ruso y el zar son los únicos que tienen interés en que empeoren las cosas en Herzegovina. Nosotros podemos interesarnos tan poco en los ladrones bosnios como en los ministros y burócratas austriacos que hacen tanto ruido allá. De manera, pues, que hasta *sin* revolución, sólo a base de un antagonismo europeo no sería difícil la constitución de una Polonia independiente (*Kleinpolen*), tal como los burgueses inventaron la adecuada Alemania prusiana (*Kleindeutschland*) sin que se llegara a ella por la revolución o por el camino parlamentario de sus sueños, sino por la guerra.

Creo entonces que hay *dos* naciones en Europa que tienen no sólo el derecho, sino también el deber de ser nacionalistas antes de ser internacionalistas: los irlandeses y los polacos. Son internacionalistas de los mejores, aunque son nacionalistas. Los polacos lo han comprendido en todas las crisis y lo han probado en los campos de batalla de todas las revoluciones. ¡Quítenles su esperanza de rehabilitar Polonia o convénzanlos de que la nueva Polonia les lloverá del cielo y se acabó su interés en la revolución europea!

Nosotros, en especial, no tenemos razones para entorpecer su esfuerzo, irrefutable, por la independencia. En primer lugar, inventaron y aplicaron en 1863 la manera de pelear que los rusos están imitando con éxito (ver *Berlin und Petersburg*,

apéndice 2); y segundo, fueron los únicos lugartenientes capaces de la Comuna de París.

¿Quiénes son, de paso, los que luchan contra los esfuerzos nacionalistas de los polacos? Los primeros, los burgueses europeos con quienes se desacreditaron los polacos desde la insurrección de 1846, con sus tendencias socialistas; después, los paneslavistas rusos y los influidos por ellos, como Proudhon, que miraba con vidrio coloreado de Herzen. Entre los rusos, aun entre los mejores, pocos están libres de tendencias o recuerdos paneslavistas. Están tan convencidos de la misión paneslava de Rusia como los franceses de la iniciativa revolucionaria innata de Francia. Pero el paneslavismo es de verdad una cortina de humo, para el dominio del mundo, que aparece disfrazado de una nacionalidad *eslava* que no existe, y que es entonces y por eso el peor enemigo nuestro y del pueblo ruso. Esta cortina de humo desaparecerá a su debido tiempo, pero mientras tanto puede ser muy desagradable para nosotros. En estos momentos se prepara una guerra paneslavista como la salvación del zarismo y de la reacción rusa. Es dudoso que suceda, pero si estalla la guerra es cierto que la magnífica evolución de Alemania hacia la revolución, de Austria, y hasta Rusia, se trastornará y se desviará hacia otro camino imprevisible. En el mejor de los casos perdemos de tres a diez años, una tregua para una “nueva era” constitucional en Alemania y, tal vez, también en Rusia. El resultado más posible parece el establecimiento de un pequeño Estado polaco (*Kleinpolen*) bajo hegemonía de Alemania, una guerra de venganza contra Francia, una renovación de los antagonismos nacionales y al fin, el establecimiento de una nueva Santa Alianza. De manera, pues, que el paneslavismo es ahora, más que nunca, nuestro peor enemigo aunque esté al borde de la tumba, o más bien, por eso. Algo para Katkoff, Aksakoff, Ignatieff y compañía: su poder se acabó para siempre, en cuanto se derribe al zarismo y el pueblo ruso ocupe el centro del escenario. Por eso ese celo bélico cuando el tesoro público está en cero y cuando ningún banquero quiere prestarle ni un penique al gobierno ruso.

Por eso todos los paneslavistas odian tanto a los polacos. Son los únicos eslavos *antipaneslavistas*. Son traidores a la causa sagrada del eslavismo y hay que meterlos a la fuerza en el gran reino eslavo del zar, cuya capital será Zarigrad, esto es, Constantinopla.

Pueden preguntarme si no simpatizo para nada con los pequeños pueblos eslavos y restos de pueblos, partidos por las tres cuñas metidas en el cuerpo del eslavismo: los alemanes, magiares y turcos. En realidad no me importan. El grito de dolor de los checos *Noze ak jus nikto nenj na zemi ktoby Slavon (soc) spraviedlivost cinil?* (¿No hay, Señor, quien dé a los eslavos lo suyo? Lo contestan desde Petersburgo, y todo el movimiento nacional checo va en una dirección por la que el zar les *spraviedlivost cinili* (dará lo suyo). Lo mismo en cuanto a los otros, servios, búlgaros, eslovenos, galizios, rutenos (por lo menos en parte). Pero no podemos estar con estos fines. Solamente con la caída del zarismo las ambiciones nacionalistas de estos pueblitos se liberarán de la tendencia paneslavista a dominar el mundo; sólo entonces podremos dejarles tomar su destino en sus manos. Y estoy seguro que después de seis meses de independencia la mayoría de los eslavos austrohúngaros pedirán que los dejen volver. Pero a estas nacioncitas no se les puede dar el derecho que se adjudican ahora en Servia, Bulgaria y Rumelia oriental, para evitar la extensión de la red ferroviaria europea hasta Constantinopla.

En cuanto a las diferencias de los polacos de Suiza, se trata de peleas entre emigrados, que rara vez tienen importancia, y menos en un grupo de emigrados que dentro de tres años celebrará su centenario, y en el cual un plan ha seguido al otro por el impulso de todos los emigrados de hacer o de preparar algo nuevo. Por lo que dije, se ve que no compartimos las ideas de los asociados de Równosc, y así se lo hemos dicho en una declaración cuando la celebración del cincuentenario del 29 de noviembre de 1830, que se leyó en la reunión de Ginebra. Esta declaración se imprimió en polaco en el resumen de la reunión (*Sprawozdanie z miedzynarodowego zebrania zwolanego w 50 letnia rocznice listopadowgo powstania przez redakcje Ráv-*

nosci w Genewie, Biblijoteña Rownosc: Nr. 1 Ginebra 1881, pág. 30 y siguientes). Parece que el grupo Ráwnosc se impresionó con las sonoras palabras de los rusos de Ginebra, y ahora quiere probar también que no se le puede reprochar por chauvinismo nacionalista. Este extravío, sólo posible por causas locales y pasajeras, se disolverá sin causar mayor efecto en Polonia y no vale la pena refutarlo en detalle.

De paso, por ahora no tomamos posición respecto de cualquier acuerdo futuro entre los polacos y los lituanos, bielorrusos y ucranios de la antigua Polonia (más grande), ni respecto del acuerdo fronterizo con Alemania.

La espléndida cooperación de los trabajadores alemanes y checos en Bohemia prueba, además, cómo los trabajadorcitos de los países llamados “subyugados” están infectados por los apetitos paneslavistas de los profesores y burgueses.

LA GUERRA DE CRIMEA

LOS ANTECEDENTES DE LA DISPUTA *

New York Herald Tribune, abril 7 de 1853.- El príncipe Mentschikoff, después de revistar las fuerzas rusas estacionadas en los principados del Danubio, y después de inspeccionar el ejército y la flota de Sebastopol, donde quiso ver ejercicios de embarque y desembarque de tropas, entró el 28 de febrero en Constantinopla de la manera más teatral, acompañado por un séquito de doce personas, que incluía al almirante de la escuadra rusa del Mar Negro, un general de división y varios oficiales de estado mayor, con el conde Nesselrode, hijo, como secretario de la embajada. Lo recibieron los habitantes griegos y rusos como si fuese el propio zar ortodoxo que entraba en Zariograd para devolverla a la fe verdadera. Aquí y en París hubo mucha excitación por las noticias de que el príncipe Mentschikoff, no conforme con el despido de Fuad Effendi, había pedido que el sultán dejase al emperador de Rusia no solamente la protección de todos los cristianos de Turquía, sino también el derecho de nombrar al patriarca ortodoxo; que el sultán había acudido a la protección de Inglaterra y Francia; que el coronel Rose había despachado el vapor *Wasp* a Malta, rápidamente, para requerir la presencia inmediata de la flota inglesa en el archipiélago, y que barcos rusos habían anclado en Kili, cerca del Bósforo. El *Moniteur* de París nos informa que la escuadra francesa

* Serie de artículos escritos por Marx y publicados en el *New York Herald Tribune* en el lapso que va del 7 de abril al 14 de junio de 1853. Los dos últimos artículos de este capítulo sobre los antecedentes de la guerra de Crimea fueron escritos año y año y medio después (15 de abril de 1854 y 24 de octubre de 1854). (Nota de Ediciones Líbera) (Aquí sólo reproducimos el primero de estos artículos, E.M.)

de Tolón ha recibido órdenes de ir hacia aguas griegas. Sin embargo, el almirante Dundas está en Malta todavía. Por todo esto es evidente que la Cuestión Oriental está otra vez a la *ordre du jour* europea, lo que no asombra a los que conocen de historia.

Cada vez que el huracán revolucionario se calmó por un momento, presentóse una cuestión: la eterna “Cuestión Oriental”. Así, cuando pasaron las tormentas de la primera revolución francesa y Napoleón y Alejandro se repartieron después de la paz de Tilsit todo el continente europeo, Alejandro aprovechó la calma momentánea para mandar un ejército a Turquía, y “dar una mano” a las fuerzas que desde adentro estaban desarmando el imperio decadente. Y en cuanto los congresos de Leibach y Verona sofocaron los movimientos revolucionarios de Europa occidental, Nicolás, el sucesor de Alejandro, probó otra vez con Turquía. Unos años después, cuando pasó la revolución de julio y las consecuentes insurrecciones de Polonia, Italia, Bélgica y la Europa remodelada de 1831 parecía a salvo de chubascos domésticos, la cuestión oriental de 1840 pareció a punto de meter a las “grandes potencias” en una guerra general. Y ahora, cuando la miopía de los enanos gobernantes se enorgullece de haber liberado a Europa de los peligros de la anarquía y la revolución, surge otra vez el tema eterno, la dificultad infalible: ¿Qué haremos con Turquía?

Turquía es la llaga de la legitimidad europea. Desde la primera revolución francesa la impotencia del gobierno legítimo y monárquico se resumió en un axioma: mantener el *status quo*. En el acuerdo universal de conservar las cosas como estén, por casualidad o por accidente, se ve un *testimonium paupertatis*, una confesión de la incompetencia universal de las potencias gobernantes. Napoleón podía disponer de todo un continente entero inmediatamente y disponer de él con genio y determinación. A toda la “sabiduría colectiva” de la legitimidad europea, reunida en el congreso de Viena, le llevó dos años hacer lo mismo; disputó por eso, hizo un desastre con eso y encontró que eso era tan fastidioso que se hartó, y desde entonces no trató de acomodar a Europa. Mirmidones de la mediocridad, como los llama Beranger, sin saber histórico ni comprensión de los

hechos, sin ideas, sin iniciativa, adoran el *status quo* que hicieron a empujones, sabiendo qué fabricación chapucera y disparatada es.

Pero Turquía, como el resto del mundo, no queda estacionaria; y cuando el partido reaccionario consiguió volver a Europa a lo que considera el *status quo ante*, se observa que en tanto el *status quo* de Turquía ha cambiado mucho; que aparecieron cuestiones, relaciones, intereses nuevos y que los pobres diplomáticos tienen que empezar otra vez a partir del lugar donde los interrumpió el terremoto general de hace ocho o diez años. ¡Mantener el *status quo* en Turquía! De la misma manera podría tratarse de mantener el grado exacto de putrefacción por el que pasó el cadáver de un caballo en un momento determinado antes de la disolución. Turquía sigue deteriorándose, y seguirá haciéndolo mientras se mantenga el sistema actual de “equilibrio de fuerzas” y sostenimiento del *status quo*; y a pesar de los congresos, protocolos y ultimátum, producirá su cuota anual de dificultades diplomáticas y disputas internacionales, de la misma manera que cualquier otro cuerpo podrido proveerá al vecindario de una cuota adecuada de hidrógeno carburado y otras materias gaseosas igualmente aromáticas.

Veamos la cuestión enseguida. Turquía se compone de tres partes o sectores completamente distintos: los principados vasallos de África, es decir, Egipto y Túnez; Turquía asiática; y Turquía europea. Podemos dejar fuera, por ahora, las posesiones africanas, de las que solamente Egipto puede considerarse como vasalla del sultán. Egipto es más de los ingleses que de cualquier otro, y será necesariamente su parte de cualquier división futura de Turquía. Turquía asiática es el asiento de la fuerza verdadera que pudiere haber en el imperio; Asia Menor y Armenia, residencia principal de los turcos por cuatrocientos años, desde los que amenazaron las murallas de Viena, hasta los que se dispersaron frente a las maniobras no muy hábiles de Diebitsch, en Kulewtscha. Turquía, aunque poblada densamente en Asia, es una masa demasiado compacta de fanatismo musulmán y nacionalismo turco para invitar a la conquista por ahora; y en realidad cuando se discute la “cuestión oriental” sola-

mente se toman en cuenta Palestina y los valles cristianos del Líbano.

Turquía europea es de lo que verdaderamente se trata, la gran península al sur del Save y el Danubio. Este territorio, espléndido, tiene la desgracia de estar habitado por un conglomerado de diferentes razas y nacionalidades acerca de las cuales resulta difícil decir cuál es la más inepta para progresar y civilizarse. Eslavos, griegos, valacos, arnaútes, doce millones de hombres sometidos por un millón de turcos. Hasta hace poco se tenía derecho a preguntarse si, de entre todas estas razas, no serían los turcos los más aptos para ejercer la supremacía que, con población tan mezclada, no podía ser mantenida más que por una sola de estas nacionalidades. Pero cuando vemos cómo fracasaron lamentablemente los intentos de civilización de las autoridades turcas, cómo el fanatismo del Islam, sostenido principalmente por la multitud turca, se ha valido de la ayuda de Austria y Rusia, invariablemente, para retomar fuerza y terminar con cualquier progreso que se hubiese conseguido; cuando vemos la autoridad central turca debilitada año tras año por insurrecciones en las provincias cristianas, ninguna de las cuales, gracias a la debilidad de la Puerta Otomana y a la intervención de los Estados vecinos, es casi nunca y del todo infructuosa; cuando vemos conseguir su independencia a Grecia, partes de Armenia conquistadas por Rusia, y Moldavia, Valaquia, Servia, pasar sucesivamente al protectorado de ésta, nos enfrentamos a la obligación de admitir que la presencia de los turcos en Europa es un verdadero obstáculo para el desarrollo de los recursos de la península tracio-iliria.

No podemos describir a los turcos como a la *clase gobernante* de Turquía, porque las relaciones de las distintas clases de la sociedad están allá tan mezcladas como las distintas razas. El turco es, según los lugares y las circunstancias, trabajador, granjero, pequeño propietario, comerciante, señor feudal en la etapa más baja y bárbara del feudalismo, funcionario o soldado; pero en todas estas situaciones sociales distintas pertenece a la fe y a la nación privilegiadas, es el único que puede llevar armas, y el cristiano más encumbrado tiene que ceder la

vereda al musulmán más bajo. En Bosnia y Herzegovina la nobleza de ascendencia eslava, se pasó al Islam mientras la masa del pueblo sigue siendo raya, es decir, cristianos. En esta provincia, entonces, la fe principal y la clase principal se identifican, ya que el musulmán bosnio está en el mismo nivel que su correligionario de origen turco.

La fuerza principal de la población turca de Europa, independiente de las reservas siempre listas en Asia, está en la multitud de Constantinopla y de algunas otras grandes ciudades. Es fundamentalmente turca, y aunque vive de trabajos que hace para los capitalistas cristianos, mantiene con celo la superioridad imaginaria y la real impunidad para cometer los excesos que le confieren los privilegios del Islam respecto de los cristianos. Es sabido que en cada *coup d'état* hay que ganarse a esta multitud con sobornos y halagos. Esta multitud, con excepción de unos cuantos distritos poblados, es la única masa compacta e importante de población turca en Europa. Y por cierto que tarde o temprano será necesario liberar una de las mejores partes del continente de la autoridad de una masa, comparada con la cual la masa de Roma imperial resulta una asamblea de sabios y héroes.

En lo concerniente a las otras nacionalidades, nos basta mencionar brevemente a los arnaútes (albaneses). Es una raza endurecida de antiguos montañeses. Establecidos en la región que desciende hacia el Adriático, hablan una lengua propia, pero, sin embargo, pertenecen, al parecer, a la gran familia de los indoeuropeos. Son cristianos ortodoxos o musulmanes. Por lo que sabemos, apenas están preparados todavía para la civilización. Sus costumbres rapaces obligarán a cualquier gobierno vecino a mantenerlos bajo estricto control militar, hasta que el progreso industrial de los distritos vecinos los emplee como aguadores o leñadores, como ocurrió con los gallegos en España, y con los montañeses en general.

Los valacos o daciorromanos, los habitantes principales del distrito ubicado entre el Danubio inferior y el Dniéster, tienen una población muy mezclada, de religión ortodoxa y con un idioma derivado del latín, y bastante parecido al italiano. Los de

Transilvania y la Bukovina pertenecen al Imperio Austriaco; los de Besarabia al Imperio Ruso; los de Moldavia y Valaquia, los dos únicos principados donde la raza daciorromana ha tomado existencia política, tienen príncipes propios, bajo la soberanía nominal de la Puerta Otomana y bajo el dominio real de Rusia. Hemos oído hablar mucho de los valacos transilvanos durante la guerra de Hungría. Hasta entonces habían sido oprimidos por el feudalismo de los terratenientes húngaros que, de acuerdo con el sistema austriaco, eran instrumento de todas las exacciones del gobierno de Viena. A esta masa embrutecida, como a los siervos rutenos de Galizia en 1846, la conquistaron las promesas y los sobornos, y empezó la guerra de devastación que hizo de Transilvania un desierto. Los daciorromanos de los principados turcos tienen por lo menos una nobleza propia e instituciones políticas y a pesar de todos los esfuerzos de Rusia, están penetrados por el espíritu revolucionario, como lo demostró la insurrección de 1848. No puede dudarse que las exacciones y las penalidades que les infligió la ocupación rusa desde 1848 ha de haber estimulado este espíritu, a pesar del lazo de la religión común y la superstición zarista-papista que hasta ahora los ha hecho considerar al jefe imperial de la iglesia ortodoxa como su protector natural. Y si se trata de esto, la nacionalidad valaca ha de tomar parte importante en la organización de estos territorios.

Los griegos de Turquía son en su mayoría de ascendencia eslava, pero han adoptado el griego moderno; en realidad, se acepta que con excepción de algunas familias nobles de Constantinopla y Trebisonda, hay poca sangre helena pura en Grecia. Los griegos, junto a los judíos, son los principales comerciantes de los puertos y de muchas ciudades mediterráneas. También son agricultores en algunos distritos. En ningún caso, ni su número, densidad ni espíritu nacional les da importancia política como nación, excepto en Tesalia y quizás Epiro. La influencia de los dragomanes (intérpretes) de algunas familias nobles griegas está desapareciendo rápidamente desde que los turcos se educan en Europa, y las legaciones europeas tienen agregados que hablan turco.

Llegamos ahora a la raza que es la masa mayor de la población y cuya sangre prepondera donde hay mezcla racial. En realidad puede decirse que es el tronco principal de la población cristiana, desde Morea al Danubio, y desde el Mar Negro a las montañas arnaútes. Esta raza es la eslava, y en especial esa rama que se designa con el nombre de Iliria (Ilirski) o eslava del sur (Yugoslavyanski). Después de la eslava occidental (polaca y bohemia) y la eslava oriental (rusa), es la tercera rama de esa numerosa familia eslava que ha ocupado Europa oriental durante los últimos mil doscientos años. Estos eslavos del sur ocupan no solamente la mayor parte de Turquía, sino Dalmacia, Croacia, Eslovenia y el sur de Hungría. Hablan todos el mismo idioma, que es familiar con el ruso, y para los oídos occidentales la más musical de las lenguas eslavas. Los croatas y parte de los dálmatas son católicos; los demás ortodoxos. Los católicos usan el alfabeto latino, pero los ortodoxos escriben en caracteres cirílicos que se emplean en el ruso y en el antiguo eslavo o idioma litúrgico. Esto y la diferencia de religiones han contribuido a retardar cualquier evolución nacional de todo el territorio eslavo del sur. Un hombre de Belgrado puede no entender un libro impreso en su idioma en Agram o Becse (Viena); y hasta puede oponerse a tomarlo en razón del alfabeto “heterodoxo” y la ortografía “heterodoxa” empleados en el texto; mientras que no tendrá mayor dificultad en leer y comprender un libro impreso en Moscú, en ruso, porque los idiomas, en especial por el sistema etimológico de ortografía, se parecen, y porque el libro está impreso con el alfabeto “ortodoxo” (*pravoslavni*). La mayoría de los griegos eslavos no hace imprimir en su propio país ni sus biblias, libros litúrgicos o de oraciones porque están convencidos de que hay una corrección, y ortodoxia, y olor a santidad en cualquier cosa impresa en la santa Moscú o en la imprenta imperial de San Petersburgo. A pesar de todos los esfuerzos de los entusiastas paneslavistas de Agram y Praga, los serbios, los búlgaros, los rayas bosnios, los campesinos eslavos de Macedonia y Tracia, tienen más simpatía nacional, más medios de contacto intelectual con los eslavos rusos que con los eslavos católicos del sur que hablan el mismo idioma. Pase lo que pasare,

miran a Moscú esperando la llegada del mesías que los librára de todo mal; y si llaman a Constantinopla su *Zarigrado*, o ciudad imperial, es tanto en anticipación a la llegada del zar ortodoxo, que venga del norte y entre para restaurar la fe verdadera, como en recuerdo del zar ortodoxo que la mantuvo antes de que los turcos tomaran la ciudad.

En la mayor parte de Turquía los eslavos están sometidos sin duda a la autoridad directa de los turcos, pero eligen a su vez a sus administradores locales. En ciertas regiones (Bosnia), se han convertido a la religión de sus conquistadores. La raza eslava no ha conservado o conquistado vida política más que en dos regiones. Una es Serbia, en el valle del Morava, provincia con fronteras naturales netamente delimitadas, que jugó hace seiscientos años un papel preponderante en la historia de las comarcas. Oprimidos largo tiempo por los turcos, los servios encontraron en la guerra rusa de 1809 la ocasión de asegurarse una existencia autónoma, incluso si fue bajo la soberanía turca. Desde esa época, Serbia ha permanecido siempre bajo protección directa de Rusia. Sin embargo, como en Moldavia y en Valaquia, la autonomía política ha engendrado necesidades nuevas e impuesto a Serbia relaciones más continuas con Europa occidental. La civilización ha echado raíces progresivamente, se ha desarrollado el comercio, han nacido ideas nuevas, y así encontramos en el centro mismo del baluarte de la influencia rusa, en la Serbia eslava y ortodoxa, un partido progresista antiruso (naturalmente, muy modesto en sus aspiraciones de reforma), que tiene a su cabeza el antiguo ministro de Finanzas Garaschanin.

No hay duda de que si la población grecoeslava obtuviese el control de la tierra que habita, y de la que representa las tres cuartas partes (siete millones), las mismas necesidades fabricarían a su tiempo un partido progresista antirruso, como fue siempre el resultado inevitable de la independencia, incluso parcial, conquistada por una fracción cualquiera de Turquía.

En Montenegro no tenemos un valle fértil con ciudades grandes, sino un país montañoso y estéril, de difícil acceso. Aquí se ha instalado un equipo de ladrones que se provee en los valles, y almacena en la seguridad de las montañas. Estos caba-

llos románticos, pero un tanto rústicos, hace tiempo que fastidian a Europa, pero está absolutamente en la lógica de toda la política austriaca y rusa el tomar partido por estos montañeses y defender su derecho a quemar aldeas, asesinar a sus habitantes y llevarse el ganado.

APÉNDICE

De: LA GUERRA, LA CUESTIÓN NACIONAL Y LA REVOLUCIÓN*

(...) La idea de la lucha de clases capitula ante la idea nacional. Parece como si la armonía de las clases en cada nación sea la premisa y el complemento de la armonía entre las naciones que ha de salir de la guerra con la “Sociedad de Naciones”. Por el momento pinta nacionalismo. Por todas partes naciones y nacioncitas proclaman sus derechos a la constitución de un Estado. Cadáveres putrefactos surgen de tumbas centenarias, llenos de una nueva vida, y pueblos “sin historia” que nunca habían constituido un estado independiente sienten la imperiosa necesidad de erigir su estado. Polacos, ucranianos, rusos blancos, checos, yugoslavos, diez nuevas naciones en el Cáucaso... los sionistas construyen ya su guetto de Palestina, de momento en Filadelfia... en el Blockberg nacionalista es hoy la noche de los Walpurgis.

Lleva una escoba, lleva un bastón
Nunca volará quien hoy no voló.

Pero el nacionalismo sólo es una fórmula. El núcleo, el contenido histórico que se esconde detrás de ella es tan variado y ramificado como vacía y estrecha es la fórmula de la “autodeterminación nacional” detrás de la que se oculta.

* De: “Fragmento sobre la guerra, la cuestión nacional y la revolución” (1918). Reproducido de R. L., *Escritos Políticos*, Barcelona, Grijalbo, 1977, pp. 551-593. Publicado póstumamente. (En páginas 177-180 de *El pensamiento de Rosa Luxemburg*, Antología a cargo de María José Aubet, Ediciones del Serbal, Barcelona, 1983)

Como en todo gran período revolucionario es ahora cuando se pasan las más diversas facturas, viejas y nuevas, cuando se ajustan cuentas de todos los conflictos: en una mezcla polícroma de restos anticuados del pasado con las más actuales cuestiones del presente y con problemas del futuro que apenas han visto la luz. El hundimiento de Austria y de Turquía es la última liquidación todavía del medioevo feudal, una adición al trabajo de Napoleón. En relación, sin embargo, con el hundimiento y con la reducción de Alemania, es la bancarrota del imperialismo más joven y más potente y de sus planes de dominación mundial forjados durante la guerra. Al mismo tiempo representa sólo la bancarrota de un método especial de dominación imperialista: el método de la reacción del este del Elba y de la dictadura militar, del estado de sitio y de los métodos de exterminio; es el hundimiento de la estrategia Trotha, transferida de los hereros del desierto de Kalahari a Europa. El hundimiento de Rusia, desde un punto de vista exterior y formal, fijándonos en sus resultados, la formación de nuevos estados nacionales pequeños, y análogamente los hundimientos de Austria y de Turquía, entrañan un problema opuesto: por una parte, capitulación de la política proletaria a escala nacional ante el imperialismo, por otra, contrarrevolución capitalista frente a la toma del poder por el proletariado.

Un K(autsky), en su esquematismo pedante, de maestro de escuela, ve en esto el triunfo de la “democracia”, de la cual el Estado nacional no sería sino simple accesorio y forma de manifestarse. El vacuo formalista pequeño-burgués se olvida, naturalmente, de mirar en el núcleo histórico interno, se olvida, en tanto que experimentado guardián del templo del materialismo histórico, de que “Estado nacional” y “nacionalismo” son en sí cáscaras vacías en las que cada época histórica y las relaciones de clase de cada país vierten su contenido material peculiar. En los años setenta, los “Estados nacionales” alemán e italiano eran la consigna y el programa del Estado burgués, del dominio de la burguesía, cuya lucha apuntaba contra el pasado feudal medieval, el Estado patriarcal-burocrático y el fraccionamiento de la vida económica. En Polonia, el “Estado nacio-

nal” era la consigna tradicional de la oposición aristocrático-agraria y pequeño-burguesa enfrentada al moderno desarrollo capitalista, una consigna que apuntaba precisamente a los fenómenos modernos de la vida: tanto contra el liberalismo burgués como contra su antípoda, el movimiento obrero socialista. En el Balcán, en Bulgaria, Serbia y Rumanía, el nacionalismo, cuya tremenda erupción marcó las dos sangrientas guerras balcánicas como preludeo de la guerra mundial, era, por una parte, la expresión del desarrollo capitalista ascendente y del dominio de clase burgués en todos esos países, expresión de los intereses contradictorios, tanto de esas burguesías entre sí como de los que estaban en juego en el choque de sus tendencias de desarrollo contra el imperialismo austriaco. Pero al mismo tiempo, el nacionalismo en esos estados, aun cuando en su esencia no sea sino expresión de un capitalismo muy joven, todavía en germen, estaba y sigue estando envuelto en toda la atmósfera general de las tendencias imperialistas. En Italia el nacionalismo ya no es, por sus cuatro costados, más que estandarte, con exclusividad, de apetitos puramente imperialistas-colonialistas. Este nacionalismo de la guerra de Trípoli y de las apetencias albanesas se parece tan poco al nacionalismo italiano de los años cincuenta y sesenta como el señor Sonnino a Giuseppe Garibaldi.

En la Ucrania rusa el nacionalismo no fue hasta la revolución de octubre de 1917 en Petersburgo nada, una insignificancia, una pompa de jabón, una humorada de unas cuantas docenas de profesores y abogados que, por lo demás, en su mayoría ni sabían hablar ucraniano. Después de la revolución bolchevique, se ha convertido en la expresión de un interés muy real de la contrarrevolución pequeño-burguesa, que apunta contra la clase obrera socialista. En la India el nacionalismo es la expresión de la burguesía indígena ascendente que aspira a explotar autónomamente el país por su cuenta en vez de servir sólo de objeto de la expoliación del capital inglés. Este nacionalismo, por consiguiente, corresponde por su contenido social y por el nivel histórico en que se halla a las luchas de emancipación de los Estados Unidos de América a comienzos del siglo XVIII.

Vemos, pues, que el nacionalismo refleja todo tipo de intereses, matices y situaciones históricas imaginables. Es un arco iris. Es nada y lo es todo; no es sino la cáscara ideológica; todo depende de cuál sea el núcleo determinante.

La momentánea explosión mundial general del nacionalismo esconde, pues, en su interior la más polícroma confusión de intereses especiales y tendencias diversas. Pero a través de todos estos intereses especiales corre marcando la orientación el hilo rojo de un interés general engendrado por la peculiar situación histórica que atravesamos: el interés común enfrentado a la amenazante revolución mundial proletaria.

(...) Estos sentimientos son hoy la esencia última de los delirios nacionalistas en los que aparentemente se ha sumido el mundo capitalista: son el contenido histórico objetivo al que se reduce en realidad el muestrario multicolor de los sedicentes nacionalismos. En todas las pequeñas jóvenes burguesías que aspiran ahora a una existencia independiente alienta no sólo el deseo de alcanzar un dominio de clase sin trabas ni tutelas sino también el de hacerse con la delicia, de la que durante tanto tiempo se han visto privadas, de estrangular con sus propias manos al enemigo mortal, el proletariado revolucionario, función ésta que hasta ahora habían tenido que confiar al tosco aparato estatal de la dominación extranjera. El odio, como el amor, sólo de mala gana se pone en manos de terceros. Las orgías de sangre de Mannerheim, el Gallifet finlandés, muestran hasta qué punto el odio acumulado en la incandescencia del último año anida en el corazón de todas estas “pequeñas naciones” y cómo todos los polacos, lituanos, rumanos, ucranianos, checos, croatas, etc., no esperan sino la posibilidad de destripar de una vez ellos mismos, con medios “nacionales”, al proletariado revolucionario.

En todas estas “jóvenes” naciones que, como si fueran blancos e inocentes corderillos, retozan en la pradera de la historia mundial, brilla ya la terrible mirada del feroz tigre que espera al primer amago de “bolchevismo” para proceder a un “ajuste de cuentas”. Detrás de todos los idílicos banquetes y de las fervorosas fiestas de confraternización que se celebran en

Viena, en Praga, en Agram, en Varsovia, se abren ya las fosas a cielo abierto de Mannerheim que los guardias rojos mismos tuvieron que cavarse, se perfilan como sombras confusas las horcas de Jarkov, a cuya elección los Lubinsk y los Holubovitch invitaron a los “libertadores” alemanes en Ucrania.

Y la misma idea de base domina todo el programa democrático de paz de Wilson. La “Sociedad de Naciones”, en la atmósfera de embriaguez por la victoria que reina en el imperalismo anglo-americano y en la atmósfera que ha creado para terror de la escena mundial el espectro del bolchevismo, sólo puede ser una cosa: una alianza burguesa mundial para la represión del proletariado. La primera víctima todavía humeante que el sumo sacerdote Wilson llevará ante sus augures del Arca de la alianza de la “Sociedad de Naciones” será la Rusia bolchevique sobre la que se lanzarán las “naciones autodeterminadas” todas juntas, vencedoras y vencidas. (...)

ÍNDICE

	Página
Introducción	3
La decadencia del feudalismo y el desarrollo de la burguesía	29
Discurso sobre Polonia	41
Reivindicaciones del partido comunista de Alemania	43
Papel del paneslavismo en la política rusa de anexión Hungria y el paneslavismo.....	46
Paneslavismo democrático.....	59
El paneslavismo y la guerra de Crimea.....	78
Polonia, Rusia y los trabajadores El debate de Frankfurt sobre Polonia	86
La política internacional y los trabajadores	99
¿Qué tienen que ver con Polonia las clases trabajadoras?	100
La doctrina de las nacionalidades aplicada a Polonia.....	107

La misión europea de Polonia.....	111
Un llamamiento polaco.....	116
Por Polonia	123
Nacionalismo, internacionalismo y la cuestión polaca	128
La guerra de Crimea	
Los antecedentes de la disputa	134
Apéndice	
De: La guerra, la cuestión nacional y la revolución	143

Para que los pueblos puedan unificarse realmente, sus intereses deben ser comunes. Para que sus intereses puedan ser comunes, es menester abolir las actuales relaciones de propiedad, pues éstas condicionan la explotación de los pueblos entre sí; la abolición de las actuales relaciones de propiedad es interés exclusivo de la clase obrera. También es la única que posee los medios para ello. La victoria del proletariado sobre la burguesía es, al mismo tiempo, la victoria sobre los conflictos nacionales e industriales que enfrentan hostilmente entre sí, hoy en día, a los diversos pueblos. Por eso, el triunfo del proletariado sobre la burguesía es, al mismo tiempo, la señal para la liberación de todas las naciones oprimidas.

Carlos Marx